

Te quiero

pero me

duelen

Beth

Casahovas



Te quiero pero me dueles

BETH CASANOVAS

Para todas aquellas personas que viven el amor sin miedo.

Playlist

Dueles – Jesse & Joy

Cada dos minutos – Despistaos

Sirenas – Taburete

No te has ido y ya te extraño – Aitana

Qué me faltó – Ha - Ash

Duele – Álvaro de Luna

Primera carta – Cali y El Dandee

Nunca entenderé - Beret

Me duele amarte – Reik

Dónde está el amor – Pablo Alborán y Jesse & Joy

Sin tu piel – Nil Moliner

Universo – Efecto Pasillo

¿Cómo te va? – Beret y Lola Índigo

Un beso en Madrid – Tini y Alejandro Sanz

Enamórate de alguien más – Morat

El día menos pensado – Beret

La electricidad – Melendi y Aitana

Volveré – Álvaro de Luna y Lola Índigo

Morena – Álvaro de Luna

A esto lo llamas amor – Malú

Vas a quedarte – Aitana

Frío – Dani Fernández

Mírame – Melendi

Te estás olvidando de mí – Beret

Con las ganas – Azahara

Las dudas – Aitana y Sebastián Yatra

No te pido que vuelvas – Dani Fernández y Marta Soto

X (POR) – Aitana

Duele – Blanca Vergara

Prólogo

AUDREY

Un año después...

El año había pasado más rápido de lo que jamás hubiera pensado.

Todavía recordaba cuando hacía un año, Enzo me había dicho por teléfono que me quería. No le contesté que yo también lo hacía porque me quedé bloqueada.

Porque si yo también le reconocía que lo quería, dolería más. Porque eso significaría que por mucho que los dos nos quisiéramos, no podríamos estar juntos. Aunque ninguno de los dos supiera el motivo todavía.

Las cosas no habían cambiado mucho, yo seguía observando a Enzo desde la distancia. Al menos, durante los dos primeros meses después de la última vez que nos vimos y bailamos en el jardín de mi casa.

Habíamos establecido una rutina entre nosotros en la que, cuando todos los habitantes de la casa estaban durmiendo, subíamos a nuestras respectivas habitaciones y encendíamos la luz para poder observarnos en silencio, sin ser capaces de hacer nada más.

Pero después de dos meses haciendo eso cada noche, la rutina se esfumó, llegaron días en los que Enzo ya no aparecía entre la penumbra de la noche para poder ofrecerme el placer de observarlo unos segundos.

Supongo que él acabó aceptando que eso ya no era suficiente, que no podíamos conformarnos ya con eso. Y aunque me doliera en lo más hondo de mi corazón, sabía que tenía razón.

Los dos debíamos continuar con nuestras vidas y dejar atrás esa historia que ni llegó a estar escrita. Porque nuestra historia ni siquiera empezó cuando tuvo que acabar a la fuerza.

Si os preguntáis por la relación con mis padres, sigue igual. No mantenemos muchas conversaciones y en casa habita un silencio demasiado incómodo como para pasar allí el día entero.

Por eso mismo, había acordado con mis padres que, cada fin de semana, lo pasaría con Kyle y Riley. Obviamente no les dije que el motivo por el que hacía eso, era para evadirme de ellos, pero a regañadientes aceptaron.

Así que así es mi vida ahora, de lunes a viernes sigo acudiendo a la universidad y los fines de semana los paso con mi hermana y su novio.

Cansada de estar encerrada en casa, decido ir a visitar a Rebekah. Ella, al igual que todos, ha cambiado durante este año. Ya no queda nada de la chica que sonreía sin parar. Ahora solo me ofrece sonrisas forzadas que ocultan su dolor.

Llego a su casa enseguida con mi coche. Porque sí, por fin me he sacado el carné de conducir y ya puedo ser algo más independiente.

Pulso el timbre y como pasan los minutos y no contesta, cojo la llave que siempre se encuentra escondida debajo del felpudo y abro la puerta. Sabiendo lo que me voy a encontrar dentro del piso de mi mejor amiga.

Un chico. Esta vez es moreno. Acostado al lado de Rebekah. Con la sábana rodeando su cintura.

Es una imagen que ya no me sorprende. Porque Rebekah ha cambiado durante este tiempo. Y la razón no es otra que Jake. Porque no se ha puesto en contacto con ella durante todo el año.

Rebekah seguía aferrada a la idea de que pronto llamaría y podrían darse la oportunidad que tanto deseaban ambos, pero cuando fueron pasando los meses y esa llamada no llegó, Rebekah decidió que ya era hora de dejar de estar pensando en alguien que ni siquiera pensaba en ella.

Así que eso es lo que hace últimamente, lo que hacía antes de conocer a Jake. Ha vuelto a ser la Rebekah que se acostaba con chicos por la noche y los sacaba a patadas de la cama por la mañana.

No me hace falta preguntárselo para saber que todo eso, lo hace para olvidarse de Jake. Pero eso ella jamás lo admitirá. Porque es demasiado orgullosa como para reconocer que está rota por dentro por un chico. Porque le da vergüenza admitir que ha tocado fondo.

Pero, lo que posiblemente ambas no sabemos, es que este año, las cosas cambiarán, y nos habría gustado pensar que cambiarán a mejor, pero no podríamos estar más equivocadas.

Capítulo 1

ENZO

“TU RECUERDO NO SE VA”

Este año ha sido horrible. Porque mis padres, sin saber cómo, acabaron enterándose de lo que pasó entre Audrey y yo en su jardín y de que ella era la estudiante en prácticas en el departamento de *márketing*.

El ambiente en casa es demasiado incómodo como para poder pensar siquiera en vivir allí. Pero no puedo evadirme de la tensión en mi casa yendo a trabajar porque mi padre me ha echado de mi puesto.

Así que lo único que me queda es ayudar al padre de Jake a reconstruir el hotel durante los meses de verano y principios de otoño.

No he sabido mucho de Jake desde lo que sucedió con su hermano. Pero supongo que tengo que respetar su duelo, y si eso es lo que él necesita, es lo que le ofreceré.

Hoy, el ambiente en casa está más animado de lo normal, y el motivo no es otro que el hecho de haber sido los ganadores del premio que tanto ansiaba conseguir mi padre para la empresa. Ahora mismo, no paran de revolotear personas por casa, ayudando a mi madre a elegir el vestido perfecto para la gran noche o ayudar a mi padre a escoger uno de los veinte relojes que reinan la mesa del comedor.

Y claro, como es un premio que ha recibido la empresa, todos los que han trabajado allí, deben acudir al evento. Y cuando digo todos, son todos.

Me acerco a mi padre, todavía en pijama y decido preguntarle con miedo a la respuesta:

— Papá, ¿puedo preguntarte algo?

— Claro, hijo. — contesta apretando levemente la mandíbula mientras observa el tercer reloj que se ha probado.

— ¿Ya habéis enviado todas las invitaciones a los empleados de la empresa?

Intento evitar el temblor en mi voz, pero mi padre me conoce demasiado bien como para saber a qué me refiero con esa pregunta.

— No pienso invitarla, Enzo.

Pongo los ojos en blanco ante su negativa y continuo insistiendo.

— Papá, allí la conoce todo el mundo. ¿No crees que verán raro que justamente ella no haya estado invitada al evento? Si ella no acude, los medios no pararán de hacerse preguntas, ¿no crees?

Mi padre me dirige una mirada de aviso para que deje de intentar conseguir algo de su parte.

— No me acercaré a ella, papá. Te lo prometo. Ni siquiera le dirigiré la mirada.

Y no sé si es porque mi padre está de buen humor o qué, pero acaba accediendo.

Avisa a una de las personas que pululan a nuestro alrededor para que escriba una invitación de última hora y se la entregue a Audrey. Cosa que me parece un poco ridícula porque puedo entregársela yo y dejarla en el buzón, pero para que mi padre no se arrepienta de su decisión, prefiero permanecer callado.

También, convengo a mi madre para que invite a Jake y Rebekah, pese a que no son empleados de la empresa.

Supongo que debo actuar de celestino si ellos dos no dan su brazo a torcer, ¿no?

Subo a mi habitación para escoger el traje que me pondré esta noche y no puedo evitar que mi mente me juegue una mala pasada, observando la ventana de Audrey. Es increíble cómo puedo sentirla tan cerca, pero a la vez tan lejos.

Acabo enviándole un mensaje a Jake para avisarlo de que lo veré esta noche, pero no le digo nada de que vendrá también Rebekah. Porque si lo aviso de su presencia, es capaz de rechazar la invitación.

Aún no sé el motivo por el cual Jake no ha hablado con Rebekah durante un año entero, y la verdad es que me resulta extraño, porque la verdad, es que lo veía con mucha ilusión por comenzar algo con ella. Pero, al parecer, lo sucedido con su hermano, lo ha cambiado todo.

Las horas van pasando lentamente y acaba llegando la noche. Acaba llegando el momento en el que la veré. Ni siquiera sé si aceptará la invitación o si sus padres dejarán que acuda al evento.

Nosotros, acabamos saliendo antes de casa porque debemos ultimar los detalles del local para que todo esté perfecto.

Mis padres, me avisan por el camino de que vendrán también los padres de Savannah y ella, claro está.

Y la verdad, es que tengo ganas de verla. Hace ya mucho tiempo que no sé nada de ella y quiero

saber cómo le han ido las cosas. Al fin y al cabo, es una persona importante en mi vida y me importa que sea feliz.

Nada más entrar en el local, mi madre se dirige a los camareros para preguntar cómo van las cosas y mi padre prefiere quedarse en el exterior para ir recibiendo a los invitados.

Unos quince minutos después de nuestra llegada, llegan los Pierce.

Savannah lleva puesto un traje de color turquesa con unos tacones a juego. Va preciosa. Nada más verme sonrío. Y me alegra ver que, en apariencia, sigue siendo ella.

Se acerca lentamente a mí y sin ni siquiera saludarnos, nos damos un largo abrazo que simboliza el cariño que aún nos profesamos.

Porque esas personas que han aportado tantos buenos momentos en nuestra vida, no podemos simplemente apartarlas como si no hubieran existido. Porque junto a ellas, hemos aprendido a ser mejores personas, a valorar cosas que antes no pensábamos en valorar. Porque renunciar a esas personas sería como renunciar a una parte de nosotros mismos.

Después del abrazo empezamos a hablar:

— ¿Qué tal va todo? — decido ser yo el que empieza la conversación.

— A tope con el trabajo. Mis padres no paran de apretarme las tuercas para que sea la mejor de la promoción y yo estoy harta de decirles que me dejen en paz... — dice mientras pone los ojos en blanco.

— ¿Y en el terreno sentimental?

Parece un poco extraño que me quiera interesar por su vida sentimental, pero quiero saber si ha encontrado a esa persona que la hace feliz. Como yo había encontrado a Audrey.

— Bueno, digamos que estoy conociendo a alguien... — un atisbo de sonrisa nerviosa aparece en su rostro al finalizar su respuesta.

Me alegra ver que es feliz. Nunca seré capaz de desear nada malo a Savannah. Porque indirectamente sería como desearlo a mí.

— ¿Y tú con Audrey? ¿Lograsteis llegar a algo? — pregunta mientras uno de los camareros le ofrece una copa de vino blanco.

Ella la acepta y me coge otra para dármele.

— Queremos estar juntos, pero a veces, querer no es suficiente... — digo con un deje de tristeza.

— ¿Lo dices por vuestros padres?

Asiento y dejamos de hablar de temas tristes dado que el local ya empieza a llenarse de gente.

Llegan los primeros invitados y mentiría si dijera que no observo cada dos por tres la puerta de entrada para ver si Audrey la atraviesa.

Mientras cojo algo para comer, Jake aparece a mi lado.

— ¿Qué tal, tío? — pregunta mientras me da un suave golpe en el hombro a modo de saludo.

— No tan bien como tú, al parecer. ¿Qué te has chutado? — digo sonriendo.

Está exultante. Parece que ha dejado atrás lo que pasó con su hermano a principios de verano y vuelve a ser él. O al menos, una parte de lo que era.

— Siento mucho no haber hablado contigo en todos estos meses, tío.

— No te disculpes por eso, Jake. Lo entiendo.

Continuamos hablando hasta que algo nos llama la atención a los dos.

Y como si de una aparición divina se tratara, nos damos la vuelta para ver aparecer a Audrey y Rebekah.

Por mi parte, no puedo apartar los ojos de Audrey. Está demasiado guapa con un vestido de manga larga de color gris y unos tacones de color negro. Todavía no ha establecido contacto conmigo, pero no tarda mucho, porque enseguida posa sus ojos sobre los míos en la distancia.

Permanecemos así durante unos instantes, mientras todo parece funcionar alrededor, solo somos capaces de mirarnos a los ojos. Porque solo nos queda eso, solo nos podemos aferrar a eso: a observarnos en silencio.

Decido dejar de mirarla para no hacer más incómoda la situación y prestar atención a mi mejor amigo.

Jake se ha quedado de piedra al ver a Rebekah. Y no es de extrañar porque también está guapísima. De hecho, creo que lleva el mismo vestido negro con el que Audrey alteró todas y cada una de mis hormonas hace ya un año.

Cuando me dispongo a hablar con él, me dirige una mirada gélida y se aparta de mi lado alejándose entre el gentío.

Rebekah observa cada uno de los gestos de mi mejor amigo y decide seguirlo.

Los nervios empiezan a apoderarse de mí porque siento el perfume de Audrey demasiado cerca. Y normal que lo note cerca, porque está a escasos metros de mí.

Le hago un gesto que espero que entienda y me dirijo a uno de los cuartos de baño del gran local.

Pasan unos cinco minutos hasta que escucho la puerta del cuarto de baño abrirse.

El corazón me late desenfrenado mientras observo que entra lentamente en la misma estancia en la que yo me encuentro.

Nos quedamos unos segundos en silencio, sin decirnos nada.

— Enzo... — dice ella mientras parece que deja soltar aire que estaba conteniendo.

Ni siquiera dejo que siga hablando, porque enseguida me dispongo a abrazarla. Pero ella me frena en seco antes de que pueda sostenerla entre mis brazos.

— No debemos hacerlo, Enzo... No lo hagas más difícil... — dice mirando al suelo.

— Tu recuerdo no se va... — confieso mientras paso las manos por mi pelo, nervioso.

— Sabemos que, por mucho que queramos, no podremos llegar a nada. Debemos seguir como estamos ahora. Algún día mi recuerdo se irá, Enzo.

Dejo que se vaya porque tiene razón. No podemos hacer nada por evitar la situación en la que nos encontramos. Y aunque lo odie, sé que es lo mejor. Porque no puedo volver a soportar tener que verme con ella a escondidas como si estuviéramos cometiendo un delito. Simplemente, no puedo...

Capítulo 2

JAKE

“DIME QUE AL MIRARLA ME RECORDARÁS”

Jamás pensé que mi vida cambiaría tanto en un solo año. Y mucho menos, que daría un cambio tan radical.

Todo cambió cuando recibí una llamada a principios de verano. Estaba solo en casa porque mis padres estaban trabajando. Mi relación con Mia había sido nula desde la última vez que la vi, por eso me extrañó ver que era ella la que me estaba llamando.

Cogí el teléfono y a partir de ese momento, nada volvió a ser igual. Ella y mi hermano habían ido a pasar unos días de vacaciones a un pueblo extranjero, que en esa época del año, estaba nevado. Con la mala suerte o la desgracia de que tuvieron un accidente y mi hermano resultó gravemente herido, hasta el punto de fallecer.

La muerte de mi hermano me afectó más de lo que jamás habría pensado, pero lo que más rabia me daba era que hubiéramos perdido tanto tiempo enfadados cuando de pequeños éramos inseparables.

Por eso supongo que no llamé a Enzo en todo el verano. Todavía me costaba asimilar que mi hermano no estaba aquí. Que no me había podido despedir de él como me hubiera gustado.

Cuando esta mañana he recibido la invitación para acudir al evento en el que se premiará a la empresa familiar de los Campbell, no he dudado en asistir porque siento que no puedo seguir encerrado en casa, pensando en todo lo relacionado con mi hermano y sufriendo por algo que ya no tiene remedio. Y también porque quiero pedirle perdón a Enzo.

Lo que no me esperaba, era que también acudiría ella: Rebekah.

En cuanto la he visto, no he podido evitar mirar a Enzo con una mirada fría porque no quiero forzar las cosas entre nosotros. Entiendo que Enzo quiere ayudarme a dar el paso de volver a hablar con ella, pero todavía no he encontrado las fuerzas.

Por eso, salgo de la zona del bar y voy a la terraza para intentar coger aire. Me llega una notificación en el móvil.

Es Mia. Avisándome de que llegará enseguida.

Rebekah sigue mis pasos y acabamos los dos en la terraza en completo silencio. Casi siento que

me ahogo en sus ojos a la vez que inhalo su inconfundible olor a frutos del bosque.

Al ver que no quiero dar el paso de iniciar una conversación, decide hacerlo ella.

— ¿Qué tal va todo?

Noto un deje de tristeza en su voz. Casi como si se sintiera obligada a mantener una conversación conmigo. Y me duele ver eso, ver que se siente forzada a estar conmigo cuando en un pasado no tan lejano, no nos importaba el hecho de estar juntos.

— ¿No te has enterado? — le pregunto mientras nos sentamos en las sillas que hay dispuestas en la terraza.

Ella niega y yo accedo a contarle todo lo sucedido con mi hermano. Rebekah escucha cada una de mis palabras con atención, y me gusta ver que todavía podemos hablar como antaño, aunque note un muro que nos separa.

Y justo cuando voy a contarle el motivo por el que no la he llamado en todo el año, aparece Mia.

— Hola, cariño. ¿Qué tal? — pregunta antes de darme un beso veloz en los labios sabiendo perfectamente que Rebekah nos está observando.

Se me encoge el corazón al ver que se levanta de súbito y aunque me levanto para intentar explicarle la situación, ella se me adelanta.

— Por lo que veo, se te ha olvidado contarme lo más importante. Lamento mucho lo que le ha sucedido a tu hermano, Jake. Espero que te vaya bien. — dice de carrerilla, antes de que las lágrimas empiecen a empapar su rostro y yo sienta que mi respiración se descontrola.

— Mia, ¿no crees que deberías haber sido más sutil? — pregunto una vez Rebekah ha abandonado la estancia.

Ella frunce el ceño sin entender nada.

— ¿Acaso no puedo besar a mi novio?

— Claro que puedes, pero no delante de ella...

La noche va avanzando y compruebo que Rebekah ha abandonado el local. No quiero ni pensar en todas las cosas que se le estarán pasando por la mente. Pero quiero contarle qué es lo que ha pasado durante este año. Todo lo que ha pasado con Mia.

Por eso, decido dirigirme a su casa aprovechando que Mia se ha quedado hablando con Savannah.

Me va el corazón a mil por hora porque sé que Rebekah no me dejará hablar. Ni siquiera estoy seguro de que me deje entrar en su piso. Pero al menos tengo que intentarlo.

Aparco delante de su piso y observo que está dentro porque desde la calle se puede ver la luz de su salón encendida.

Subo lentamente las escaleras hasta que toco el timbre.

Escucho unos pasos aproximándose a mí, pero la puerta no se abre. Sé perfectamente que Rebekah habrá mirado por la mirilla y al comprobar que soy yo, decide quedarse callada.

— Rebekah, abre, por favor... — suplico apoyando la frente en la puerta.

— No quiero explicaciones, Jake. Ya me ha quedado todo claro... — dice ella detrás de la puerta.

— Déjame explicártelo todo. Te prometo que después me marcharé y no te hablaré más, a no ser que tú lo quieras.

— ¿Ahora debo creerme tus promesas?

Aunque esté detrás de la puerta, puedo comprobar que le tiembla la voz al hablar conmigo.

Pero no me voy a ir de aquí hasta hablar con ella.

— No me iré hasta que podamos hablar, Rebekah...

— No digas mi nombre, por favor te lo pido...

Lanzo un suspiro mientras espero en el rellano a que Rebekah me abra la puerta. Pasan varios minutos, creo que hasta pasa media hora, cuando decide abrir la puerta.

No me mira a los ojos en ningún momento, simplemente se apresura a sentarse en el sofá con la cabeza agachada.

Y yo no me puedo sentir peor. Porque la Rebekah que conocí la primera noche que nos vimos, no es la Rebekah que tengo ahora delante mío.

Y me siento un completo imbécil por ser yo el causante de este cambio en ella. Sin preguntar, me siento un poco alejado de ella por si mi cercanía le molesta. Decido empezar la conversación para ahorrarnos el sufrimiento a ambos.

— Mia y yo hemos vuelto...

Ella fija sus ojos azules sobre los míos y puedo comprobar que los tiene llorosos.

— ¿No me jodas? Creo que ya me he dado cuenta. — responde de manera mordaz.

- Los dos sufrimos mucho con la muerte de mi hermano y supongo que encontramos consuelo entre nosotros y una cosa llevó a la otra...
- Y te la follaste. Es que alucino, te lo juro... Tus niveles de dependencia emocional superan los de cualquier ser humano. — dice con una mueca de asco.
- ¿Cómo? — pregunto sin saber muy bien por dónde está llevando la conversación.
- Que alucino contigo, Jake. Sigo sin creermelo que te quieras tan poco. Entiendo que la muerte de tu hermano os haya afectado a los dos, pero de ahí a que volváis a estar juntos como si...

Se queda unos segundos en silencio y la insto a que continúe hablando.

- ¿Como si qué?
- Como si yo no hubiera existido... Como si las promesas que me hiciste, no te importaran una mierda. Has vuelto con ella sin ni siquiera pensar en que yo estaba esperando tu llamada como una auténtica idiota.
- Re... — intento mencionar su nombre, pero al ver la mirada que me ofrece, decido recular.
- Te he pedido que no digas mi nombre. — dice mirándome con odio.
- ¿Por qué?
- Porque me duele. Y espero que lo entiendas.

Nos mantenemos ambos en silencio durante varios instantes.

- No sé qué más quieres que diga... — digo esta vez mirándola a los ojos.
- Dime que al mirarla me recordarás...
- ¿Qué?
- Sí. Dime que cuando la mires no recordarás todo lo que habíamos vivido esos tres meses. Dime que cuando la toques, cuando la acaricies, no pensarás en mí. Dime que cuando la beses, no recordarás mis labios. Dime que cuando la mires no pensarás en todo lo que habiéramos podido vivir si te hubieras atrevido a dar el salto...
- ¿A dar el salto?
- Sí, a dar el salto. A arriesgarte. Porque tienes miedo a volver a enamorarte, Jake. Y

créeme que lo entiendo, pero que tengas miedo a enamorarte, no quiere decir que tengas que acudir de nuevo a la persona que sembró ese miedo. Porque entonces significa que no te quieres, y creo que eres lo suficientemente inteligente como para hacerlo.

Suspiro mientras me coloco en otra posición en el sofá.

— Siento haberte hecho daño...

Ella lanza una risa irónica y yo me estremezco.

— Para haberme hecho daño tendrías que haberme dejado quererte, pero no lo hiciste... Y ahora, si me disculpas, he quedado con un chico de Tinder.

Me lo dice con tanto odio que no puedo evitar que se me estremezca el cuerpo entero al oírla.

— Al parecer hay cosas que no cambian, ¿no? — pregunto, arrepintiéndome al instante.

— No, tú sigues queriéndote igual de poco que cuando te conocí. Buenas noches, Jake.

Volvemos a quedarnos en silencio y me doy cuenta de que ya no hay nada más que hablar.

Y cuando salgo por la puerta, solo pienso en que echo de menos su eterna sonrisa. Pero me castigo mentalmente después porque comprendo que soy yo el que se la ha arrebatado.

Capítulo 3

REBEKAH

“SOY EL MISMO HOMBRE DEL QUE TE ENAMORASTE”

Ha vuelto con ella. Ni siquiera soy capaz de describir qué sentí ayer cuando vi que la besaba delante de mis narices.

Y cuando luego llegué a casa, no pude evitar echarme la culpa de todo. Sé que parece estúpido, pero me siento así.

Me siento una auténtica idiota por pensar que volvería a mí. Que tendríamos la oportunidad de escribir nuestra historia de cero, sin miedos, sin problemas del pasado, sin miedo a lo que nos pudiera deparar aventurarnos a querernos.

Pero cuando vi que pasaban los meses y no llamaba, empecé a pensar que nuestra oportunidad se había esfumado, cuando en realidad nunca tuvo el más mínimo indicio de empezar.

Cuando ya pasaron siete meses desde que nos vimos por última vez y al ver que no había ningún mensaje ni ninguna llamada, decidí volver a ser la Rebekah de antes. Esa Rebekah que no creía en el amor. Esa Rebekah que solo disfrutaba del sexo sin ataduras y nada más.

Volví a mis andadas con chicos de *Tinder*. Ni siquiera sé cuántos de ellos pasaron por mi cama. Lo único que sabía era que ninguno de ellos era él.

Y odiaba eso. Odiaba no sentir absolutamente nada cuando me acostaba con otros chicos. Odiaba no sentir mi piel erizada cuando me tocaban. Odiaba no sentir electricidad por cada poro de mi piel cuando unos labios desconocidos besaban los míos.

Porque aquel sexo era algo vacío, algo animal, salvaje. No como el que tenía con Jake. Con Jake, sentía que todo mi cuerpo reaccionaba ante su presencia. Sentía que mi corazón latía desenfrenado al saber que eran sus labios los que besaba. Lo sentía a él. Y solo me bastaba con eso.

Por eso, cuando me acosté ayer con el último chico y lo he echado a patadas de mi cama hace unas horas, he reflexionado y pensado que me estoy equivocando. Que no merece la pena intentar conseguir algo que está claro que no llegué a conseguir.

Las palabras que le dije a Jake ayer, son realmente las que siento dentro de mí. Y odio que mencione mi nombre. Porque cuando lo hace, no puedo evitar recordar la última noche que pasamos juntos hace ya un año. Esa noche en la que pensé que tendríamos un futuro.

Así que supongo que ese ha sido mi error, pensar en el futuro y no en el presente. Porque nunca sabes cómo puede complicarse ese futuro que tanto deseas. Pero nunca llegué a imaginar que ese futuro, rompiera algo en mí.

Porque eso fue lo que pasó cuando vi a Jake atravesar la puerta de mi piso hace unas horas. Sentí que algo se rompía en mí. Y odiaba no haber sido capaz de mirarlo a los ojos. Esos ojos azules que de vez en cuando se presentaban en mis sueños a altas horas de la madrugada.

Porque si lo miraba a los ojos, enviaría una daga directa a mi corazón que me haría recordar que todo lo que vivimos, fue una mentira.

Parece estúpido que lo piense, pero lo hago. Si Jake realmente hubiera sentido algo por mí, no le habría resultado tan fácil volver con Mia.

Después de que Jake se fuera y recibí en mi cama al chico con un nombre que olvidé a los cinco minutos, cuando empezamos a besarnos y luego, más tarde, unimos nuestros cuerpos, no podía evitar acordarme de él.

No podía evitar que mi corazón recordara su voz. Su inconfundible aroma. Sus intensos ojos azules.

Me sobresalto al escuchar una llamada a mi teléfono móvil. Antes de coger la llamada observo la hora. Son apenas las 8:00.

Cojo el móvil al ver que es Audrey.

— ¿Qué pasa Audrey? — pregunto mientras bostezo.

— ¿Has podido dormir algo?

— ¿Tú que crees?

— Yo tampoco he dormido nada. Anoche tuve un encuentro con Enzo en el cuarto de baño y no he podido conciliar el sueño en toda la noche.

Permanezco unos segundos en silencio hasta que vuelvo a hablar:

— ¿Quieres que quedemos para desayunar y hablamos?

Audrey asiente al otro lado de la línea y me levanto para vestirme. Después de ponerme unos pantalones tejanos acompañados de camiseta de manga corta de color gris, voy a mi cama para coger de la mesita de noche una goma para atarme el pelo.

No soy consciente de lo que estoy haciendo hasta que abro el cajón y lo veo: el gel de placer que utilizamos la última noche.

No soporto que esté ahí. Que él siga presente en mi vida de una manera u otra. Así que decidida, lo cojo y lo meto dentro del bolso.

Espero a Audrey en la cafetería que solemos frecuentar y la veo llegar enseguida con cara de no haber dormido en toda la noche, pese a que intenta ocultarla con maquillaje.

— Vaya noche de mierda hemos pasado, ¿no?

— ¿Quién de las dos empieza?

Hago un gesto con mi mano para que ella sea la primera en hablar y empieza a contarme su encuentro con Enzo.

— Casi me quedé paralizada cuando lo vi. Unos minutos después, fui al cuarto de baño y él me siguió. Me dijo que no conseguía olvidarme e intentó darme un abrazo, pero yo me aparté... — habla casi atropelladamente, seguramente nerviosa por tener que recordar la noche anterior.

— ¿Te fuiste?

— No podía soportar estar cerca de él. Y estoy segura de que, si hubiéramos estado más tiempo en ese baño, las cosas se habrían salido de madre. Pero no puedo volver con él, Rebekah. No si eso supone problemas a mi familia.

— Solo ha pasado un año. Supongo que conforme pasen los meses, conseguiréis olvidaros el uno del otro, aunque ahora os parezca imposible.

Audrey se queda unos segundos en silencio mientras recopila todo lo que le he dicho y llega mi turno de hablar:

— ¿Y tú con Jake?

Lanzo un suspiro de cansancio y me decido a hablar.

— Su hermano ha muerto. Y ha vuelto con ella.

La verdad es que debería empezar a pensar en dosificar la información que doy porque por poco Audrey se atraganta con su café.

Procedo a explicárselo todo para que lo pueda entender.

— No me lo puedo creer...

— Imagínate yo. Es que me siento estúpida. Estaba claro que todavía no la había superado.

Y yo como una idiota, me aferré a la idea de que quizás podríamos tener algo.

Audrey coge una de mis manos para tranquilizarme.

— Ey, no te tortures. La culpa es suya por hacer promesas que luego no ha cumplido. Tú no has hecho nada mal, Rebekah. Tu único error ha sido confiar en él.

Acabamos la conversación y nos despedimos con un fuerte abrazo que nos reconforta a ambas.

Me meto en el coche intentando asimilar lo que voy a hacer ahora mismo y me encamino hacia mi destino.

Hace un año había pasado aquí las dos semanas más increíbles que he pasado en mucho tiempo.

Con el corazón a mil por hora, pulso el timbre y espero a que alguien me abra. Pasan varios minutos hasta que la señora Peterson abre la puerta con una enorme sonrisa.

— ¡Hola Rebekah! ¡Cuánto tiempo! ¿Va todo bien? — me pregunta, aunque veo en su mirada ese dolor que solo puede producir la pérdida de un hijo.

— Hola, señora Peterson. Ayer Jake me dijo lo que le pasó a Zack. Lamento mucho su pérdida. Si algún día quiere hablar, puede contar conmigo.

Podéis llamarme masoquista si queréis, pero la señora Peterson no tiene culpa de que su hijo pequeño sea un tremendo imbécil.

— Fue un duro golpe para todos, Rebekah. Te agradezco tu visita. Pero me da a mí en la nariz que no solo has venido para darme tus condolencias, ¿verdad? — me sorprende que esta mujer me conozca más que mi propia madre.

Asiento antes de hablar.

— Quería preguntar si Jake estaba en casa. — murmuro sintiendo un nudo en la garganta al pronunciar su nombre.

— Sí. Está en su habitación. ¿Quieres pasar? Acabo de hacer un bizcocho de chocolate que está para chuparse los dedos.

Me quedo unos segundos en silencio sin saber qué decir, pero acabo asintiendo. Una no puede decir que no a un bizcocho de chocolate. Es un delito.

Pido permiso a la señora Peterson para acceder a la habitación de Jake y me deja pasar, no sin antes avisarme de que en diez minutos estará listo el bizcocho.

Con pasos lentos e inseguros, subo las escaleras hasta tener frente a mí la puerta de la habitación de Jake.

Inspiro y expiro un par de veces antes de llamar a la puerta, pero acabo haciéndolo.

Jake abre la puerta al instante y en menos de dos segundos siento como mi cuerpo se siente completamente arrasado por sus ojos azules.

Nos quedamos varios segundos en silencio hasta que encuentro la voz para hablar.

— Te olvidaste algo en mi casa. — digo mientras saco el gel del bolso.

En cuanto ve que se lo ofrezco, frunce el ceño.

— ¿Para qué me lo das?

— A mí ya no me hace falta. No lo suelo usar con los chicos de *Tinder*. — digo sabiendo que es mentira. Que ya me he prometido a mí misma no volver a acostarme con nadie más.

Aunque se lo digo para hacerle daño. Pero quiero que sienta lo mismo que sentí yo cuando me enteré de que había vuelto con Mia.

Jake vuelve a mirarme a los ojos antes de coger el gel, no sin antes rozar unos segundos su piel contra la mía.

Siento cómo mi piel reacciona al instante y me frustró conmigo misma por sentirme así siempre que él me toca.

— Lo puedes usar con Mia. Seguro que a ella también le gusta el sabor a frutos del bosque.
— me estremezco ante la idea de imaginar que la toca como me tocaba a mí hace un año.

— Odio que me mires así... — confiesa mientras coloca el gel en el interior del bolsillo de su sudadera.

— ¿Así como? — pregunto sin saber a qué se refiere exactamente.

— Como si no me conocieras...

Suspiro unos segundos y cierro los ojos un instante para intentar calmarme antes de hablar.

— Es que no te conozco. Creía que lo hacía, pero jamás creí que me ofrecerías una versión totalmente distinta a la de verdad. — digo fulminándolo con los ojos.

Vuelve a analizarme con sus odiosos ojos azules y vuelve a sorprenderme con su respuesta.

— Soy el mismo hombre del que te enamoraste.

Pongo los ojos en blanco ante su afirmación a la vez que sonrío levemente.

— El hombre del que creí enamorarme era un hombre que quería dejar atrás el pasado para volver a empezar. Y ya no lo digo por mí, sino por ti. Porque primero querías cambiar para ti mismo para luego poder estar conmigo. El hombre del que creí enamorarme dejó de tener miedo a volver a sentir. El hombre del que creí enamorarme, me enseñó que el amor es solo una debilidad si permites que te arrase... — intento reprimir las lágrimas que luchan por salir de mis ojos.

— ¿No estabas enamorada de mí? — pregunta, cruzando sus brazos.

— Si lo estaba o no, ya da igual. Total, el final va a ser el mismo.

Cómo me duele, joder. Cómo me duele saber que hemos acabado así.

Ni siquiera me doy cuenta de que mi respiración ha empezado a acelerarse cuando decido coger aire de nuevo para controlar los latidos desenfrenados de mi corazón.

— Sigo siendo el mismo, ojalá algún día lo logres ver... — dice él mientras agacha ligeramente la cabeza.

Abajo suena el timbre y me estremezco al instante al escuchar la voz de Mia.

Ni siquiera me despido de Jake, solo quiero bajar los escalones y salir de esa casa que tantos recuerdos felices alberga.

Mia se está quitando el abrigo en la entrada y enseguida posa sus ojos sobre los míos.

— Vaya, vaya, ¿cómo tú por aquí? — pregunta con un tono de voz altivo.

Aún sigo sin comprender qué narices vio Jake en ella.

— Ya no os molesto más, tranquila.

Paso por su lado, no sin antes decirle:

— No le vuelvas a hacer daño. No creo que lo pueda soportar. Espero que esta vez lo valores de verdad.

No le doy opción a réplica porque enseguida salgo de la casa con las mejillas empezando a empaparse de lágrimas.

Odio que me siga haciendo sentir. Y, sobre todo, odio ver que sigue con su vida como si yo no hubiera existido en la suya.

Como si hubiera sido simplemente una vía de escape para curar temporalmente su corazón

herido.

Capítulo 4

AUDREY

“AQUÍ QUEDA AMOR TODAVÍA”

Aún sigo pensando en lo que me ha dicho Rebekah en la cafetería y de verdad creo que es por falta de tiempo el hecho de que siga pensando en Enzo. Solo ha pasado un año, pero a la vez, me parece que ha pasado demasiado tiempo.

Dado que estoy aburrida en casa y ya es fin de semana, decido coger rápidamente varias cosas que me ha pedido Riley de casa para llevárselas a casa de Kyle.

Aviso a mis padres de que salgo de casa y cojo enseguida el coche para dirigirme a ver a mi hermana.

Antes de entrar en el coche, no puedo evitar que mis ojos se fijen en la casa de los Campbell, más concretamente en la habitación de Enzo. Y me sobresalto al comprobar que justamente está mirando por la ventana.

Nos quedamos varios segundos observándonos en silencio, hasta que Enzo coloca su mano derecha en el cristal, como si así pudiera sentirme más cerca.

No sé si lo llega a ver, pero niego levemente con la cabeza y me meto finalmente en el coche.

Ojalá todo hubiera sido diferente. Ojalá hubiéramos conseguido estar juntos sin herir a terceras personas.

Pasados unos cinco minutos, salgo del coche y me encamino hasta la casa de mi cuñado con una mochila negra colgada de mi hombro.

Pulso el timbre y unos segundos después, mi hermana abre la puerta de par en par mientras se dirige a abrazarme fuertemente.

Casi podría decir que está demasiado alegre para ser ella.

Lo dejo estar y entro al fin. Kyle está sentado en el sofá viendo un programa de cocina mientras apunta en una pequeña libreta ideas para futuros platos.

Riley no para de moverse de un lado a otro. Ansiosa. Y sin parar de sonreír.

Me siento al lado de Kyle y le choco el puño a modo de saludo.

— ¿Qué le pasa? — le pregunto a mi cuñado en un tono de voz bajo para que Riley no se entere.

Él sonríe levemente mientras muerde su labio inferior.

— ¿Alguien me puede decir qué está pasando aquí?

Mi hermana deja de moverse de un lado a otro y se acaba sentando en un sillón que está colocado al lado de donde estamos sentados Kyle y yo.

Justo cuando estoy a punto de volver a preguntar por qué mi hermana no ha dicho ni una sola palabra desde que he llegado, enseña su mano derecha con una sonrisa tan amplia que ilumina todo su rostro.

Observo con más detenimiento la mano de mi hermana y veo un anillo de oro blanco con un diamante pequeño en la parte superior de éste.

Abro la boca y empiezo a sonreír.

— ¿¡Os vais a casar!?

Kyle apaga la televisión y se dirige hacia dónde está mi hermana sentada para quitarle el sitio y hacer que se siente sobre sus rodillas.

— Me lo pidió hace dos semanas. Justo cuando cumplíamos cuatro años de relación. Fue muy romántico... — me informa Riley mientras parece que le van a salir corazones por los ojos.

— No fue tan romántico... — contesta Kyle poniendo los ojos en blanco.

— ¿Cómo que no?

Continuamos hablando un rato sobre cuándo será la fecha de la boda y todos los preparativos que ésta conllevará.

Hasta que tenemos que hablar de nuestros padres.

— ¿Cuándo se lo vais a decir? — pregunto a mi hermana y ella se tensa al escucharme.

— No pienso invitarlos hasta que acepten a Kyle.

— ¿Y si hacemos una cena para destensar el ambiente? Podría dejar caer el tema en casa...

— Audrey, no me gustaría quedarme viuda antes de casarme... — suelta Riley para aliviar la tensión que se forma cada vez que hablamos de nuestros padres.

— Cariño, no irá tan mal. Aparte, tengo muchos encantos... — apunta Kyle mientras le da un corto beso en los labios a mi hermana.

— Bueno, está bien. Pero avísame cuando se lo hayas comentado.

Acabo asintiendo y me despido de ellos mientras recibo en ese mismo instante una llamada de Rebekah.

— Dime, Rebekah. Estoy saliendo ahora de casa de Kyle.

— ¿¡Has visto el móvil!? — grita tan fuerte que casi tengo que apartar el teléfono de mi oído.

No me deja casi ni responder.

— Quedamos ahora mismo en mi piso. Reunión urgente.

Y sin más, acaba la llamada.

Antes de coger el coche para ir al piso de mi mejor amiga, doy un vistazo al móvil. Y comprendo a la perfección el por qué Rebekah está tan alterada.

Alguien ha creado un grupo de *Whatsapp* con motivo del cumpleaños de Enzo. En el grupo estamos Rebekah, Jake, Enzo y yo.

Bueno, y la creadora del grupo, que no es otra que Mia.

¿Acaso esta mujer no se cansa de dar por saco?

Lanzo un suspiro agotado mientras me encamino hasta el piso de Rebekah.

No me hace falta ni llamar al timbre porque la puerta ya está abierta y mi mejor amiga parece estar a punto de sufrir un ataque al corazón.

Me siento en el sofá mientras ella no para de moverse de un lado a otro como mi hermana hace un rato.

— Rebekah, tranquila...

— ¿Cómo me voy a tranquilizar? No vamos a ir, ¿verdad?

Me quedo unos segundos en silencio intentando asimilar la situación. Por otro lado, mi mente imagina un escenario en el que estemos sentados en una mesa todos juntos y casi siento que me estalla la cabeza. Porque está claro que no va a salir bien.

Al ver que tardo unos segundos en responder, Rebekah se adelanta.

— No mira, ¿sabes qué? Que ya estoy harta de que se salga siempre con la suya. Está claro que lo que quiere hacer es fastidiarme. Pues más la voy a fastidiar yo. Coge mi móvil y abre *Tinder*.

— ¿*Tinder*? — pregunto sin entender nada.

— ¿No quiere que todo sea maravilloso y fantástico? Pues no pasa nada porque yo finja que tengo pareja, ¿no?

Niego con la cabeza mientras abro la aplicación.

— No pienso achantarme ante sus ataques gratuitos. Así que tú y yo iremos a esa cena con la cabeza bien alta. Y encima, iré a esa cena con el chico más guapo de esa aplicación. Así de paso, lo fastidio a él.

— Rebekah...

— No, Audrey. Estoy harta de comerme la cabeza todas las noches pensando en por qué la eligió a ella y no a mí. Así que quiero que él sienta lo mismo que sentí yo cuando me enteré de que habían vuelto.

— ¿Estás segura de esto?

Coge el móvil de mis manos y empezamos a buscar al candidato perfecto.

Después de más de media hora buscando, acabamos encontrando a un chico moreno de ojos verdes muy atractivo.

Le damos el visto bueno y Rebekah empieza a escribirle para informarle de la situación. Puede que sea una petición un poco extraña, pero seguro que mi mejor amiga acaba convenciéndolo.

La cena es esta misma noche, así que no podemos perder el tiempo y empezamos a escoger qué ponernos.

Abro el armario de Rebekah mientras ella sigue hablando con el moreno de ojos verdes.

— ¿Lo has convencido? — le pregunto al ver que entra en la habitación.

— Bueno, me ha dicho que no tiene nada mejor que hacer, así que supongo que ha colado. ¿Qué vestido te vas a poner?

Pienso unos segundos mientras miro todos y cada uno de los incontables vestidos de Rebekah.

Acabo escogiendo un vestido color azul eléctrico de tirantes gruesos y ceñido.

Rebekah se sienta en la cama y parece estar dándole demasiadas vueltas a algo en su cabeza.

— ¿Estás bien?

Ella asiente, pero sé que no está bien. Solo intenta autoconvencerse de que es fuerte y de que lo ha superado, cuando ambas sabemos que no.

Aunque bueno, supongo que las dos nos encontramos en la misma situación.

Intentando aparentar serenidad cuando solo habita la tormenta en nuestro interior.

— ¿Y tú cuál te vas a poner? — le pregunto para cambiar de tema.

Se levanta de la cama y se dirige a coger un vestido de color rojo que me resulta familiar.

— ¿Ese no es...?

— El vestido que me puse cuando lo conocí. A ver si pillas la indirecta.

Pongo los ojos en blanco y unos minutos después esperamos a que venga el chico de *Tinder*. Rebekah ha quedado con él antes de la cena, para dejarle claras las cosas.

Mientras acabo de ponerme los pendientes a conjunto con el vestido, llaman al timbre.

Unos segundos después, aparece el chico moreno de ojos verdes con una camisa de cuadros y unos pantalones vaqueros de color negro.

Rebekah le saluda dándole los dos besos de cortesía y él se presenta con el nombre de Will.

Por mi parte, solo lo saludo con la cabeza porque la verdad es que estamos viviendo una situación algo extraña.

Se sientan los dos en el sofá mientras escucho su conversación desde la cocina.

— A ver, Will. El objetivo de esta noche es matar a dos pájaros de un tiro. Hacer que la novia de este chico — dice mientras enseña una fotografía de Jake desde su móvil — se muera de envidia cuando te vea conmigo y que él se ponga celoso.

— Vale...

Madre mía. Pobre chico, no sabe dónde se ha metido.

— Vamos a decir que llevamos cuatro meses juntos. Y que vivimos juntos, ya de paso.

Will asiente y yo solo rezo para que todo salga bien esta noche.

Nos acabamos encaminando los tres hasta la ubicación que ha pasado Mia por el grupo y llegamos los primeros.

— Cógeme de la mano. Hay que hacer un poco de paripé. — le dice Rebekah a Will mientras yo solo puedo sonreír.

Apenas unos minutos más tarde, aparecen Mia, Jake y Enzo juntos. Al parecer, han venido en el mismo coche.

Enzo es el primero en saludarnos. Con Rebekah y Will no tiene problemas. Pero cuando llega a mí, la cosa se complica.

— Hola... — ni siquiera sé si lo ha escuchado.

Procedo a darle dos besos y no puedo evitar cómo ese simple gesto hace que el corazón me bombee más rápido de lo normal.

Enseguida siento que mis piernas tiemblan cuando noto su fragancia pululando a mi alrededor.

Pero dejo de pensar en eso y de mirarlo a los ojos para observar a Rebekah.

Solo ha saludado a Mia y Jake con un simple “hola”. Todavía no ha presentado a Will como su ‘novio’ pero supongo que espera a que lleguemos dentro para soltarlo. Aunque bueno, supongo que ellos han podido deducirlo.

Nos sentamos en una mesa previamente reservada por Mia. Ella y Jake se sientan juntos. Rebekah y Will enfrente suyo y Enzo y yo lo más alejados el uno del otro.

Así mejor. Cuanta más distancia física haya entre nosotros, más sencillo será para mí controlar los latidos y las emociones que se despiertan en mi corazón cada vez que lo tengo demasiado cerca.

Empezamos a hablar y Mia es la primera en preguntar a Rebekah:

— ¿Es tu novio, Rebekah? — casi puedo sentir el veneno salir de sus labios al observar con asco a mi mejor amiga.

Lástima que Jake no se dé cuenta de lo nociva que es su novia.

— Sí, llevamos cuatro meses juntos. — responde Rebekah mientras posa su cabeza durante unos segundos sobre el hombro de Will en un intento de parecer enamorada de él.

Mis ojos no paran de ir de un lado a otro como si estuviera observando un partido de *ping-pong*.

— Pensaba que no tenías novio. — dice Jake a la vez que traga saliva, incómodo.

— Y yo pensaba que te querías.

Madre mía. Aquí mi mejor amiga sabe cómo hacer una cena más incómoda de lo que ya estaba siendo.

El pobre Will está que no sabe ni dónde meterse.

— ¿Y por qué dices que no se quiere? — vuelve a preguntar Mia.

— A la vista está. — contesta Rebekah mientras la señala con la mano.

Y juraría que Mia va a levantarse de la mesa, pero al parecer, Jake la frena colocando una mano encima de su pierna.

— Venga, va. Dejemos los malos rollos atrás. Que es mi cumpleaños. — Enzo parece querer destensar el ambiente y se lo agradezco, la verdad.

Todos le prestan atención y continuamos cenando.

Will se despide de nosotros al finalizar la cena diciendo que tiene que madrugar mañana y le da un corto beso en los labios a Rebekah con la intención de que Jake lo vea.

Y parece hacer efecto, porque casi parece que se va a romper los dientes por lo fuerte que está apretando su mandíbula.

Todos se acaban yendo y nos quedamos Enzo y yo a solas en el local.

— Felicidades... — con toda la tensión de la cena, he olvidado felicitarlo.

Enzo posa sus ojos negros sobre los míos y siento que me falta la respiración. Se acerca lentamente a mí y no me aparto.

Mi cuerpo sigue sin saber reaccionar ante su presencia.

— Me hubiera gustado celebrar mi cumpleaños en otras circunstancias.

— ¿En qué circunstancias? — pregunto sabiendo ya la respuesta.

Lo miro a los ojos y casi puedo ver la respuesta iluminando sus ojos. “Contigo” parecen gritar.

— Audrey... — susurra mi nombre con dolor, como si con solo pronunciarlo, pudiera recordar todo lo que tuvimos hace ya un año.

— Enzo... — digo con la voz temblorosa.

Nos quedamos unos segundos en silencio, observándonos. Él con la respiración acelerada, yo sin poder apartar mis ojos de los suyos. Y me hubiera gustado quedarme atrapada en sus ojos negros durante una eternidad entera. Porque ahí, todo sería diferente.

— Volvamos a intentarlo, por favor... — susurra con su frente rozando la mía.

— No hay nada que intentar... — contesto mientras trato de tragar saliva.

Él alza su mano hasta posarla sobre mi pecho. Y estoy segura de que nota los latidos acelerados de mi corazón.

— Aquí queda amor todavía...

Me separo lentamente de él, con los ojos llorosos. Porque claro que quiero volver a intentarlo. Pero no puedo soportar volver a tener que escondernos. Volver a tener miedo de que nuestros padres se enteren.

Porque si nuestros padres no quieren que estemos juntos, estoy segura de que será por un motivo de peso.

— ¿Y qué más da que quede todavía amor? A veces, el amor no es suficiente. A veces, tenemos que saber dejar atrás lo que no pudo ser y mirar al futuro.

Enzo lanza un suspiro mientras coloca sus manos en sus bolsillos. Sin dejar de mirarme ni un segundo.

— ¿Y cómo es ese futuro? ¿Un futuro en el que no puedo escuchar tu voz al despertar? ¿Un futuro en el que no puedo abrazarte cuando tengas miedo? ¿Un futuro en el que no puedo mirarte a los ojos y decirte que te quiero? Entonces no quiero ese futuro.

Es la segunda vez que lo escucho decirme 'te quiero' y yo ni siquiera puedo decirle que yo también lo hago. Porque si le digo que lo quiero, todo se volverá más complicado.

Ojalá estar enamorados no fuera el motivo por el que estamos tan destruidos. Ojalá el querernos no nos hubiera lanzado a un vacío del cual es demasiado complicado salir.

Capítulo 5

ENZO

“NO SOY TAN FUERTE PARA SUPERARTE”

No quería que esta noche acabara nunca. Porque, ahora que la tenía tan cerca, a apenas unos centímetros de mí, no me veía capaz de alejarme de ella otra vez. Solo quería que el tiempo se paralizara.

Que nos ofreciera la oportunidad de poder vivir lo que nos merecíamos. La oportunidad de continuar nuestra historia.

Seguíamos aún en silencio. Todo parecía moverse a nuestro alrededor, pero lo único que me importaba en este preciso momento, era no dejar de observarla. Porque no sabía cuándo podríamos volver a estar así.

— Tengo que volver a casa.... — Audrey decide interrumpir el momento mientras aparta sus ojos verdes de mi campo de visión.

— Demos un paseo al menos. Déjame pasar unos minutos más contigo, aunque no pueda tocarte.

Ella frunce el ceño.

— ¿Por qué dices que no puedes tocarme? — pregunta en un susurro.

— Porque sé que, si lo hago, todo volverá a estallar. Y no nos lo podemos permitir.

Estaba seguro de que, si la rozaba, de que, si su piel entraba en contacto con la mía, no podría haber marcha atrás. Porque entonces recordaría lo que era tenerla entre mis brazos.

Recordaría nuestros besos, nuestras respiraciones aceleradas mientras hacíamos el amor. Y no podía permitirme hundirme más. Y sabía que, aunque anhelaba el contacto de su piel con la mía, era lo mejor para ambos. Para así poder librarnos de aumentar nuestro dolor.

Ella parece sopesar durante unos segundos mi propuesta y acaba aceptándola.

— Está bien. Pero vamos a un sitio alejado. No quiero que haya ruido alrededor.

Esbozo una pequeña sonrisa que ni siquiera sé si ella ha podido apreciar. Así que Audrey decide encaminarse a la salida y yo la acompaño, alejado unos centímetros de ella. Porque solo me basta

eso. Tener unos instantes con ella para recordar a mi mente que es real.

Que lo que tuvimos lo fue.

Porque durante este año, casi me ha parecido que lo que tuvimos solo fue un sueño. Que nunca fue real. Y necesitaba esta noche para poder reafirmar que lo nuestro había sucedido.

Cogemos mi coche en un interminable silencio y acabamos llegando a una cala en la que se puede observar la inmensidad del mar.

Aparco el coche y solo escucho nuestras respiraciones entrecortadas. Ninguno de los dos sabe qué decir.

Me atrevo a observar su perfil y siento que el corazón se me desboca.

— ¿Caminamos por la arena? — pregunto llamando su atención.

Ella simplemente asiente y se descalza lentamente en el coche. Hago lo mismo y acabamos abriendo las puertas a la vez para dirigirnos a la arena.

Llevamos apenas unos minutos caminando cuando decide hablar.

— ¿Sabes que mi hermana se va a casar?

Mantiene la cabeza agachada, sin ser capaz de mirarme.

Y la comprendo a la perfección.

— Al final lo ha conseguido, ¿no?

Audrey se atreve a mirarme mientras recoge un mechón de pelo detrás de su oreja.

— ¿Cómo que si lo ha conseguido?

— Ha conseguido ser feliz pese a los impedimentos de vuestros padres para que estuvieran juntos.

Casi ni me he dado cuenta de la indirecta que le he lanzado hasta que he acabado de decir la frase.

— Es muy diferente a nuestra situación, Enzo. Ella al menos tiene la aprobación de los padres de Kyle. Nosotros no lo tenemos tan fácil.

— ¿Has dicho tenemos?

Un atisbo de esperanza empieza a abrirse paso por mi mente. Porque ha hablado en presente. No

en pasado. Como si lo nuestro todavía tuviera una oportunidad.

— No quería decir eso. Quería decir que lo nuestro, no va a ser posible. Por mucho que queramos intentarlo.

— ¿No podemos volver a...?

— ¿A qué, Enzo? ¿A escondernos? No soy tan fuerte para poder lograrlo.

Nos volvemos a quedar en silencio hasta que decido volver a hablar.

— Y yo no soy tan fuerte para superarte...

— Seguro que más adelante conseguiremos lograrlo. Aunque ahora nos parezca imposible.

Lanzo un suspiro agotado y continúo hablando.

— ¿Me ves capaz de encontrar tu esencia en otra persona? ¿De estar con otra persona y no pensar en si lo nuestro hubiera salido bien si nos hubiéramos atrevido a intentarlo?

Audrey me mira y observo que tiene los ojos llorosos. Y me encantaría poder acunar mis manos contra sus mejillas y poder secar esas lágrimas que jamás debieron estar ahí.

Y parece que el cielo está en sintonía con nuestros sentimientos porque una sutil llovizna empieza a caer encima de nosotros.

En silencio, nos encaminamos de nuevo al coche y dejo a Audrey delante de su casa. Con miedo a que nuestros padres estén despiertos y vean que hemos venido juntos en coche.

— Buenas noches... — susurra ella mientras se aleja lentamente de mí.

Casi parece que no quiere irse, pero lo acaba haciendo.

Aparco el coche en el garaje y entro en casa. Mis padres ya están dormidos y yo me dirijo a mi cama intentando conciliar el sueño.

Pero mi mente no me deja tranquilo. No deja de pensar en sus increíbles ojos verdes. En su aroma. En ella.

Porque parece que solo valoramos lo que tenemos justo cuando no lo tenemos. Ojalá hubiera aprovechado más esa última noche en la que estuvimos juntos. Me hubiera pasado horas abrazada a ella, bailando en su jardín. Escuchando los latidos de su corazón, que se acompasaban con los del mío.

Porque siempre habíamos estado destinados. Era algo que he pensado durante este año. No creía en las casualidades. No creía que Audrey viviera enfrente mío por el azar.

Estuvimos destinados a besarnos hace siete años. Destinados a besarnos en ese ascensor. Destinados a conocernos, pero no a acabar nuestra historia.

Y eso es lo que de verdad me jode. Saber que es ella y no poder hacer nada por evitar la situación en la que nos encontramos. No poder hacer nada para volver a sentir sus labios sobre los míos. No poder hacer nada para volver a dormir abrazado a ella.

Pero algo dentro de mí me dice que lo nuestro aún no ha acabado. Que este parón solo ha sido causado para darnos cuenta de los grandes sentimientos que hay entre ambos.

Porque es ella. La persona con la que quiero despertar cada mañana. La persona con la que quiero compartir mis miedos y sueños. La persona con la que quiero vivir la vida sin miedo a lo que pasará en un futuro cercano.

Y lucharé por ella. Por conseguir estar juntos y por lograr abrazarla sin miedo a perderla.

Capítulo 6

REBEKAH

“¿CÓMO NO PUDE DARME CUENTA?”

Sinceramente, espero que le haya jodido haberme visto con Will. Quiero que él sienta lo mismo que he sentido yo cuando he visto que ya me ha superado. Que ha seguido con su vida como si no hubiéramos sido nada.

Está empezando a llover y como no tengo nada mejor que hacer, me preparo unas palomitas y me pongo a ver una película.

Cuando ya llevo la mitad, escucho que alguien llama a la puerta.

Bostezando porque el sueño ya empieza a acecharme, observo por la mirilla para comprobar quién es.

No puede ser. Es él.

— ¿Qué haces aquí? — pregunto malhumorada a través de la puerta.

— ¿Podemos hablar? — escucho su grave voz detrás de la puerta.

Manda narices. Ahora, en dos días quiere hablar todo lo que no hemos hablado en un año.

— ¿Ahora quieres hablar? Deberías estar en casa con tu novia y no aquí.

Dios mío, qué raro se me ha hecho decir la palabra ‘novia’ refiriéndome al diablo de Mia.

Él permanece en silencio unos segundos.

— Hablemos, por favor.

Con la cabeza apoyada en la puerta, pienso en la idea de abrir la puerta y escuchar lo que sea que tenga que decime.

Necesito pasar página de una vez por todas. Poder superarlo igual de rápido que él me ha superado a mí.

O quizá es porque me gusta tropezar día sí y día también con la misma piedra, pero acabo abriendo la puerta.

— ¿De qué quieres hablar? — vuelvo a preguntar. Sintiendo cómo sus ojos azules me estudian como si estuvieran buscando la solución a todas sus preguntas.

— De Will.

Frunzo el ceño, aunque él no pueda verlo.

¿Para qué quiere hablar de Will?

— ¿Por qué quieres hablar de mi novio? — madre mía, menuda escena estamos montando.

Agarro a Jake del hombro para meterlo dentro del pasillo y seguir con la conversación.

— Porque no es tu novio. — afirma con total seguridad.

Será desgraciado. Fíjate, no se da cuenta de que Mia es una víbora y sí se ha dado cuenta de que Will no es mi novio. Ver para creer.

— ¿Qué coño estás diciendo? Claro que es mi novio. — miento con tanta facilidad, que me sorprendo.

— No me mientas, por favor. — pero claro, él sigue conociéndome a la perfección. Por mucho que no quiero que siga siendo así.

Malhumorada, me giro para no mirarlo a la cara y me siento en el sofá.

Él sigue mis pasos y se sienta a unos centímetros de mí sin decir nada.

— ¿Cómo lo sabes?

Es ridículo seguir fingiendo.

— Porque no te brillaban los ojos cuando lo mirabas.

— ¿Y eso qué quiere decir?

— Que no estabas enamorada de él. Y lo sé porque cuando me mirabas, te brillaban los ojos.

Toma ya. Balazo directo al corazón.

Por fin, logro mirarlo a los ojos. Aunque sienta que los muros que he levantado antes de hablar con él, se estén derrumbando.

— ¿Por qué lo has hecho, Rebekah?

Ha vuelto a mencionar mi nombre y yo no puedo evitar que una descarga eléctrica recorra mi cuerpo al sentir que lo dice sin dolor. Como si fuera una simple conocida y no... lo que fuera que fuimos en un pasado.

— ¿Que por qué lo he hecho? Para que cuando me vieras con otro sintieras lo mismo que he sentido yo cuando me he enterado de que has vuelto con Mia. Porque si al menos hubiera visto que te ha afectado, habría visto que te importaba. Que fui alguien para ti.

— ¿Piensas eso? ¿Que no fuiste nadie en mi vida? — pregunta casi con miedo a mi respuesta.

— ¿Cómo quieres que no lo piense? — estoy empezando a perder los nervios. — Si te hubiera importado lo más mínimo o hubieras sentido algo por mí en esos meses, hubieras tenido la decencia de decirme que la habías escogido a ella en vez de a mí. — digo con la voz totalmente quebrada.

— No fue fácil tomar esa decisión. — asegura. Y por unos instantes, quiero creerlo, de verdad. Pero, por el momento, no puedo.

— ¿No lo fue? Porque yo pienso que sí. — respondo, completamente enfurecida.

— Ojalá mi decisión no hubiera acabado haciéndote daño, Rebekah...

Respiro hondo antes de mirarlo de nuevo a los ojos, sintiendo que el corazón se me resquebraja al verme de nuevo reflejada en sus iris azules.

--- Para ti es muy sencillo decir eso. Ahora vosotros estáis juntos, jugando a la parejita feliz y yo... Dios, ¿cómo no pude darme cuenta?

Él vuelve a posar sus ojos sobre los míos al tiempo que frunce el ceño.

— ¿Qué?

— Que no me di cuenta de que solo fui un pasatiempo. Un parche para aliviar el dolor que te causaba pensar en que te puso los cuernos con tu maldito hermano, Jake. Solo he sido un entretenimiento hasta que tuvieras la oportunidad de volver con ella... — ahora las lágrimas toman el control de la situación y salen a través de mis ojos sin control.

Porque me duele. Me duele darme cuenta de eso. De que en su vida solo he sido algo instantáneo cuando él para la mía ha sido mucho más que eso.

— No has sido un entretenimiento, Rebekah. Y me duele que pienses eso.

Esbozo una ligera sonrisa.

— Tiene gracia que justamente tú, hables de dolor. Tú, que olvidaste todo el daño que te hizo y aun así has vuelto con ella.

— A veces existen las segundas oportunidades...

Lo miro asqueada.

— Las segundas oportunidades solo se las merecen las buenas personas. Y ella no lo es. Qué lástima que todavía no te hayas dado cuenta.

En el exterior, la lluvia aumenta y empiezan a sonar varios relámpagos.

Me levanto del sofá dando por finalizada la conversación y me acerco a la ventana para contemplar la lluvia. Que casi se parece a todas las emociones que recorren mi cuerpo en estos instantes.

— No es buena idea que te acerques a la ventana. — murmura a mis espaldas.

Y odio que siempre tenga razón. Porque la lluvia es tan intensa que acaba llegando a uno de los cristales y lo rompe por una esquina, haciendo que una de sus esquirlas acabe saliendo disparada hacia mi mano, creando una buena herida en la palma de mi mano.

Un largo reguero de sangre empieza a descender por mi mano y siento que me falta el aire. Nunca me ha gustado la sangre.

Lo sé. Sé que es raro que diga eso mientras estoy estudiando enfermería. Pero, una cosa era curar una herida de una persona ajena a ti y otra, ver tu cuerpo débil. Y saber que eres tú la persona herida.

Jake, se percata de mi reacción y corre a la cocina a coger lo necesario para tapan la herida y desinfectarla. Se acerca lentamente a mí, con miedo a que rehúya su contacto.

Pero no lo hago.

Agarra suavemente mi mano y la envuelve en un paño húmedo.

Y mientras intenta curar la herida, no puedo evitar observarlo con detenimiento. Cómo procura curarme bien. Cómo acaricia más de la cuenta mi mano sutilmente, aunque piense que no me doy cuenta.

Deja un momento mi mano para ir a coger una venda.

— Ya casi está. — susurra mientras me mira a los ojos.

Acaba vendando mi mano y luego nos volvemos a quedar en silencio.

— Gracias...

Entonces, él alarga su mano hasta acunarla en mi mejilla. Puede que fuera haga frío, pero dentro de mí, un ardiente fuego ha empezado a abrirse paso en mi interior. Y las lágrimas vuelven a aparecer de nuevo.

Dejo que mantenga su mano en mi mejilla todo el tiempo que quiera porque, aunque me niegue a admitirlo y aunque me duela pensarlo, me gusta tenerlo cerca. A pesar de todo.

— Lo siento mucho, Rebekah. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes...

Y no sé por qué en ese momento, le creo. Porque veo la verdad en sus ojos. Veo que de verdad está arrepentido.

Que de verdad siente haberme hecho daño.

La película deja de reproducirse en la televisión y dan paso a las noticias de última hora. El presentador anuncia que todas las carreteras están cortadas y que recomiendan a los ciudadanos no salir de casa.

Parece que el universo me quiere jugar una mala pasada.

Porque no sé cómo seré capaz de pasar la noche entera con Jake sin volver a sentir todo lo que solo él me hace sentir.

Capítulo 7

JAKE

“CADA DOS MINUTOS TRATO DE OLVIDAR TODOS LOS MOMENTOS QUE PASAMOS JUNTOS”

Odio que nos encontremos en esta situación. Me duele que mis decisiones hayan afectado a Rebekah. Por eso, he querido dejarle claro que en ningún momento he querido hacerle daño. Que tomar la decisión de volver con Mia no ha sido fácil.

Y también me duele que piense que no ha sido nada para mí. Que esos meses juntos no han significado nada.

Observo las noticias y algo en mí me dice que quizá, esto es una señal para que podamos hablar largo y tendido durante toda la noche.

Porque no solo la he perdido a ella. He perdido su amistad. Y aunque los sentimientos se interpusieran entre nosotros, antes de que todo eso sucediera, éramos buenos amigos.

Y no quiero que Rebekah se aleje de mi vida, quiero seguir manteniendo su amistad, aunque cueste al principio.

— Parece ser que no vas a poder volver a casa. — dice ella en un susurro.

Asiento y nos quedamos otra vez en silencio.

Rebekah empieza quitarse el vestido para ponerse el pijama, pero no puede hacerlo con una sola mano.

— Joder, ¿me ayudas?

Me acerco de nuevo a ella y empiezo a bajar suavemente la cremallera de su vestido. Ese mismo vestido que me trae demasiados recuerdos.

Quiero evitar rozar su piel mientras le bajo la cremallera, pero no puedo hacerlo.

Rozo durante unos instantes la piel desnuda de su espalda y noto cómo su piel se eriza ante el contacto de mis dedos. Y lo cierto es que la mía también lo hace.

Pero bueno, empieza a hacer frío en el piso, así que supongo que esa descarga eléctrica que he

sentido, ha sido fruto del temporal.

Acabo de bajar la cremallera y Rebekah se va a la habitación a cambiarse de ropa. Me doy la vuelta para evitar mirarla, porque sé que eso la puede incomodar.

Cuando acaba de ponerse el pijama de seda verde turquesa, se dirige hacia mí mordiéndose el labio inferior, y mentiría si digo que no me he quedado durante más de un instante observando el gesto.

— No tengo nada que prestarte para dormir. Hace tiempo que ya no pasan muchos chicos por aquí.

Una mirada triste se abre paso en sus ojos azules y yo me siento un auténtico imbécil por hacer sentir así a Rebekah.

Por haber cambiado su vida de la noche a la mañana.

— Siento haber cambiado tu vida...

Ella se sienta a mi lado en el sofá, manteniendo la distancia mientras se frota las manos para entrar en calor.

— ¿Por qué pides perdón por eso? — pregunta sin comprender nada.

— Porque antes sonreías cada dos por tres. Estabas alegre y vivías la vida al máximo.

— Jake, conocerte y enamorarme de ti, ha sido una de las cosas más maravillosas que me han podido pasar. No pidas perdón por eso. Sé que volveré a ser la de antes, aunque ahora me parezca imposible...

Asiento con una sonrisa triste y nos quedamos unos instantes mirándonos a los ojos.

Y es que, a veces, una mirada dice más que mil palabras.

— Bueno, supongo que es hora de irnos a dormir, ¿no? — dice ella para destensar el ambiente.

— Me quedaré en el sofá, tranquila.

Rebekah hace una mueca y contesta:

— No he cambiado el sofá, así que sigue siendo igual de incómodo. Puedes dormir conmigo, no me importa... — declara bajando la mirada brevemente.

— No quiero incomodarte...

— No lo harás, tranquilo.

Acabo asintiendo de nuevo y nos encaminamos los dos hasta la cama.

Me desprendo de la chaqueta del traje y me deshago de los zapatos.

Nos tumbamos ambos a la vez con las respiraciones entrecortadas. Y estoy seguro de que ella está pensando lo mismo que yo. Estoy seguro de que ambos estamos recordando la última noche que pasamos aquí juntos. Esa misma noche en la que le hice una promesa que quedó en eso, una promesa.

— ¿Sabes algo? — pregunta mientras gira su rostro hasta fijar sus ojos sobre los míos.

— ¿El qué?

Coloco una mano debajo de la almohada y la escucho atentamente.

— Sé que probablemente no debería decir esto. Pero creo que si no lo digo revienta.

Sonrío levemente y ella también lo hace.

— Cada dos minutos trato de olvidar todos los momentos que pasamos juntos. Y ahora mismo no puedo dejar de pensar en la última noche que pasamos aquí. ¿La recuerdas?

— Fue casi una noche mágica... — susurro.

— Lo fue. Y quiero que sepas que probablemente me cueste olvidarte, porque el primer amor difícilmente se olvida, pero que sigo sin arrepentirme de nada de lo que hicimos en esos meses...

— Yo tampoco me arrepiento de nada. De hecho, lo volvería a hacer. Volvería a ir a esa fiesta con Enzo y volvería a correr contigo bajo la lluvia...

— Supongo que ahora todos esos recuerdos quedan guardados en nuestra memoria... — dice ella con un deje de tristeza.

Decide apagar la luz y nos quedamos a oscuras, solamente iluminados por las farolas de la calle, mientras escuchamos el repiqueteo de la lluvia contra los cristales.

— Rebekah...

— Dime...

— Que me siento afortunado de haber sido tu primer amor...

Ella vuelve a girarse y nos observamos en la penumbra de la noche.

— Y yo también me siento agradecida de que hayas sido mi primer amor...

El olor a frutos del bosque que proviene de ella, empieza a estar presente en el ambiente y no estoy seguro de qué siento cada vez que ese olor llega a mi nariz. Porque ese olor solo me recuerda a todo lo que en un pasado fue y ya no volverá a ser.

Pero no quiero dejar pasar la oportunidad de seguir manteniendo en mi vida a Rebekah. Así que le digo la última frase que le dedicaré esta noche.

— Rebekah... — vuelvo a mencionar su nombre y veo que empieza a removerse incómoda entre las sábanas hasta que vuelve a fijar sus ojos sobre los míos.

— Dime...

— Me gustaría recuperar tu amistad algún día.

Ella me lanza un último suspiro y acabamos durmiéndonos, o al menos, eso intentamos durante la larga noche de tormenta.

Capítulo 8

ENZO

“HAY AMORES QUE SIEMPRE DURAN”

Aún recuerdo la última mirada que me dirigió Audrey ayer. He intentado conciliar el sueño esta noche, pero está claro que no he podido hacerlo.

Porque cada vez que cierro los ojos me viene a la mente el paseo que hicimos por la arena. Su mirada. Esa mirada que me gritaba que seguía sintiendo lo mismo por mí, pero que no podíamos estar juntos.

Es un claro “quiero y no puedo”. Sigo sin entender todavía por qué nuestros padres no pueden dejar sus diferencias de lado y dejar que seamos felices. Y no saber qué es exactamente lo que me aparta de Audrey es lo que realmente me atormenta.

No saber qué se esconde detrás de ese muro imaginario que me separa de sus bonitos ojos verdes.

Pero tengo claro que lo descubriré tarde o temprano. Aunque eso suponga otro enfrentamiento con mis padres.

Recibo una llamada nada más levantarme de la cama y la cojo al ver que es Jake.

— ¿Qué hay tío? — le pregunto mientras me desperezco.

— ¿Me puedes venir a buscar?

Frunzo el ceño.

— ¿A buscarte? ¿No estás en casa?

— Ayer fui a ver a Rebekah, me quedé allí a dormir por el temporal y el coche se ha quedado hecho polvo.

Madre mía. Esto no va a acabar nada bien.

— Espera a ver si lo he entendido bien, que me acabo de levantar y las neuronas todavía se me están despertando: ¿Ayer fuiste al piso de Rebekah y te tuviste que quedar allí a dormir por el temporal? Jake, que nos conocemos...

— No pasó nada, tío. Ya sabes que estoy bien con Mia. Ven a buscarme por favor...
Claro, está bien con Mia pero a la primera de cambio, se queda a dormir en el piso de Rebekah con la excusa del temporal.

Cuando me enteré hace cuestión de días, de que Jake ha vuelto con Mia, me impactó bastante. No me esperaba para nada que volviera con ella después de todo el daño que le hizo.

Pensaba que él y Rebekah tendrían una oportunidad, pero al parecer, estaba completamente equivocado.

Aunque algo dentro de mí me dice que después de esta noche, algo ha cambiado en él, y no digo que dude de sus sentimientos hacia Mia, sino que de lo que creo que va a dudar va a ser de si alguna vez ha dejado de sentir algo por Rebekah.

Lo único que sé es que mi mejor amigo está metido en un buen lío, pero allí estaré yo para apoyarlo en todo lo que haga falta.

Me visto rápidamente y cojo las llaves de la moto para ir a buscar a mi mejor amigo.

Arranco y llego en menos de diez minutos. Observo cómo Jake ya está esperando en el portal y Rebekah lo está mirando desde la ventana. Aunque hace todo lo posible para mantenerse escondida y que nadie sepa que lo está observando.

Jake me ve aparecer y alza su mano a modo de saludo mientras se sienta detrás mío.

— ¿Vamos a desayunar y hablamos? — le pregunto antes de ofrecerle el casco.

Él asiente y me despido de Rebekah alzando la cabeza.

Transcurren varios minutos hasta que al fin encontramos una cafetería que esté abierta porque hoy es domingo y la mayoría de ellas cierran.

Cogemos asiento y pedimos lo que vamos a desayunar.

Acto seguido, empezamos a hablar al fin.

— Bueno, ¿me vas a explicar qué hacías ayer en el piso de Rebekah?

No es un ataque, y sé que Jake entiende el tono de mi pregunta.

— Es que me mintió. Will no es su novio. Y lo supe en el mismo momento en el que los vi juntos en la cena. Por eso quise ir a preguntarle por qué me había mentado.

— ¿Y por qué te importa a ti que fuera o no fuera su novio?

— Porque quería saber el motivo por el cual fingía.

Una camarera nos sirve los cafés y ambos damos un sorbo antes de seguir hablando.

— ¿Y te dijo por qué te había mentido?

— Me dijo que lo había hecho para ver si me jodía. Porque quería que yo sufriera igual que ella sufrió al enterarse de que he vuelto con Mia.

— Ahí le doy la razón.

Jake suspira mientras me mira cansado, arqueando las cejas.

— ¿Y tú de quién eres amigo?

— Soy tu amigo. Y como amigo tuyo que soy, tengo que decirte que la comprendo. Ponte en su situación. ¿Tú no te sentirías utilizado?

— Yo no la he utilizado. — contesta apretando rabioso la mandíbula.

— Pero es normal que ella lo crea, Jake. Ha estado esperando durante meses una llamada que nunca ha llegado. Bueno, cambiemos de tema, ¿hablasteis de algo más?

— Ella me dijo que no lograba olvidarme, pero que estaba segura de que lo haría. Y que había sido... su primer amor.

— Joder, Jake...

Él pasa una mano por su pelo mientras me mira angustiado.

— Sé que he sido un capullo con ella, pero quiero volver a ser su amigo.

— ¿Y crees que ella querrá serlo?

Permanece unos segundos en silencio, pensando en una respuesta, hasta que contesta.

— ¿Sabes? Ayer casi sentí que no había cambiado nada. Seguíamos siendo nosotros de una manera u otra. Dormimos juntos, como la noche en que nos conocimos...

— Jake... — confirmo lo dicho antes, esto no va a acabar bien.

— No pude evitar que los momentos vividos con ella acecharan mi mente. Pero yo quiero a Mia, lo tengo claro. Solo quiero que todo vuelva a ser como antes, o al menos no sentir que tengo que bajar la mirada cada vez que veo a Rebekah.

— Mientras no te confundas Jake...

— Tengo claro que no me voy a confundir.

Acabamos nuestros cafés y llega el turno de que le cuente a mi mejor amigo lo que había pasado con Audrey la noche anterior.

— Yo también estuve con Audrey anoche.

Jake abre los ojos al instante sin comprender nada.

— ¿Y eso?

— Solo quería charlar con ella. Quería ver si todavía podíamos tener una segunda oportunidad.

— ¿Y crees que la podréis tener?

— Ella no lo verbalizó, pero estoy seguro de que quiere intentarlo, pero el tema de sus padres y los míos la echa para atrás. Y créeme que lo entiendo. Su familia está por delante de todo, pero no quiero que sea infeliz a costa de mantener tranquilos a sus padres.

— Ya tío, es una situación muy complicada.

— Y pensar que todo esto comenzó hace siete años...

— Hay amores que siempre duran...

Lo miro y le pregunto.

— ¿Como el tuyo con Mia?

Esta vez sí que lo digo en tono irónico.

— Intenta disimular mejor que no soportas que haya vuelto con Mia.

— No es que no lo soporte, Jake. Simplemente, no lo entiendo.

— Hay muchas cosas en esta vida que simplemente no tienen explicación. Y espero que respetes mi decisión de haber vuelto con ella.

— Si yo la respeto, pero no me pidas tampoco que os lance pétalos de rosas cada vez que os vea juntos.

Nos quedamos unos segundos en silencio y empezamos a reír.

Qué bien sienta reírse acompañado de una persona importante para ti. Parece que, durante unos

instantes, todos tus problemas desaparecen y solo deseas que ese momento nunca acabe.

Capítulo 9

AUDREY

“A NUESTRA HISTORIA LE HACE FALTA UNA SEGUNDA PARTE”

Miento si digo que he podido dormir toda la noche del tirón, porque no he podido hacerlo. Desde que he vuelto a ver a Enzo, las noches son insostenibles. Porque lo siento cerca, pero a la vez lejos.

Me levanto de la cama intentando dejar de pensar en sus ojos oscuros y me dirijo a la cocina para prepararme algo para desayunar y luego salir a correr.

Le envío un mensaje a Rebekah para preguntarle si quiere venir conmigo.

Me enfundo unas mallas de color negro y un top del mismo color y bajo finalmente a la cocina.

Mis padres también están desayunando y veo la oportunidad perfecta para poder hablar con ellos sobre Riley.

— Buenos días... — digo con la boca pequeña.

Responden al unísono y la tensión se palpa en el ambiente.

Y no sabéis lo que odio eso.

Mientras me sirvo un vaso de zumo de naranja, dejo caer el tema de mi hermana.

— ¿Habéis hablado con Riley estos días? — pregunto mientras doy un sorbo al zumo para dejar de sentir la garganta seca.

— ¿Qué quieres decir, Audrey? — pregunta mi madre sin entender nada.

— Esta sigue siendo su casa. Quiero poder cenar con ella aquí. No podemos simplemente apartarla de nosotros porque no os guste la persona con la que está saliendo.

— Tu hermana no volverá a entrar en esta casa hasta que haya dejado a ese hombre.

Y así, sin más, mi padre finaliza la conversación doblando el periódico sobre la mesa y cogiendo las llaves del coche para dirigirse a su trabajo.

Mi madre me ofrece una mirada de lástima y yo solo puedo suspirar mientras me acabo el zumo.

Recibo un mensaje de Rebekah diciéndome que no le vendrá nada mal salir a correr. Cosa que me alarma bastante porque ella odia correr.

Me despido de mi madre con un beso en la mejilla y salgo en dirección a la plaza central del pueblo donde he quedado con Rebekah.

Me espera sentada en uno de los bancos que se encuentran en la plaza y nada más verme se levanta y empieza a correr sin esperarme.

— ¡Rebekah! — grito mientras intento alcanzarla.

Empieza a pausar el ritmo y consigo atraparla.

— ¿Qué te pasa? Has salido corriendo como una novia a la fuga. — le pregunto mientras intento controlar mi respiración.

Se mantiene en silencio unos segundos mientras seguimos corriendo y lo suelta sin más.

— He pasado la noche con Jake.

Es tan directa que tengo que frenar de golpe y por poco no me como la farola que tengo enfrente.

— ¿¡Qué!?

Se para a mi lado e intentamos regular la respiración para continuar hablando.

— ¿Vamos a comer unos gofres y te lo cuento? — dice y asiento.

Digamos que a ninguna de las dos le ha durado mucho el venazo deportivo.

Llegamos a un puesto ambulante y pedimos los gofres.

Los devoramos en silencio y Rebekah se dispone a contarme el notición que me ha soltado hace varios minutos.

— Anoche llamó al timbre y me dijo que si podíamos hablar. — comenta mientras se relame los labios llenos de chocolate.

— ¿Y de qué quería hablar?

— De Will. Se dio cuenta de que no era mi novio.

— ¿En serio? ¿Y cómo se dio cuenta?

- Porque él sabía cómo era yo cuando estaba enamorada de él. Y vio que no miraba a Will como solía mirarlo a él.
- Pues manda narices que se dé cuenta de eso y no de que no debe estar con Mia.
- No hay más ciego que el que no quiere ver. — sentencia ella mientras frota sus manos en una servilleta.
- ¿Y cómo acabó quedándose a dormir?
- Justo cuando se iba a ir, salieron en televisión las noticias de última hora. Y claro, no iba a dejar que se fuera sabiendo la que estaba cayendo.

La conversación continúa y observé que tiene la mano derecha vendada. No me he dado cuenta de eso antes.

- ¿Qué te ha pasado en la mano? — pregunto señalando esa zona de su cuerpo.
- Me corté con un cristal de la ventana. Jake me curó. Y me ayudó a quitarme el vestido porque yo no podía bajar la cremallera con una sola mano.
- Rebekah...

No me gusta por dónde están yendo las cosas y no quiero que le vuelvan a romper el corazón a mi mejor amiga.

- ¿Sabes que se quedó más tiempo del necesario bajándome la cremallera? Y luego nos acostamos en mi cama y continuamos hablando.
- No juegues con fuego...
- Audrey, las dos sabemos que estamos más quemadas de la cuenta. Ya hace tiempo que nos pasamos el nivel de jugar con fuego...

Pongo los ojos en blanco ante su respuesta, pero tiene demasiada razón.

- Antes de dormirnos me dijo que le gustaría recuperar mi amistad algún día.
- ¿Y crees que podrás conseguirlo?
- Si hay gente que puede hacerlo, ¿por qué yo no?
- Porque tú no eres como los demás, Rebekah...
- No sé si tomarme eso como un halago o como un reproche.

Rebekah recibe un mensaje en este mismo instante y paramos de hablar mientras ella lee el mensaje.

Sonríe brevemente y cuando se da cuenta de que la estoy observando, vuelve a su semblante serio.

— Bueno, vamos a mi casa. Tengo ganas de llorar con una película romántica.

Nos levantamos de los asientos mientras pongo de nuevo los ojos en blanco.

— Eres igual que mi hermana. ¿Cómo os podéis tragar esas películas?

Rebekah se agarra de mi brazo mientras continuamos hablando.

— A ver, Audrey. ¿Tú no me has dicho en incontables ocasiones que crees en la leyenda del hilo rojo?

— Sí. Y sigo creyendo en esa leyenda. Pero eso no quiere decir que me guste ver películas románticas.

Ahora es su turno de poner los ojos en blanco y lanza un largo suspiro.

— No hay quién te entienda, amiga.

Caminamos durante varios minutos hasta llegar al piso de Rebekah y siento que el mundo cae bajo mis pies cuando veo a Enzo en el portal del piso de mi mejor amiga.

— Rebekah, ¿qué está pasando aquí?

— Calla, tonta, ya me lo agradecerás luego.

Acabamos llegando a la altura de Enzo y solo puedo dirigir mi mirada a todos lados menos donde él se encuentra.

— Hola. — saluda él con la boca pequeña.

— ¿Alguien me puede decir qué está pasando? — pregunto empezando a perder la paciencia y ahogándome en mis propios nervios.

— Al parecer, seguimos siendo buenos compinches. — dice Rebekah mientras choca el puño con Enzo.

— Rebekah... — murmuro su nombre, empezando a perder los nervios.

— Vale, vale. A ver, Enzo me ha enviado un mensaje diciéndome que si os podía dejar el piso a solas un rato. Le he dicho que sí y aquí estamos.

— ¿Y tú a dónde irás? — pregunto.

— A recuperar una amistad.

Enzo parece darse cuenta de que mi mejor amiga sigue aquí y saca su móvil del bolsillo trasero de su pantalón vaquero.

— Ahora te envío la dirección, Rebekah.

— ¡Perfecto! — dice ella casi saltando de alegría.

— ¿Qué dirección? — no estoy entendiendo nada.

Rebekah vuelve a perder la paciencia conmigo y decide acabar con esta situación incómoda.

— Disfruta, Audrey. Esta mañana pueden pasar cosas muy buenas, pero solo si estamos dispuestas a vivirlas. Así que yo intentaré recuperar mi amistad con Jake y tú y Enzo intentaréis resolver lo vuestro — dice mientras intercala miradas entre Enzo y yo.

— No estoy segura...

— Lo estarás. Y por si la cosa se anima, hay condones en la mesita de noche. — esto último me lo dice al oído para que Enzo no lo oiga.

Y así, sin más, Rebekah se va, dejándonos a Enzo y a mí en un completo silencio del cual no sabemos salir.

— ¿Por qué le has pedido a Rebekah el piso? — pregunto mientras cruzo los brazos, a la defensiva.

No estoy enfadada con él porque esté aquí, sino porque no sé cómo comportarme cuando lo tengo delante. Me pasaba a los doce años y me sigue pasando ahora. Y más, teniendo en cuenta todo lo que ha habido entre nosotros.

— Se te cayó el colgante que siempre llevas puesto en mi coche. Y quería verte para poder devolvértelo.

Rozo con mis manos mi cuello y compruebo que, en efecto, no llevo el colgante. No sé cómo no me he dado cuenta antes.

— Esto no está bien, Enzo...

— Sé que quizás esto es incómodo. Créeme que lo sé. Pero no puedo evitar luchar por ti.

Siento que el corazón me bombea más rápido de lo normal y late así de desenfrenado porque lo tengo a él delante.

Y cada vez está más cerca.

— ¿Y por qué querrías luchar por mí? — pregunto casi en un susurro.

— ¿Puedo colocarte el colgante?

Su pregunta me sorprende, aunque acabo asintiendo. Espera a colocármelo. Porque primero abre la puerta del portal del piso de Rebekah y hasta que no entramos en su piso, no decide colocármelo.

Nos quedamos de pie en la entrada y casi siento cómo una descarga recorre cada poro de mi piel. Porque cuando es él el que me toca, todo mi cuerpo reacciona ante su presencia. Y una reacción tan intensa y profunda no se siente con cualquiera. Y ambos lo sabemos.

En cuanto sus largos dedos rozan la piel sensible de mi cuello para colocar el colgante, no puedo evitar que un suspiro salga de mis labios. Pienso que no lo ha escuchado, pero está claro que sí lo ha hecho.

— Quiero luchar por ti porque sé que eres tú. Eres la mujer con la que me quiero despertar cada mañana. Eres la mujer a la que quiero besar hasta quedarme dormido. Eres la mujer a la que amo. Ese debería ser motivo suficiente, ¿no?

Nos quedamos los dos en silencio y siento que se me va a salir el corazón del pecho. No soy capaz de darme la vuelta porque entonces tendré que ser capaz de mirarlo a los ojos. Y no encuentro las fuerzas para hacerlo.

Sus dedos siguen recorriendo mis hombros y tengo que darme la vuelta para frenar sus movimientos.

— Enzo, no me hagas esto... solo complicas las cosas... — agacho la cabeza porque no puedo mirarlo.

Él toca mi barbilla hasta alzar mi cabeza para que pueda posar mis ojos sobre los suyos.

— No nos hagas esto, Audrey, por favor. A nuestra historia le hace falta una segunda parte...

— Sabes que no podemos, por mucho que lo intentemos, volveremos al punto de partida.

Se queda unos segundos en silencio intentando asimilar lo que le acabo de decir y luego, continúa hablando.

— ¿Eres feliz?

Su pregunta me sorprende, por tanto, frunzo el ceño.

— ¿Cómo?

— Quiero saber si eres feliz.

Niego con la cabeza antes de decir:

— Sabes que no.

— Pues déjame volver a hacerte feliz. — dice mientras acaricia suavemente mi mejilla.

— No puedes, Enzo. Lo siento...

Me voy corriendo del piso de Rebekah con un nudo en la boca del estómago. Porque claro que quiero que volvamos a estar juntos, claro que quiero caminar con él por la calle sin miedo a que nuestros padres nos vean.

Pero las cosas no son tan sencillas. Porque si todo fuera tan sencillo, habría besado a Enzo ahora mismo.

Pero muchas veces, lo que uno quiere, no es lo que debe ser.

Porque, a veces, no basta con querer algo. Basta con que la suerte esté de tu parte. Y estaba claro, que la suerte nos ha abandonado a ambos hace ya mucho tiempo.

Capítulo 10

REBEKAH

“TE ESTÁS OLVIDANDO DE MÍ Y YO NO ME OLVIDO DE TI”

En cuanto me levanto esta mañana después de pasar la noche con Jake, la cabeza me va a mil por hora, al igual que los latidos de mi corazón. Porque mi cama vuelve a oler a él.

Y sí, podría haberle dicho que durmiera en el sofá. Pero, a pesar de todo, me gusta la idea de sentirlo cerca, sentir que, a pesar de su decisión de volver con Mia, no lo he perdido.

Porque, aunque ya no pueda estar con él como quiero, me gusta la idea de poder recuperar mi relación de amistad con él.

Porque él ha sido una de las pocas cosas buenas que me pasaron el año pasado, y no pienso renunciar a algo tan bueno solo porque las cosas no hayan salido bien entre nosotros.

Muchas personas logran tener una relación de amistad con sus parejas y, aunque Jake y yo nunca nos pusimos ninguna etiqueta, sé que podremos logra llegar de nuevo a la casilla de salida. O, al menos, eso espero.

Quizás será incómodo al principio, pero seguro que, con el tiempo, volveremos a sonreír juntos y yo no sentiré que se me eriza la piel cada vez que posa sus ojos azul oscuro sobre los míos.

Por eso, decidí enviarle un mensaje a Enzo para que me dijera dónde entrenaba Jake antes de lesionarse.

Me gusta la idea de compartir tiempo con él mientras lo veo haciendo lo que más le gustaba en el mundo. Antes de que la lesión en su rodilla acabara con su sueño de dedicarse al baloncesto profesionalmente.

Así que, cuando hace unos minutos, he dejado a Enzo y Audrey en mi piso actuando como Cupido, me he metido en el coche y he escrito en una hoja de papel una nota para dejarla en la puerta de la casa de Jake para que acuda al sitio en el que lo he citado.

Aparco algo lejos de la entrada de su casa para que no me vea por allí. Así que, en un movimiento rápido, dejo la nota en el suelo y pico al timbre.

Acto seguido, salgo corriendo como alma que lleva al diablo y me dirijo hacia la cancha de baloncesto en la que esperaré hasta que llegue.

Me siento en el primer escalón de las gradas que rodean la cancha esperando a que aparezca ante mis ojos.

En realidad, no sé si aceptará la invitación, pero supongo que habrá comprendido que, igual que él quiere retomar nuestra amistad, yo también quiero hacerlo.

Observo el móvil y compruebo que ya ha pasado media hora. Al ver que no viene nadie, decido levantarme y enfadarme conmigo misma por pensar que quizá no era una idea tan descabellada el volver a ser amigos, teniéndola a ella.

Cuando empiezo a caminar, una voz suena a mis espaldas.

Una voz que reconozco a la perfección.

— La paciencia nunca ha sido lo tuyo, ¿no?

Jake aparece como si de una presencia divina se tratara, vestido con una sudadera de color granate y un pantalón de chándal negro. En la mano derecha sostiene una pelota de baloncesto, la cual empieza a botar contra el suelo ante mi silencio.

— Ya pensaba que no vendrías. — digo mientras me acerco algo más a él.

Él sonríe agachando la cabeza y me quedo más de un minuto observándolo embobada.

Bueno, no he dicho en ningún momento que volver a ser su amiga vaya a ser una tarea fácil.

— ¿Por qué me has citado aquí? — pregunta cambiando la pelota de mano.

— Paso uno para recuperar una amistad: pasar tiempo juntos. — comento mientras le arrebató la pelota de las manos.

— ¿Y por qué en una cancha de baloncesto?

— ¿Después de tu accidente no te has replanteado nunca volver a jugar?

Él niega y yo continúo hablando.

— Bueno, la verdad es que siempre he querido jugar a algún deporte. Así que puedo empezar con los deportes en los que se necesite una pelota, ¿no crees?

— ¿Y yo seré tu entrenador?

Empiezo a aplaudir como si un niño pequeño hubiera acertado una pregunta complicada.

— Veo que lo vas entendiendo. Venga, coge la pelota, quiero ver si te has ganado tu papel como entrenador o debo buscar ayuda en otra parte. — digo alzando las cejas.

— ¿Qué soy un perro? — pregunta sonriendo abiertamente.

Me acerco lentamente hacia él hasta quedar detrás suyo.

— Un perro no sé, pero un poco vago sí que estás siendo. ¡Venga! ¡Mueve el culo! — lo animo mientras le doy una breve palmada en uno de sus cachetes.

Jake gira sobre sí mismo y abre la boca, sorprendido ante mi gesto.

Niega para sí mismo y empieza a correr para mostrarme lo que sabe hacer.

Y la verdad es que se le da estupendamente. Aunque bueno, si unos ojeadores lo iban a fichar para un equipo importante, supongo que algo bien se le tendría que dar.

Abro los ojos sorprendida cuando veo que lanza la pelota desde casi medio campo y encesta en la canasta.

— ¿¡Pero cómo has hecho eso!?

— Pensaba que ya sabías que era muy bueno. — dice mientras corre hacia mí con la respiración algo acelerada.

— Yo quiero saber hacer eso.

— ¿Y crees que lo vas a conseguir esta tarde? — pregunta retándome con la mirada.

— Siempre consigo lo que me propongo. — digo frunciendo los labios.

Jake procede a explicarme los pasos básicos que debo aprender y me sorprende la emoción y el empeño con el que me lo explica todo.

Al parecer, es más complicado de lo que yo pensaba lanzar la maldita pelota. Él, al ver que me cuesta más de lo que hubiera imaginado, se acerca y desde detrás de mí, coloca sus manos sobre las mías mientras sigo sujetando la pelota.

Miento si digo que estoy escuchando las instrucciones que me está dando, porque la verdad es que lo único en lo que puedo pensar en este momento, es en su cercanía. En su voz y su aliento rozando mi cuello.

¿Cómo me voy a concentrar así?

El siguiente ejercicio que debemos realizar es uno en el que tiene que robarme la pelota y yo debo intentar por todos los medios que no lo consiga.

Empiezo a trotar hacia la canasta con la pelota botando de un lado a otro y escucho los pasos de

Jake detrás de mí, al acecho para pillarme desprevenida y quitarme la pelota de las manos.

Se acerca lentamente hacia mí e intenta quitarme la pelota. Por mi parte, la agarro fuertemente contra mi pecho, como si fuera una niña pequeña que guarda entre sus brazos su mayor tesoro.

Pero está claro que nada podía salir bien esta mañana, porque en cuanto me despisto un mísero segundo, Jake arranca la pelota de mis manos. Y es un gesto tan brusco, que acabamos los dos en el suelo.

Y todo hubiera ido bien si hubiéramos acabado en el suelo separados, pero el problema es que hemos caído muy juntos. Tan juntos que mi nariz casi roza la suya mientras nuestras respiraciones aceleradas se interponen entre nuestros cuerpos.

Permanecemos así más segundos de la cuenta. Lejos de nosotros, la pelota sigue rebotando, pero lo único que me importa ahora mismo, es la cercanía de su cuerpo. Sus ojos azules sobre los míos.

Trago saliva, nerviosa ante el escrutinio de su mirada.

Y estoy segura de que habría pasado algo entre nosotros si no hubiera aparecido en ese mismo instante la mayor de mis pesadillas.

— ¡Jake!

¿Sabéis lo que es tener un grano en el culo? Yo tampoco, pero estoy segura de que Mia es lo más parecido a lo que puede ser ese maldito grano en el culo.

Sus rizos aparecen ante nuestros ojos, mientras su mirada nos recorre a ambos, completamente sorprendida ante la situación en la que nos encontramos.

Jake se aparta rápidamente de mí, como si hace escasos segundos no hubiéramos compartido múltiples miradas entre un gran silencio.

Y cuando veo cómo la mira, cómo sonrío ante su presencia, como hace no muchos meses, me miraba y me sonreía a mí, sé que esto no va a salir bien.

Que no podré ser su amiga mientras siga enamorada de él. Porque lo sigo estando.

Y ser su amiga solo me traerá más dolor. Porque ser su amiga, será como un recordatorio de que no hemos podido conseguir nada. De que él sigue con ella mientras yo lo observo todo desde la distancia, como si no me doliera.

Pero claro que me duele.

Me levanto del suelo al tiempo que Mia lanza una pregunta:

— ¿Qué se supone que estáis haciendo? — pregunta cruzando los brazos mientras Jake se acerca a ella para besarla.

Tengo que apartar la mirada, porque no puedo soportarlo.

Porque yo podría haber sido ella.

— Tu novio está socializando con otros seres humanos, Mia. — respondo mordaz a su pregunta mientras recojo mis cosas.

Salgo de la cancha de baloncesto sin ni siquiera despedirme de Jake, pero supongo que él sabe lo que me pasa. Y si no lo sabe es que quizás, no me conoce tan bien como yo pensaba.

Cojo el coche mientras mi corazón late a mil por hora.

Antes de dirigirme a mi piso, le escribo un mensaje a Audrey para comprobar que no está todavía con Enzo. Al recibir su negativa, emprendo el camino hacia mi guarida para meterme dentro de la cama y no salir hasta que las canas inunden mi pelo.

Llego a casa antes de lo esperado, y antes de ir a la cama, me meto rápidamente en la ducha.

Necesito limpiar mi cuerpo de su esencia. De su olor. Porque no me sienta nada bien que su presencia siga conmigo después de lo que ha pasado entre nosotros hace escasos minutos.

En cuanto comprobé que no queda rastro de él, me siento sobre el plato de la ducha y dejo que las lágrimas salgan sin cesar.

Después arranco con furia las sábanas en las que durmió anoche y las meto en la lavadora. Aunque podría quemarlas y sería igual de terapéutico.

Había sido una completa estúpida al pensar que podría ser su amiga sin importarme que esté saliendo con Mia.

Sé que no debo hacerlo, pero me comparo con ella. Quiero intentar averiguar qué narices me falta a mí para poder ser como ella. Qué le da ella que yo no.

Pero una no puede competir con una relación de tres años. Porque lo nuestro solo duró tres meses. Y ni siquiera llegamos a ser nada.

Tres meses que para mí lo significaron todo y para él posiblemente nada.

Después de más de media hora sentada en el sofá esperando a que acabe la lavadora, voy al baño de nuevo para secarme el pelo con el secador.

Estoy a punto de acabar cuando suena mi móvil.

Siento que me falta la respiración cuando veo que es Jake.
Pienso durante más de un minuto sobre qué debo hacer.
Finalmente, decido coger la llamada.

— Ey, ¿qué tal? — pregunta alegre al otro lado de la línea.

“*Con el corazón roto*” me hubiera gustado decirle.

— Bien, me acabo de dar una ducha y ahora me prepararé algo para comer. — digo como si nada.

— ¿Quieres que quedemos mañana para ir a tomar algo? — la ilusión por mi posible respuesta, tiñe su voz.

— No.

Ni siquiera pienso en qué decirle. Pero me sale solo. Y cuanto antes estén las cosas claras, mejor.

— ¿No? ¿Por qué?

— Después de lo que ha pasado hoy, tengo claro que no puedo ser tu amiga, Jake.

Él se mantiene en silencio unos segundos y vuelve a hablar.

— Pero no lo entiendo, ¿cuál es el problema?

— El problema es que te estás olvidando de mí y yo no me olvido de ti. Y estoy segura de que sabes a qué me refiero con eso.

— Pero...

— Jake, vive tu vida, que yo seguiré con la mía. Quizás en un tiempo, cuando deje de estar enamorada de ti, podemos lograr ser amigos. Pero ahora mismo, no puedo.

— Rebekah...

— Adiós, Jake.

Cuelgo la llamada porque, si sigo hablando con él, acabaré llorando. Y no quiero seguir llorando por algo que no merece la pena.

Me acuesto en el sofá y empiezo a pensar en nuestro percance en la cancha de baloncesto.

Y justo en ese momento, recordando lo que ha pasado, me doy cuenta de que, si no hubiera aparecido Mia, probablemente nos hubiéramos besado.

Porque lo he visto en su mirada. En cómo ha dirigido en más de una ocasión sus ojos a mis

labios.

Y eso solo hace que tenga la certeza de que fuera lo que fuera que hubo entre nosotros esos tres meses, no ha acabado todavía.

Capítulo 11

JAKE

“¿QUÉ NO TE DI PARA QUE TE QUISIERAS QUEDAR?”

Tuve que mantener una larga conversación con Mia para convencerla de que no había pasado nada entre Rebekah y yo.

Quise convencerla a ella y a mí mismo de que no hay nada entre nosotros. Pero algo dentro de mí no lo tiene tan claro.

Me aterra el pensar qué hubiera pasado si Mia no hubiera aparecido en la cancha de baloncesto.

Estoy seguro de mis sentimientos por Mia, la quiero.

Pero cuando tengo a Rebekah delante, el corazón me grita cosas completamente distintas.

Porque justo en el momento en el que acabamos los dos en el suelo, no pude evitar que mi mente volviera al pasado y recordara cómo hacía apenas un año, nos encontrábamos también en la misma situación en el suelo de mi cocina. Riendo a carcajadas sin importar nada más.

Pero ahora las cosas han cambiado. Ya no hay nada entre nosotros. Yo estoy con la persona con la que realmente quiero estar y espero que ella logre encontrar a esa persona algún día.

Me ha dolido escuchar por teléfono cómo ella ha asegurado que sigue enamorada de mí y que siente que me estoy olvidando de ella.

Está claro que hasta que sus sentimientos por mí no desaparezcan, ella y yo no podremos ser amigos. Es algo demasiado cruel.

Así que supongo que debo dejar pasar el tiempo hasta que podamos volver a mirarnos a los ojos y no sentir que nos hacemos daño mutuamente.

Porque a mí me duele hacerla sentir mal y a ella le duele verme con Mia.

Después de reflexionar durante unos instantes sobre todo lo que sucedió ayer, me levanto de la cama mientras observo a Mia dormir relajadamente.

No puedo mentiros y deciros que he olvidado todo el daño que me ha hecho. Es un proceso que todavía estoy tratando de atravesar.

Poso mis labios sobre su frente a modo de despedida mientras cojo la ropa de deporte para salir a correr.

Necesito evadirme por unos instantes de todo lo que ha sucedido en las últimas horas.

Empiezo a rotar por las calles del barrio con la música sonando a todo volumen a través de los auriculares.

En mi mente no se para de repetir una y otra vez la conversación que mantuve con Rebekah ayer. No me gusta la idea de que piense que me he olvidado de ella y que he pasado página. Puede que lo parezca, porque estoy saliendo con Mia.

Pero me duele que piense que es fácil de reemplazar, que solo ha sido un entretenimiento. Y puede que, en esos tres meses que pasamos juntos, no hubiera sabido decirle con exactitud lo que sentía por ella, porque algo sentí. Pero que no sepa decirlo con palabras no quiere decir que no sienta nada.

Llego a casa cansado y con la respiración acelerada después de haber estado corriendo varios kilómetros.

Me encuentro a Mia despierta en mi habitación con el móvil en la mano.

— Buenos días... — saludo mientras me acerco a darle un beso en los labios.

— ¿Vamos a la ducha? — pregunta con una sonrisa socarrona enmarcando su rostro.

Asiento a la vez que voy dejando la ropa tirada por el suelo.

Mia se acerca a mí mientras me besa con intensidad, haciendo que jadee ante el gesto.

Me separo un instante de ella para encender el agua caliente y ella acaba de quitarse la ropa hasta quedar completamente desnuda ante mis ojos.

Cuando de la ducha empieza a salir vaho, nos metemos dentro sin parar de besarnos.

Con el agua rozando y empapando nuestros cuerpos, empiezo a besar su clavícula haciéndola suspirar contra mi oído.

Ella empieza a pasar sus manos por mi espalda, haciéndome estremecer.

Y justo en ese momento, no puedo evitar acordarme de ella. De Rebekah.

Es injusto que piense en ella en un momento así y besando a mi novia, pero la verdad es que lo hago.

Porque hace un año ella y yo nos encontrábamos así. Cuando dijimos que no queríamos nada

serio. Cuando ella me dijo que nos olvidáramos de los miedos y nos olvidáramos de las dudas. Cuando nos intentábamos autoconvencer de que lo que había entre nosotros era solo atracción sexual.

Pero justo después de ese momento, tanto ella como yo, aunque no lo hubiéramos expresado con palabras, supimos que lo que había entre nosotros no se reducía solo a eso. Era algo más, aunque no supiéramos ponerle nombre.

Acabamos de ducharnos y nos dirigimos a la cocina para comer algo.

Después, empezamos a ver una película detrás de otra y sin ni siquiera darnos cuenta, ya se ha hecho de noche.

Dado que se han acabado las palomitas y queremos seguir viendo películas, me ofrezco para ir a comprar más.

Dejo a Mia estirada en el sofá a punto de quedarse dormida y me visto para dirigirme al centro del pueblo.

Cojo el coche y emprendo el camino hasta un supermercado que esté abierto a estas horas.

Son altas horas de la madrugada y dudo de que encuentre algo abierto, pero hay que intentarlo al menos.

Uno de los supermercados que está abierto las veinticuatro horas, está situado enfrente de una discoteca.

Entro en el supermercado y compro las palomitas. En cuanto salgo con la bolsa en la mano, al otro lado de la calle, la veo.

Rebekah.

Se encuentra tambaleándose de un lado a otro, esquivando a la gente y tropezando cada dos por tres.

Va vestida con una falda de color negro y un top del mismo color. Y unos tacones demasiado altos como para poder controlarlos con unas copas de más.

Porque está claro que está borracha.

Dejo las palomitas en el coche y cruzo la calle hasta llegar a ella.

— Rebekah... — susurro para no asustarla.

Ella intenta fijar sus ojos en los míos, aunque el alcohol no se lo permite.

— ¡Jake! — grita con una sonrisa en el rostro antes de lanzarse a mis brazos.

— ¿Te encuentras bien? — pregunto mientras la aparto un poco de mí.

— Estoy estupendamente... — le cuesta demasiado articular la frase entera.

— Si no puedes ni andar. — digo poniendo los ojos en blanco, aunque ella no pueda verlo.

— Eso es porque el suelo no para de moverse, no es mi culpa. — dice mientras empieza a reírse escandalosamente.

— Déjame acompañarte a casa.

Agarro su brazo con cuidado y tengo que aferrarla fuertemente a mi cintura para que no acabe cayéndose al suelo.

Empezamos a andar, pero no podemos hacerlo si ella no para de entrelazar sus pies.

Así que la agarro de la cintura y la cuelgo sobre mis hombros.

— ¡Eh! ¡Bájame ahora mismo, Jake! — grita mientras lanza puñetazos suaves en mi espalda.

— Así llegaremos antes a tu piso. ¿Qué hacías aquí sola?

— ¿No dicen que las penas se ahogan en alcohol? Pues eso.

Me mantengo en silencio unos segundos, echándome la culpa del estado de Rebekah.

— Rebekah...

— ¡Calla! — vuelve a gritar.

— ¿Que me calle? ¿Por qué? — pregunto sin entender nada.

— Porque puede que Mia esté por aquí, acechando entre las sombras. Es como un grano en el culo, ¿sabes?

No puedo evitar lanzar una breve sonrisa.

Llegamos al coche y bajo a Rebekah con cuidado al suelo. La sigo agarrando para que no se caiga mientras abro el coche.

La siento en el lado del copiloto, pero justo cuando voy a cerrar la puerta, vomita sobre su vestimenta.

— Esto es porque me ha sentado mal la comida, no por el alcohol. — dice mientras pasa el

dorso de la mano por su boca.

— Ya, claro...

Cierro su puerta dejando la ventana abierta y empiezo a conducir deprisa para llegar a su piso cuanto antes.

El trayecto hasta llegar a la puerta de su piso, es algo complicado. Pero entre unos cuantos tropiezos e incontables palabrotas por parte de Rebekah al no poder caminar por sí sola, acabamos llegando a su piso.

Me agacho un momento para coger la llave que siempre está debajo del felpudo y al fin puedo abrir la puerta.

Coloco el bolso de Rebekah en el sofá y la acompaño a la cama para que pueda sentarse.

Me despisto un momento para ir a buscar un vaso de agua, pero por suerte, mis reflejos son demasiado buenos.

Porque si llego a ausentarme ahora, Rebekah hubiera acabado cayéndose al suelo al intentar quitarse los zapatos.

— Ten cuidado, ya te los quito yo. — me arrodillo ante ella para poder desabrochar sus tacones y me sorprende que se empiece a reír.

— Pareces un caballero andante...

Río con ella ante su humor.

— Deberías intentar quitarte la ropa y echarla a lavar, no huele demasiado bien... — digo mientras tapo mi nariz exageradamente.

— Todo da vueltas todavía...

— Intenta levantarte al menos.

Fijo mis ojos sobre los suyos y la ayudo a levantarse. Coloca ambas manos en mi cuello y me tenso al instante.

Al ver que no puede quitarse la ropa sola, decido hacerlo yo. Aunque me cueste más de lo que jamás admitiré.

— Ya me has visto más de una vez desnuda, no hace falta que te tenses. A ver si te vas a romper la mandíbula de tanto apretarla.

Y empieza a reír de nuevo.

Le bajo la cremallera de la falda y luego la vuelvo a sentar en la cama para poder quitarle el top.

Intento que mi mirada no se fije en su desnudez, pero es misión imposible.

Acabo de retirar el top y lo dejo tirado en el suelo junto a la falda para meterlo todo en la lavadora.

— Venga, acuéstate. — le ordeno mientras saco las sábanas para poder taparla.

Ella obedece y se acurruca en la cama sin dejar de mirarme a los ojos.

Está claro que hay algo rondando por su cabeza, porque la conozco.

— ¿En qué estás pensando? — pregunto mientras retiro el pelo de su cara para que no tenga calor.

— ¿Qué no te di para que te quisieras quedar?

Me quedo unos segundos de más en silencio sin comprender lo que quiere decir. No sé si quizás por culpa del alcohol no sabe lo que dice, pero su pregunta hace que me tense al instante.

— ¿A qué te refieres?

— ¿Me faltó algo? ¿Por qué la escogiste a ella y no a mí?

Joder. Me siento un auténtico imbécil.

— Rebekah, esto no tiene nada que ver contigo. No te falta nada, eres perfecta tal y como eres.

— Al parecer no lo suficiente...

Esas son sus últimas palabras antes de caer rendida ante el sueño.

Acaricio suavemente su mejilla derecha y deposito un beso en su frente.

Posteriormente, cierro la puerta de su piso con unos sentimientos antiguos llamándome y diciéndome que me quede con ella. Aunque, quizás, esos sentimientos, no son tan antiguos como creo.

Me siento fatal porque Rebekah piense que le falta algo. Porque no le falta nada. Es perfecta tal y como es. Pero al parecer, el alcohol siempre saca a la luz nuestras inseguridades y nuestros miedos.

Y me odio a mí mismo por haber cambiado la vida de Rebekah. Porque ella no era así. Y sé que me dijo que no debía echarme las culpas de nada. Pero no puedo evitarlo

Porque lo que yo quiero es que sus ojos azules vuelvan a brillar y su sonrisa vuelva a iluminar los días más grises.

Echo de menos esa sonrisa. La sonrisa que me sacó de la más inmensa y profunda oscuridad.

Capítulo 12

ENZO

“YA ME OLVIDÉ DE OLVIDARTE”

El día ha amanecido nublado. Quizá esas nubes son un reflejo de lo que siento ahora mismo. Aún recuerdo el tacto de la piel de Audrey sobre mis dedos mientras le colocaba el colgante.

Estoy seguro de que, si hubiéramos estado unos minutos más allí solos, hubiéramos acabado besándonos. Y no me hubiera arrepentido de hacerlo.

Porque todo este año en el que estado observándola desde la ventana de mi habitación, lo único en lo que podía pensar, era en la última vez que la besé. Ahora, casi no recordaba el sabor y la textura de sus labios, y eso me aterroriza.

Me levanto de la cama e intento hacer algo de provecho. Algo que me entretenga y no me haga darle vueltas a todo lo que está sucediendo.

Desayuno solo ya que mis padres están trabajando y cojo la moto para conducir hasta cansarme.

Voy observando el paisaje rodeado de montañas y algo de niebla. Y sin ni siquiera haberlo previsto, acabo en la playa en la que Audrey y yo paseamos el día de mi cumpleaños.

Aparco la moto y poso mis brazos sobre una valla de madera que separa la carretera de la playa.

Estamos a mediados de septiembre, por tanto, no hay mucha gente. Solo algunas personas paseando a sus perros y otras haciendo ejercicio.

Decido enviarle un mensaje a Audrey por si quiere acercarse. Posiblemente, después de lo que pasó en el piso de Rebekah quiera mantener distancia entre nosotros. Pero no me rendiré si existe la más mínima oportunidad de estar juntos.

Estoy en la playa en la que estuvimos paseando el otro día. Me gustaría que vinieras y pudiéramos hablar. Solo hablar, Audrey. No hacemos daño a nadie. – Enzo.

Espero ansioso a su llegada apoyando parte de mi cuerpo en la moto. Al acabar de enviarle el mensaje a Audrey, veo que tengo varias llamadas perdidas de Jake.

Le escribo diciéndole que más tarde podremos quedar en casa para que me cuente lo que sea que me tenga que contar. Y no sé por qué, pero me da la sensación de que fuera lo que fuera lo que

me tuviera que contar, tiene que ver con Rebekah.

Ni siquiera sé el tiempo que pasa. Puede que hayan pasado minutos o incluso una hora. Lo que sí sé a la perfección, es que Audrey ha llegado. Y no solo porque vea su coche aparcado a unos metros de mi moto, sino por cómo me invaden unos extraños nervios de repente.

Nunca sé cómo reaccionar cuando se trata de ella.

Incluso después de todo lo que ha pasado entre nosotros, todavía me pongo nervioso cada vez que la tengo delante.

Se acerca lentamente a mí con la mirada algo baja, casi con temor a posar sus ojos sobre los míos.

Va vestida con unos simples tejanos negros y una sudadera blanca.

Me separo de la moto y me acerco a ella.

— Hola... —digo bajando la mirada.

— Hola... — responde ella.

Y casi puedo ver el atisbo de una sonrisa en su rostro.

— ¿Damos un paseo? — pregunto mientras señalo la playa con la mano.

Ella se limita a asentir y nos encaminamos a paso lento por la arena.

Un intenso silencio nos invade mientras ambos miramos el horizonte nublado.

— Audrey, me gustaría pedirte perdón por lo de ayer. No debería haberlo hecho.

Audrey deja de mirar el cielo y posa sus ojos verdes sobre los míos.

— No hace falta que pidas perdón por eso, Enzo. Es solo que cuanto más cerca te tengo, todo se complica. Los recuerdos de lo que tuvimos aparecen de nuevo en mi mente y yo...

— ¿Qué quieres decir? — pregunto frunciendo el ceño.

— Que desde que pasó lo de mi madre el año pasado, no he parado de autoconvencerme de que lo nuestro no puede suceder. Porque si sucede, volveré a hacer daño a mi familia. Pero cuando estoy contigo a solas, como ayer o como el día de tu cumpleaños, pienso que no puedo dejar escapar esto. Que no puedo dejar nuestra historia cerrada cuando ni siquiera la hemos escrito...

Volvemos a permanecer en silencio. Ella intentando asimilar lo que me acaba de confesar. Yo intentando calmar los latidos acelerados de mi corazón al escucharlo todo.

Nos sentamos en la arena mirando hacia el mar.

— Yo nunca he dejado de creer en lo nuestro, Audrey. Porque sé que, aunque nuestros padres nos impidan estar juntos, nada de lo que suceda con ellos conseguirá separarme de ti. Y entiendo que quizá estás en una encrucijada entre lo que debes y lo que quieres hacer. Solo quiero que sepas que estaré esperándote. Y que cuando finalmente te decidas, estaré esperándote con los brazos abiertos.

Audrey vuelve a fijar sus ojos sobre los míos, esos ojos que se desvían a mi mano para entrelazarla con la suya.

Me mantengo más tiempo del esperado observando ese gesto. Nuestras manos entrelazadas. Una señal de que quizá no está todo perdido. De que aún podemos tener nuestra oportunidad.

Unos minutos más tarde nos levantamos y continuamos caminando.

Estamos bastante rato charlando sobre cómo le va a ella en la universidad y sobre cómo me va a mí la búsqueda de trabajo, ya que mi padre sigue sin querer admitirme en la empresa de nuevo.

Cuando llegamos al final del recorrido, un grito de Audrey hace que pare de caminar de repente.

— ¡Joder! — exclama mientras me dirijo a ella.

— ¿Estás bien?

Le toco los hombros y compruebo cómo examina su pie derecho. Se ha clavado un cristal en la planta del pie.

— ¿Puedes caminar?

Ella niega y decido pasar mi brazo izquierdo por la parte baja de sus rodillas para luego cogerla en brazos. Porque está claro que no puede caminar con un cristal incrustado en el pie.

— En mi coche tengo un botiquín. — dice ella mientras asiento.

Audrey coloca ambas manos en mi nuca y me encamino con ella a cuestas hasta el principio de la playa.

Cuando ya llevamos algunos minutos caminando, decide acunar su cara contra mi pecho.

Y ese gesto, por simple que pueda parecer a simple vista, significa mucho.

— Te va el corazón a mil por hora. — susurra contra mi jersey.

— Eso es porque estoy cansado de caminar. — miento mientras le sonrío.

— Ya claro... — contesta ella sonriéndome de vuelta.

Al fin, llegamos a su coche y la coloco suavemente en el suelo.

Audrey saca las llaves de su coche del bolsillo de su sudadera y lo abre.

— Está en el maletero. Es una bolsa de color rojo, la verás enseguida. — me ordena a la vez que se sienta en uno de los asientos traseros.

Abro el maletero y cojo rápidamente el botiquín. Me acerco a ella lentamente y coloco el botiquín en la gravilla de la carretera.

— ¿Puedo hacerte yo las curas? le pregunto casi en un susurro.

— Claro que sí. — responde ella con una amplia sonrisa en su rostro.

Saco el agua oxigenada y la derramo por su pie para desinfectar la herida. Compruebo que el cristal es pequeño, por tanto, la herida es superficial, casi un rasguño.

Cojo las pinzas del botiquín y extraigo el pequeño cristal.

Audrey frunce el ceño en el momento en el que saco el cristal y suspira de alivio al ver que ya no lo tiene incrustado.

Pongo una tiritita en la herida y para más seguridad, paso una venda por su pie hasta envolverlo casi en su plenitud.

Acabo colocando todos los productos en el botiquín y vuelvo a meterlo en el maletero.

Audrey aún sigue en el mismo sitio en el que la he dejado y me atrevo a confesar algo.

— ¿Sabes? Durante este año, he intentado dejar de pensar en lo que tuvimos, en la última tarde que pasamos juntos en tu jardín. Te juro que lo he intentado, pero...

Me mantengo unos segundos en silencio, pero Audrey me insta a que continúe hablando.

— ¿Pero qué? — pregunta mientras sus ojos brillan.

— Pero ya me olvidé de olvidarte.

Nos miramos a los ojos. Ella con la respiración algo acelerada ante mi confesión. Yo intentando reprimir mis ganas de besarla en este mismo instante.

Y sin más espera y con el corazón a punto de salir disparado de mi pecho, me abalanzo sobre sus

labios.

Audrey recibe mis labios con ansia. Casi como si me hubiera anhelado tanto como yo la he anhelado a ella.

Acuno mis manos en su rostro para profundizar más el beso y poder abrir paso a mi lengua a través de sus labios.

Ella abre la boca dando acceso pleno a mi lengua y parece que todo estalla a nuestro alrededor. Pero a mí eso no me importa, solo me importa la sensación de calma y deseo que me recorre el cuerpo entero cuando la estoy besando.

Nuestras lenguas danzan en una perfecta sintonía. Como si todavía se recordaran. Como si el paso del tiempo hubiera sido de segundos y no de meses.

Audrey se recuesta en los asientos traseros del coche y coloco mi cuerpo entero encima del suyo.

Los pechos de ambos se rozan mientras varios jadeos salen de nuestros labios ante la increíble intensidad de nuestros sentimientos.

Dejo de saborear sus labios y presto atención a su cuello. Empiezo a besarlo con calma haciendo que Audrey suspire contra mi oído.

Y estoy seguro de que algo más hubiera ocurrido si su teléfono no hubiera empezado a sonar.

Ella se sienta de inmediato en el asiento trasero intentando controlar su acelerada respiración antes de cogerlo.

Ni siquiera me mira cuando desliza el dedo índice por la pantalla.

— ¿Rebekah? — pregunta aun sabiendo ya la respuesta.

— Reunión de emergencia. La he cagado. — escucho que dice.

Audrey decide mirarme y comprendo a la perfección a qué se refiere con esa mirada.

Me aparto del coche para que ella pueda salir y colocarse en el lugar del conductor.

Nos despedimos alzando la cabeza a la vez y cojo mi moto enseguida para reunirme con Jake.

Intento calmarme antes de llegar a casa, pero lo cierto es que no lo logro.

Llego a casa y veo que Jake me espera en la puerta. Aparco la moto en el garaje y me encamino hasta su posición para saludarlo.

Nos damos un fuerte abrazo antes de entrar en casa.

— ¿Estás bien? — pregunta él antes de cerrar la puerta.

— Sí. ¿Por qué lo dices?

— Tienes la cara roja.

Al parecer, el trayecto desde la playa hasta mi casa, no ha sido suficiente para relajar y enfriar mi cuerpo.

— Te lo cuento si tú me cuentas lo que ha pasado con Rebekah.

Jake frena sus pasos antes de mirarme a los ojos.

— ¿Cómo sabes que tiene que ver con Rebekah?

— Porque estaba con Audrey cuando ella la ha llamado para hablar. Y no me hace falta ser muy listo para saber que quiere hablar con ella de ti. Así que suéltalo ya.

Nos sentamos en el salón y él empieza a relatarme todo lo que ha sucedido entre ellos.

— Ayer por la noche fui a comprar palomitas para seguir viendo películas con Mia y justo enfrente de la tienda había una discoteca. Cuando ya me iba a ir a casa, vi a Rebekah borracha en la calle.

— ¿Y la llevaste a casa? — averiguo.

— La llevé a casa y tuve que quitarle la ropa que llevaba porque se había vomitado encima.

— Madre mía, Jake.

Él suelta un suspiro de resignación mientras continúa hablando.

— Justo cuando la acosté en la cama, me preguntó que por qué escogí a Mia y no a ella.

— Al parecer, el alcohol es el suero de la verdad.

Él asiente y yo adivino que hay algo que todavía no me ha contado.

— Pero hay algo más, ¿no?

Jake vuelve a mirarme y pasa sus manos por la cara intentando calmarse.

— ¿Qué pasa, Jake? — vuelvo a preguntar.

Unos segundos después decide contestar.

— Creo que sigo sintiendo algo por Rebekah.

Capítulo 13

AUDREY

“CADA BESO TUYO ME DUELE”

Me dirijo a casa de Rebekah con el corazón latiendo a mil por hora. Debería haberlo parado. Haberle dicho que no continuara. Pero me encontraba tan bien con él, me invadía tal sensación de bienestar, que no podía apartarme de él.

Y estaba segura de que, si no fuera porque Rebekah siempre aparece en el momento oportuno, habríamos acabado dándonos algo más que unos besos en los asientos traseros de mi coche.

Llego al piso de mi mejor amiga y aparco delante del portal. Deberían reservarme ya una plaza VIP por todas las veces que voy a visitarla.

Pico al timbre y me abre enseguida. Nada más abrir la puerta, puedo observar que no se encuentra bien, y no porque parezca que lleva diez años sin dormir, sino porque está mirando a la ventana pensativa, sin hablar, y me extraña, porque ella siempre es la primera que dice lo primero que se le pasa por la cabeza.

Me acerco lentamente a ella y sin pedirle permiso, la abrazo fuertemente. Al principio, se tensa un poco ante el gesto, ya que nuestra amistad no se caracteriza precisamente por ser demasiado cariñosas la una con la otra.

Pero una amistad no se basa en los “te quiero” o en los abrazos que des a tu amiga, se basa en las veces en las que has estado para ella cuando estaba pasando un mal momento o las veces que la has ayudado a levantarse cuando solo quería rendirse.

Dejo que lloré un poco sobre mi hombro. Y me entristece saber el motivo por el que se encuentra así. Porque está claro que es por Jake. No me gustaría estar en su posición.

Tener que ver cómo la persona de la que estás enamorada ha rehecho su vida con tanta facilidad y encima tener que verlo y fingir que no te importa, debe de ser algo difícil de llevar.

Después del abrazo, nos sentamos las dos en el único sofá que hay en el salón y empieza a contarme lo que ha pasado.

— Ayer necesitaba salir. Despejarme. Dejar de pensar en él. Así que salí de fiesta. Empecé con un cubata, luego con otro, y así hasta cinco. Pero ni siquiera estaba contando los cubatas, solo quería que me dejara de doler, Audrey. Quería dejar de sentir la presión que siento en el pecho al recordar que está con ella.

Acaricio sus manos mientras le contesto:

- ¿Y por qué no me llamaste? Podríamos haber pasado la noche juntas y habernos atiborrado a ver esas películas románticas que os gustan a mi madre, a mi hermana y a ti. Y habernos hinchado a comer chocolate y no a tomar alcohol.

Rebekah me muestra una sonrisa tan efímera que casi dudo de que haya estado presente en algún momento.

- No quería molestarte. Bastante tienes con lo de Enzo y tus padres.
- Nunca me molestas, Rebekah. Siempre estaré ahí. Solo hace falta que me llames y estaré contigo.

Ella se acurruca contra mi pecho y continúa hablando.

- Cuando salí de la discoteca para tomar aire, lo vi. Parece irónico que siempre aparezca cuando menos lo espero y más lo necesito. Como cuando lo conocí. Cuando aún no sabía que podía enamorarme de alguien sin miedo a salir herida.

Acaricio su pelo mientras ella se limpia alguna lágrima que nunca ha debido estar ahí.

- Yo estaba ya demasiado perjudicada con el alcohol y solté alguna que otra tontería. Como no podía ni caminar, me cogió por las rodillas y me llevó en brazos hasta llegar a su coche. Cuando me bajó para sentarme en el asiento del copiloto, me vomité encima.
- Madre mía...
- Sí, ayer debí haber ganado una medalla a la persona más ridícula del mundo.

Niego con la cabeza y sigue hablando.

- Llegamos a mi casa y tuvo que cambiarme de ropa porque obviamente estaba llena de vómito. Y te juro que vi cómo tensaba la mandíbula. Porque puede que estuviera muy borracha, pero lo veía tenso. Casi como si le costara estar cerca de mí.
- ¿Y qué crees que quiere decir eso?
- No lo sé. Y eso es lo que hace que no pare de comerme la cabeza. Pero espera que hay más. — dice poniendo los ojos en blanco.
- ¿Qué más le dijiste?
- Cuando ya estaba acostada en la cama, le pregunté qué me faltó para que no me

escogiera a mí.

— Rebekah...

— Sí. Lo sé. Fui una estúpida. Pero ya sabes que no soy capaz de conectar la lengua con el cerebro cuando voy borracha. Él insistió en que no me faltaba nada, que era perfecta tal y como era. Y justo antes de quedarme dormida, me dio un beso en la frente. Y lo sé porque antes de quedarme dormida, sentí el olor de su perfume muy cerca de mí.

— ¿Y qué crees que quiso decir con ese beso en la frente?

Ella se limita a encoger sus hombros.

— Quizá le doy pena. Le dará rabia tener que estar lidiando conmigo después de un año cuando lo que él en verdad quiere es seguir tranquilo su vida con su novia.

— No creo que sea eso, Rebekah.

— Entonces, ¿qué es?

— Eso solo lo puede contestar él. Aunque seguro que ahora no quieres ni verlo, ¿verdad?

Rebekah asiente mientras cruza sus brazos contra su pecho.

— Después de haberle dicho eso, no creo que pueda volver a mirarlo a la cara. No quiero que sienta pena por mí. Que sienta que me debe algo. Ahora mismo, se me pasa por la cabeza qué hubiera pasado si no lo hubiera besado en el hotel de sus padres el año pasado.

— Pues que no hubieras experimentado la increíble experiencia de enamorarte. Porque puede que ahora te encuentres fatal y no quieras saber nada sobre el amor y todo lo que ello conlleva. Pero, ¿sabes lo afortunada que eres al haber podido enamorarte? No a todo el mundo le pasa, no todo el mundo encuentra a su persona. Tú la has encontrado, Rebekah.

— ¿Y de qué me sirve haberla encontrado si no está conmigo?

— Te ha servido para darte cuenta de que te puedes enamorar sin miedo.

— No creo que me pueda enamorar de otra persona que no sea él. Lo veo completamente imposible, Audrey. ¿A ti no te pasa lo mismo con Enzo?

Suspiro antes de contarle todo lo que ha pasado entre nosotros en la playa.

Acabamos de hablar y quedamos en que nos llamaremos si necesitábamos el consejo de la otra. A la hora que sea.

Llego a casa cansada y solo quiero estirarme en la cama y no pensar en nada más.

Pero antes de meterme en la cama e intentar calmar mi mente, decido llamar a Enzo.

Al tercer tono de llamada, descuelga la llamada.

- Hola, ¿qué tal? — contesta al otro lado de la línea mientras abre las cortinas de su ventana para poder observarme desde la distancia.
- Acabo de hacer una sesión de consejera de problemas amorosos. — digo para destensar un poco el ambiente.
- Lo mismo digo.

Frunzo el ceño al escuchar su respuesta.

- ¿Quieres decir que Jake...?
- Me parece que nuestros mejores amigos tienen que hablar entre ellos más pronto que tarde.

Suspiro hasta que él pregunta:

- ¿Por qué me has llamado? — noto un deje de nerviosismo en cuando formula la pregunta.
- Quería hablar sobre lo que ha pasado en el coche.
- Aud...
- No puede volver a ocurrir. — interrumpo sus palabras.
- ¿Cómo?
- Puedo aceptar tener paseos contigo por la playa o hablar por teléfono, pero no me puedo permitir el lujo de besarte, Enzo.
- ¿Por qué lo dices?
- Porque cada beso tuyo me duele. Porque sé que por mucho que estemos felices y seguros cuando nos besamos, esa seguridad tiene límite de tiempo. Y sé que, si Rebekah no hubiera llamado, habiéramos acabado haciendo algo más.
- Entonces, ¿no crees que podamos tener una nueva oportunidad?

— Puede que sí, pero ahora mismo no. No me lo pongas más difícil, Enzo.

— Llevaremos el transcurso de la relación como tú desees, Audrey. Solo quiero estar contigo. Y no me importa no poder besarte, porque tu simple compañía me hace feliz. No necesito nada más.

Me muerdo el labio inferior ante su declaración.

— Gracias por ser tan comprensivo...

— No me lo agradezcas, Audrey.

— Buenas noches... — se despide.

— Buenas noches... — contesto antes de colgar la llamada.

Capítulo 14

REBEKAH

“DÉJAME QUE VUELVA A ACARICIAR TU PELO”

¿Os acordáis de cuando le dije a Jake en el hospital lo que tenía pensado hacer cuando lo conocí? ¿Lo de que quería que durmiera conmigo, pero por suerte no lo hice porque no habría encontrado una piedra lo suficientemente grande bajo la que esconderme?

Vale, pues ahora me encuentro en una situación peor que esa. Pero, al fin y al cabo, el alcohol siempre dice por nosotros lo que no nos atrevemos a decir sobrios.

Porque durante el año que he estado esperando su llamada y cuando me he enterado de que ha vuelto con Mia, no he parado de pensar qué es lo que tiene ella que a mí me falta.

Y aunque él me hubiera dicho que no me faltaba nada, que era perfecta tal y como era, yo no lo tengo tan claro.

Aunque ahora que lo pienso sin tener el alcohol nublándome el juicio, el problema nunca lo he tenido yo. El problema lo tiene él. Porque no es capaz de ver que Mia no es una buena persona. Puede que hasta intente pasar por alto todo el daño que le ha hecho para poder permanecer junto a ella.

Pero hasta que Jake no se dé cuenta de eso, yo no tengo nada que hacer.

Y lo que le he comentado a Audrey, todavía da vueltas por mi cabeza cuarenta y ocho horas después de que él se haya ido de mi casa.

Me dio un beso en la frente antes de marcharse y también pude recordar cómo se le tensó la mandíbula cuando tuvo que quitarme la ropa que llevaba puesta.

Quizá han sido solo imaginaciones mías.

Me levanto de la cama y observo que el día está otra vez nublado. Y aunque este tiempo me guste, no me agrada mucho tener que contemplar que el cielo se encuentra igual que yo. Sin ganas de iluminarse.

Porque desde que Jake ya no está conmigo, está claro que no soy yo. Y eso es un grave error. Porque nunca debes dejar que nadie apague tu brillo. Por mucho que lo quieras y por muy importante que sea esa persona para ti.

Por eso me he propuesto volver a sonreír. Quizá tardaré en hacerlo. Pero lo haré porque me lo merezco. Y aunque nuestra historia no haya acabado de la manera en la que me habría gustado, no debo darme por vencida.

Seguro que encontraré a otra persona que me ofrezca todo lo que él me ofreció el año pasado y no tenga ninguna duda en escogermelo como primera opción.

Creo que ya va siendo hora de admitir que me merezco ser la primera opción de alguien y no un pasatiempo, algo efímero. Merezco algo duradero.

Aunque el día esté nublado, decido enfundarme las mallas de deporte y el top que va a conjunto para salir a correr.

Bueno, puede que no vaya a salir a correr. Simplemente saldré a pasear e intentaré dejar de pensar en el rubio de ojos azules que incumplió la única promesa que me hizo.

Cojo una mochila para colocar dentro las llaves, el móvil y otras cosas que me harán falta si sucede algún percance mientras paseo.

Emprendo el camino por las calles de mi barrio y me dirijo a una zona que está llena de puestos ambulantes de comida callejera y personas que ofrecen sus habilidades para hacer felices a los niños.

Me quedo observando a un hombre que se encuentra creando pompas de jabón gigantes. Alrededor de él, hay varios niños y niñas de no más de cuatro años que contemplan anonadados los movimientos del hombre.

Ojalá volver a esa época. Esa época en la que solo te importaba estar bien alimentado y ver tus dibujos favoritos en la televisión. No tenías que preocuparte por lo que los demás pudieran decir sobre ti, sobre si eras suficiente para alguien.

Dejo de estar parada y sigo caminando. Casi llego al final del paseo y al ver que empieza a llover con fuerza, decido volver a casa antes de coger un resfriado de los gordos.

Ahora sí que, al empezar a correr, llego en menos de cinco minutos al paso de peatones que me separa de mi piso. Pero cuando me atrevo a dar el paso, por poco un vehículo me atropella.

— ¡Oye! ¡Serás imbé...!

No puedo finalizar la frase porque el conductor que baja del coche con las manos alzadas no es otro que Jake.

Parece que a la vida o al destino le gusta la idea de verme con él.

Pues el destino o la vida se puede ir un poco a la mierda.

— ¡Lo siento! — grita a través de la lluvia.
Estoy empapándome así que me adentro a paso acelerado hasta mi portal para poder estar a cubierto.

Unos segundos después, cuando escucho el motor de su coche silenciarse, me sobresalto al notarlo detrás de mí.

La lluvia ha calado su fino jersey color crema y empieza a verse lo que se esconde debajo de la tela. Decido dejar de admirar su pecho y negar con la cabeza antes de levantar la vista y mirar su rostro.

Su cabello se encuentra completamente mojado y sus largos mechones rubios gotean sin parar.

Me observa en silencio y con la respiración algo acelerada. Y no comprendo en su plenitud el significado de ese gesto. Tampoco hay tanta distancia desde el lugar en el que ha aparcado el coche hasta mi portal.

O quizá se encuentra así porque estoy yo delante. Pero retiro enseguida esa idea de mi cabeza porque está claro que a él ya no le afecta tenerme enfrente.

Al menos no como el efecto que tiene él en mí. Quiero intentar odiarlo por haberme hecho daño. Pero no puedo hacerlo. No cuando me mira fijamente con esos ojos azules que más de una vez han conseguido que me tiemblen las piernas.

Corto el eterno silencio que nos rodea para volver a nuestras vidas como si nada hubiera pasado. Como si no nos hubiéramos encontrado cuando menos lo esperábamos. Como cuando nos conocimos.

— Al parecer, la lluvia siempre te pilla cerca de mi casa. Pasa, anda. No quiero cargar con las consecuencias de que pilles un resfriado.

Él se limita a asentir y seguir mis pasos hasta entrar en mi piso.

— Por suerte, tengo una sudadera y unos pantalones de alguno de los chicos que pasaron por aquí el último mes. — no lo miro a los ojos cuando le digo eso.

Jake sigue manteniéndose en silencio y continúo hablando.

— Me ducho primero y luego te dejo a ti, ¿vale?

— De acuerdo. — dice antes de empezar a quitarse el jersey.

Para intentar que mis hormonas no se revolucionen, salgo despedida hasta la ducha no sin antes coger algo de ropa para cambiarme.

Mientras el agua caliente recorre y reconforta mi piel helada, mi mente no para de pensar en que Jake está en mi salón. Sin camiseta.

Hago la ducha más corta de lo normal para que a él le quede agua caliente y salgo enseguida de vuelta al salón.

Paso por su lado, no sin antes rozar mi brazo derecho con el suyo.

Algo parecido a una corriente eléctrica me recorre entera y odio a mis instintos en este mismo instante por hacerme las cosas más difíciles cuando él está cerca.

Y me extraña que en el momento en el que nuestras pieles se rozan, noto que su piel está casi ardiendo. Cosa que no tiene mucho sentido porque en mi casa no hay calefacción y todavía debe tener el cuerpo frío por la lluvia.

El tiempo que Jake pasa en la ducha, lo aprovecho para preparar dos tazas de té caliente para entrar en calor.

En cuanto endulzo las tazas de té, Jake ya ha salido de la ducha y vuelve a estar en el salón.

Le acerco la taza y él sonríe de lado para agradecerme el haberle preparado algo caliente. Y esa sonrisa, hace que el corazón me duela un poco más. Porque ahora no soy yo la que veo cada una de sus sonrisas. Es ella.

Decido apartar esa idea de mi cabeza y me siento en el sofá mientras intento calentarme las manos con la taza.

Él se sienta a una cierta distancia para evitar incomodarme. Nos sumimos en un profundo silencio del cual no sabemos salir.

Pero para evitar hacernos la situación todavía más incómoda a ambos, empiezo a hablar.

— ¿Qué haces por aquí? — pregunto mientras doy un sorbo al té.

— Quería ver si estabas mejor. Después de irme del piso me quedé preocupado.

Me limito a asentir y nos miramos tímidamente a los ojos.

— ¿Puedo hacerte una pregunta?

Jake se sorprende, pero me hace un gesto con la mano para que continúe hablando.

— Ayer, antes de que te fueras, ¿me diste un beso en la frente? Puede que no, estaba un poco bastante perjudicada, pero si lo hiciste, me gustaría saberlo.

Él se acerca algo más y nuestras manos casi se rozan.

— Sí, te besé en la frente antes de irme.

Me mira a los ojos directamente mientras me contesta, como si quisiera cerciorarse de que lo he comprendido bien.

— ¿Y por qué lo hiciste?

Jake baja un poco la mirada, casi parece algo nervioso, incluso muerde levemente su labio inferior antes de contestar.

— Porque creo que sigo sintiendo algo por ti.

Y en ese momento, dejo de escuchar la lluvia, dejo de sentirlo todo. Solo soy capaz de sentir los latidos acelerados de mi corazón e intentar calmarlos.

Él sigue mirándome fijamente a los ojos y yo siento que me ahogo en ellos.

Seguro que han sido imaginaciones mías. No ha podido decirme eso, ¿no?

— ¿Qué quieres decir?

— No soy capaz de olvidar lo que tuvimos, Rebekah.

Se acerca una vez más y ahora son nuestros brazos los que están en pleno contacto el uno con el otro.

— No puedes estar hablando en serio, Jake.

Esto no puede estar pasando. Porque mientras él me dice eso, sigue teniendo novia. Y yo no voy a ser el reemplazo de nadie.

Me levanto del sofá y cuando estoy a punto de dirigirme a la cocina para dejar la taza de té y decirle a Jake que se marche, él se levanta y susurra muy cerca de mi oído:

— Déjame que vuelva a acariciar tu pelo...

No puede ser posible que durante un año entero haya estado esperando algún indicio de que él sentía lo mismo que yo y que justamente ahora que ha vuelto con Mia, me diga esto. Tiene que ser una broma.

Roza su mano con la mía, pero antes de que pueda rodearla, me giro cabreada hacia él.

— ¿Y después qué? ¿Dejo que me toques, que me acaricies, que me beses? ¿Dejo que vuelvas a hacerme ilusiones para luego dejarme tirada? Vuelve a casa, Jake. Mañana te arrepentirás de esto...

— Rebekah, escúchame...

— ¡No quiero escucharte, Jake! ¿Sabes lo mal que lo he pasado todo este año? He pasado todos los malditos días esperando una llamada que nunca ha llegado. ¿Y ahora que he tomado la decisión de olvidarte, me dices todo esto? — estoy perdiendo la paciencia, pero como para no hacerlo.

Siento el corazón en la garganta.

— Ha sido un año muy complicado, Rebekah...

— Ni se te ocurra ponerme de excusa la muerte de tu hermano para no haberte atrevido a dar la cara. Es demasiado penoso, incluso para ti.

Jake pasa ambas manos por su rostro, en un intento por mantener la calma, pero parece ser que a los dos se nos ha agotado ya.

— ¿Por qué sientes toda esta rabia hacia mí?

— ¡Joder, Jake! ¡Porque sigo enamorada de ti!

— ¡Y yo de ti!

Jake coge aire antes de bajar su mirada a mis labios. Y pude haberme apartado porque sabía perfectamente lo que hará ahora. ¿Pero cómo controlarme cuando la primera persona de la que me he enamorado me dice que esas palabras que he estado esperando un año entero?

Por eso no me aparto cuando se abalanza sobre mis labios. Porque quizá mantengo la esperanza de que después de esto, las cosas cambien. De que, por fin, tendremos la oportunidad que ambos nos merecemos.

Es un simple beso. Uno efímero, pero lleno de sentimientos. Aunque el roce de sus labios, es suficiente para darme cuenta de que no querré besar jamás a nadie que no sea él.

Pero todo lo bueno llega a su fin, porque cuando nos separamos, Jake se aleja de mí, casi como si no fuera consciente de que hace escasos segundos me estaba besando.

Y justo en ese momento, es cuando me doy cuenta de que nada va ser como yo quiero. De que nunca tendremos lo que he deseado todo este tiempo.

— Debo irme... — dice antes de salir despavorido del salón.

Aunque antes de que cruce la puerta, decido hacerle una última pregunta.

— ¿Debes o quieres?

Y ojalá poder leer su mente y saber la respuesta a esa pregunta. Pero la verdad, es que por ahora no la sé, porque cruza la puerta sin ni siquiera mirarme y me deja igual de helada que cuando estaba debajo de la lluvia.

Y me siento una auténtica idiota por haber vuelto a caer con él. Me siento una auténtica idiota

por seguir enamorada de él.

Pero siento que, cuando estamos juntos, nada importa alrededor. Solo nosotros. Y que cuando ese momento íntimo acaba, todo vuelve a la realidad como si nada hubiera sucedido. Como si hubiera sido un simple espejismo.

Aunque puede que nuestra relación haya sido eso: un espejismo que nunca ha llegado a hacerse realidad.

Capítulo 15

JAKE

“NO NOS QUEDA NADA QUE SALVAR”

Joder. Ha sucedido al fin. Pero tenía ganas de besarla. Porque no he mentido. Sé que cada vez que la veo y también cuando no, no paro de pensar en ella.

Y por fin he logrado soltar esas palabras que tanto he guardado dentro de mí durante todo el tiempo que he compartido con Rebekah.

Que cada vez que recuerdo todo lo que hemos vivido, quiero seguir sumando recuerdos con ella.

Que cada vez que recuerdo su risa, quiero volver a ser el causante de ella.

Que cada vez que observo sus labios, quiero ser el único que los bese hasta que se me queden dormidos.

Sé que la he cagado porque he sido infiel a Mia. Y no paro de comerme la cabeza pensando en qué narices me está pasando. Porque quiero a Mia, sino no habría vuelto con ella, claro está. Pero cuando tengo a Rebekah delante no puedo evitar pensar en los momentos que hemos vivido juntos, porque no puedo olvidarlos sin más, como si nunca hubieran sucedido.

No hace falta decir que no he pegado ojo en toda la noche. Y sé que dentro de poco todo estallará. Porque a mí se me da fatal fingir, y está claro que Mia me conoce demasiado bien. Y que seguro que cuando me mire sabrá que ha pasado algo.

Me levanto de la cama para prepararme un café y así intentar calmar mi mente.

Mia me ha llamado varias veces, pero no he contestado a sus llamadas, no me veo capaz de hablar con ella pensando que la he traicionado.

Pero a quien sí llamo es a Enzo. Al tercer tono de llamada, cojo la llamada.

—Ey, ¿qué hay tío? — acaba de levantarse porque le noto la voz algo ronca.

—Ayer pasó algo con Rebekah.

—¿Qué quieres decir con eso, Jake?

Suspiro pesadamente hasta poder contestar.

— La he besado.

Enzo permanece en silencio al otro lado de la línea hasta que acaba hablando de nuevo.

— Entonces, ¿sigues sintiendo algo por ella?

— Estoy enamorado de ella. Pero no puedo evitar pensar en Mia. La he engañado, Enzo. Y me siento un auténtico capullo.

Él sonríe y frunzo el ceño al no entender el por qué lo hace.

— Al parecer el *karma* le ha llegado a Mia Adams.

— Esto es serio, Enzo.

— Mira, Jake. Yo me encontraba casi prácticamente en la misma situación que tú hace un año. No comprendía por qué besé a Audrey en el ascensor si quería a Savannah. Pero luego entendí lo que pasaba.

— ¿Qué pasaba?

— No había dejado de querer a Savannah, porque eso no se puede lograr en cuestión de segundos. Comprendí que, aunque la quisiera, nuestra relación no era suficiente para mí, porque ambos buscábamos otras cosas. Y eso no significaba que no nos quisiéramos, sino que habíamos dejado de compartir planes de futuro.

— No sé ni cómo decírselo a Mia.

— A Savannah solo le hizo falta mirarme a la cara para saber que algo no iba bien. Y creo que con Mia pasará igual.

— Bueno, tío. Voy a ir a su casa y se lo voy a contar. Pero dejemos de hablar de mí. ¿Tú que tal con Audrey?

— También nos besamos hace unos días. Bueno, mejor dicho, la besé.

— Vaya, parece que tenemos las mentes conectadas. — digo para destensar el ambiente.

Continuamos hablando unos minutos más hasta que finalizamos la conversación porque Enzo tiene que salir a buscar algo de trabajo.

Me visto rápidamente para ir a ver a Mia y aclarar las cosas. Aunque algo me dice que no va a ser fácil, supongo que tendré que acarrear con las consecuencias de mis actos.

Pero nada más salir de casa, veo el coche de Rebekah aparcado en la calle. Frunciendo el ceño,

me acerco al coche al tiempo que ella baja.

Observo que lleva algo entre las manos y compruebo que es el jersey que llevaba ayer puesto. Al parecer, salí tan despavorido de su piso que no me acordé de cogerlo.

— Venía a traerte esto. — dice sin mirarme a los ojos ofreciéndome el jersey.

Lo cojo sin retirar mi mirada de la suya.

— Rebekah...

Necesito hablar sobre lo que sucedió ayer entre nosotros. Quiero decirle que no me arrepiento, que el único motivo por el que salí corriendo de su piso fue porque me asustaba la idea de saber que estoy enamorado de ella. Y todo lo que eso conlleva.

Porque eso solo quiere decir que volver con Mia ha sido un error. Y todavía no puedo asimilarlo.

— No digas nada, Jake. Lo de ayer no puede volver a pasar. ¿Queda claro?

Noto cómo le duele tener que decirme eso. Y a mí me duele ver que intenta permanecer fría e impasible ante los sentimientos que flotan en el ambiente cuando estamos juntos.

— ¿Por qué? ¿Crees que lo de ayer fue un error?

Ahora sí fija sus ojos sobre los míos.

— Sí, fue un error. No pienso ser la segunda opción de nadie, Jake. Y hasta que no tengas claro que no debes estar con Mia, no quiero que volvamos a vernos.

— Ahora mismo tengo la cabeza hecha un lío. Tengo claro que estoy enamorado de ti. Pero si he vuelto con Mia, debe ser por algo, ¿no?

Ella parece empezar a perder la paciencia y derribar los muros que ha alzado nada más verme.

— ¿Te digo por qué estás con Mia? Por pena. Porque cuando murió tu hermano sentiste que te habías quedado solo y ella también se quedó sola. Pero no hubieras estado solo, Jake. Porque si me hubieras llamado, habría acudido a ti sin pensarlo ni un solo instante. Te habría cuidado y habría estado contigo. Pero decidiste escoger el camino fácil, el conocido. Y no te atreviste a escoger el camino desconocido y nuevo. No te atreviste a escogerme a mí.

Ambos nos quedamos en silencio. Ella intentando coger aire tras su confesión. Yo intentando comprender que quizá tiene razón.

Desde que murió mi hermano, por retorcido que pareciera, sentí que tenía que cuidar de Mia. Que no podía dejarla sola. Pero estar con alguien porque sientes que debes hacerlo, es algo

demasiado cruel para la otra persona.

— Quizá tienes razón.

Rebekah me mira con los ojos brillando, a punto de ser desbordados por las lágrimas.

— ¿Y qué harás? Mira, Jake. He intentado autoconvencerme durante un año entero y desde que te volví a ver de que no volvería a caer contigo. Pero soy capaz de darte una oportunidad para hacer las cosas bien. Porque creo que lo nuestro merece la pena.

— Antes de que vinieras, iba a ver a Mia para contarle lo que pasó ayer. Tiene que saberlo.

Ella asiente y acabamos despidiéndonos.

Me dirijo a casa de Mia con un nudo en el estómago por tener que contarle lo que ha pasado con Rebekah.

Llego enseguida y aparco el coche delante de la enorme casa de la que hasta ahora es mi novia.

Los padres de Mia tienen mucho dinero, ya que obtienen bastantes ganancias gracias al alquiler de propiedades lujosas para extranjeros que vengan a pasar aquí las vacaciones.

Por eso pueden permitirse una de las casas más lujosas de la zona.

Aparco el coche y antes de salir de él, intento coger aire para poder hacer frente a la conversación que debo mantener con Mia.

No la he avisado de que venía, por eso, cuando pico al timbre, la sorprendo con una toalla envolviendo su cabeza y vestida con unos tejanos y una sudadera para estar por casa.

— Hola, cariño. ¿Qué haces aquí?

Se acerca a darme un beso en los labios e intento esquivarlo sin mucho éxito.

Me siento en uno de los incontables sofás que hay dispuestos por todo el salón y Mia sabe que hay algo que va mal.

— ¿Va todo bien? — pregunta antes de sentarse a mi lado.

Intento mirarla a los ojos, pero me es imposible. Ni siquiera sé por dónde empezar.

— Ha pasado algo...

— Jake, ve al grano. Sabes que me gusta que la gente sea directa. — contesta, empezando a perder la paciencia.

Necesito soltarlo ya para dejar de sentir la presión que siento en el pecho.

— Estoy enamorado de Rebekah.

El silencio se abre paso entre nosotros mientras siento que se me va a salir el corazón por la boca. Mia me observa con los ojos completamente abiertos sin saber qué decir.

— ¿Qué? ¿Qué cojones me estás contando, Jake?

— Ya lo has oído.

— ¿Sabes? Después del accidente de Zack pensé que quizás podríamos tener la oportunidad de dejar atrás el pasado y volver a estar juntos. No me esperaba que me devolvieras lo que pasó con tu hermano como un acto de venganza. — la mueca de desprecio que me ofrece me deja completamente desorientado.

Frunzo el ceño sin comprender nada.

— ¿Qué dices Mia?

— Que me la has devuelto. Que te has querido vengar porque te fui infiel con tu hermano. Pero si admites que ha sido una confusión, soy capaz de aceptar tu fallo y volver contigo.

— No me entiendes, Mia.

— ¿Qué no entiendo?

— Mis sentimientos no están confusos. Creía que podríamos volver a estar juntos, intentando olvidar todo lo que había pasado, pero no puedo, Mia.

— Todavía podemos salvarlo, Jake. Los dos hemos cometido errores, pero podemos dejarlos atrás y continuar juntos. — intenta convencerme.

Estoy empezando a perder la paciencia porque Mia no me está comprendiendo.

— No nos queda nada que salvar.

— ¿Me estás diciendo que vas a romper una relación de casi cuatro años por un pasatiempo que no va a durar?

— ¿Me lo dices justamente tú, Mia? Si me conocieras de verdad, sabrías que lo que siento por Rebekah no es solo atracción. Hace tiempo que ha dejado de serlo.

Ella se levanta furiosa del sofá y se quita la toalla de la cabeza dejando su pelo afro al aire.

— Así que esa guarra lo ha conseguido al fin. No sé cómo puedes caer tan bajo.

Y ahora me doy cuenta de que esta no es la Mia a la que conocí hace cuatro años, ha cambiado. Ya no queda nada de la Mia sencilla y buena. Ahora, un aura de superioridad y veneno parece envolverla.

— Si he caído bajo con algo, ha sido con la idea de volver contigo. Debería haber aprovechado este tiempo de otra manera.

— ¿Tirádotela?

— De verdad que no te reconozco, Mia. ¿Qué te ha pasado? Antes eras de otra manera.

— Vete de mi casa ahora mismo y ni se te ocurra volver. — me echa sin darme tiempo a continuar hablando.

Le dirijo una última mirada antes de salir de su casa. Y sé que puede que esté mal decirlo, pero siento que me quito un peso de encima.

Y me doy cuenta de que quizá durante este año me he intentado autoconvencer de que podría dejar atrás el pasado como si no hubiera sucedido. Pero nada más lejos de la realidad.

Ahora me veo con fuerzas de poder empezar de nuevo con Rebekah. Aunque dejaré algo de tiempo para intentar mentalizarme con el cambio que ha habido en mi vida en tan poco tiempo.

Nunca habría llegado a pensar que Mia llegaría a convertirse en una persona tan nociva, pero supongo que he tenido suerte al haberme dado cuenta ahora y no más adelante, cuando las cosas estuvieran más avanzadas.

Mientras conduzco de vuelta a casa, no puedo evitar pensar en que por fin Rebekah y yo podremos estar juntos sin obstáculos que se interpongan entre ambos.

Por fin podré escribir una nueva historia con la rubia de ojos azules que reconstruyó cada trozo de mi corazón con cada una de sus sonrisas.

Capítulo 16

ENZO

“COLISIONANDO CUERPO CON CUERPO”

Ha pasado una semana desde la última vez que Audrey y yo hablamos al teléfono. Quizá este tiempo ha sido suficiente para que ella se haya dado cuenta de que vale la pena luchar por lo nuestro, porque en lo que a mí respecta, lo tengo demasiado claro.

Pero no quiero presionarla, quiero que ella misma decida libremente cómo llevar el transcurso de nuestra relación.

Porque lo que le dije por teléfono es verdad. Su sola presencia es suficiente para mí, no me hace falta tocarla o besar sus labios para ser feliz. Solo me hace falta mirarla a esos ojos verdes cargados de sentimientos para saber que existe una mínima posibilidad de volver con ella.

Dejo de ver la televisión y subo a la habitación para ducharme. Todavía es temprano y mis padres no se han levantado.

Mientras preparo la ropa para cambiarme, recibo un mensaje.

Cuando me acerco a la pantalla del móvil, por poco el corazón me sale disparado del pecho al comprobar que es ella: Audrey.

Necesito hablar sobre lo nuestro. ¿Quedamos donde el otro día? — Audrey.

Creo que jamás me he duchado tan rápido. Puede que me esté haciendo ilusiones y Audrey solo quiera quedar conmigo para zanjar nuestra historia y no volver a hablar más del tema. Pero algo dentro de mí me dice que esta vez será diferente.

Que esta semana sin saber nada el uno del otro, le ha servido para darse cuenta de que luchar por lo nuestro merece la pena.

Sin hacer mucho ruido para evitar despertar a mis padres, cierro la puerta principal a toda prisa y cojo la moto como alma que lleva al diablo.

En menos de cinco minutos ya estoy aquí, con la respiración acelerada por la carrera que he hecho para llegar cuanto antes.

Estoy a punto de enviarle un mensaje a Audrey para avisarla de que ya he llegado, pero no hace

falta porque enseguida la veo aparecer con su nuevo coche blanco y observo cómo lo aparca al lado de mi moto.

Espera unos segundos de más para salir del coche y cuando lo hace, no puedo evitar acercarme un poco a ella para observar su rostro. Porque sé que en cuanto la mire, sabré qué se le está pasando por la cabeza. Audrey siempre ha sido una persona fácil de leer.

Va con el pelo recogido en una trenza baja y enseguida posa sus ojos sobre los míos.

—Hola... —saluda de manera casi tímida.

—Hola... —respondo de la misma manera.

Señalo con la mano derecha la playa en un intento de decirle que demos un paseo y ella lo entiende al instante porque enseguida se coloca a mi lado, casi rozando mi mano y nos encaminamos a la playa.

Caminamos en silencio un buen rato hasta que Audrey se decide a hablar.

—Bueno, supongo que te estarás preguntando por qué te he citado aquí.

Asiento mirándola a los ojos y ella sigue hablando.

—Durante esta semana, he estado pensando sobre cómo llevamos nuestra relación hace un año y bueno, también sobre cómo me siento cuando no estoy cerca de ti.

—¿Y a qué conclusión has llegado? —no puedo evitar que la emoción tiña mi voz.

—No me gusta tener que esconderme, Enzo. Porque cuando hago eso, siento que estoy haciendo algo que no debería. Que estoy fallando a las expectativas y a la confianza que mis padres han puesto en mí.

Ni siquiera me doy cuenta de que estamos llegando de vuelta al inicio de la playa. Y no me gusta la idea de no saber cómo va a acabar esta conversación. Porque no estoy preparado para volver a verla marchar.

—¿Entonces?

—Por una parte, pienso eso. Mi parte racional, me dice que lo correcto es seguir como estamos. Intentando mantener una relación cordial, porque al menos así, sigues en mi vida.

—¿Y la otra parte?

—La otra parte, la más humana, la más sensible, me dice que me arriesgue. Que el hecho de que dos personas se quieran y deseen estar juntas nunca puede ser algo malo.

Porque algo tan puro como el amor que sienten dos personas, es completamente imposible que haga daño a nadie.

Paramos de caminar porque ya hemos llegado a su coche.

Audrey lo abre para poder sentarse en la parte trasera porque supongo que debe estar cansada.

Apoyo mi mano derecha sobre la parte más alta de la puerta del coche y la escucho continuar hablando.

— No puedo parar de pensar en ti, Enzo. En lo que tuvimos. Porque ya no recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí así. Libre, feliz, pensando que todo es posible. Porque tú me has ayudado a creer que todo es posible, que puedo lograr todo lo que me proponga.

Me agacho un poco sobre la gravilla del aparcamiento y coloco mis brazos sobre mis rodillas.

— ¿Y qué quieres hacer, Audrey? — pregunto casi en un susurro.

— ¿Ahora mismo? Besarte hasta que el mundo desaparezca.

No me hace falta más para levantarme y colocar mis manos sobre su rostro. No quiero preguntarle directamente si está segura de hacerlo, solo me hace falta mirarla y preguntárselo en silencio.

Ella asiente y esa confirmación, hace que me sienta el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Audrey empuja su cuerpo más adentro del coche para darme acceso y acabo acostado sobre su cuerpo.

Empiezo a besarla lentamente. Nuestros labios se amoldan a la perfección. Y sé que los dos lo sabemos.

Ella me agarra de la nuca para profundizar el beso y abre la boca para que introduzca mi lengua.

Audrey la recibe con anhelo, con ansia, como si no pudiera separarse de ella.

Bajo mis labios hasta su cuello. Echa la cabeza hacia atrás para dejarme un espacio perfecto para colocar allí mis besos más ardientes y húmedos.

Audrey suspira mientras agarra suavemente mi pelo. Se levanta un poco para que pueda quitarle la camiseta y dejarme vía libre a su sujetador.

Beso lentamente sus pechos a la vez que ella coloca las manos sobre mi sudadera con la intención de quitármela.

Me la quito en un momento y procedo a desprenderme de su sujetador.

Lamo sus pechos haciéndola retorcerse de placer. Lentamente bajo hasta su vientre sin dejar de

besarla.

Desabrocho su pantalón hasta que se lo quito con una lentitud demasiado increíble. Audrey cambia de posición y queda ella ahora arriba. Lanza besos ardientes sobre mi abdomen al tiempo que empieza a desprenderse de mis pantalones.

En un movimiento veloz, nos desprendemos ambos de nuestra ropa interior y nos observamos en silencio mientras estamos piel con piel.

Ella se separa un momento de mí para coger un preservativo de la guantera del coche y dármelo apresuradamente para que me lo coloque.

Cuando ya tengo el preservativo bien colocado, Audrey coloca mi miembro sobre su entrada y da comienzo la perdición de ambos.

Empieza a moverse frenéticamente sobre mí, ambos jadeando, entelando los cristales del coche.

Agarro su trasero fuertemente para poder hacer las embestidas más intensas y Audrey grita mi nombre:

— ¡Dios, Enzo!

— Si sigues moviéndote así, no creo que podamos salir de aquí nunca.

A ella parece no importarle porque hace el ritmo mucho más rápido mientras sonrío abiertamente sobre mis labios.

Nuestros pechos empiezan a sudar. Me levanto levemente para poder seguir besando su cuello mientras Audrey sigue moviéndose encima de mí.

Pasamos así varias horas. Colisionando cuerpo con cuerpo.

Dos cuerpos que nunca merecieron estar separados. Dos cuerpos que ojalá nunca tuvieran que volver a separarse.

Dos cuerpos que estaban destinados a ser, sin importar lo que dijeran los demás.

Capítulo 17

AUDREY

“AUNQUE PASE EL TIEMPO NUNCA TE VOY A OLVIDAR”

Felicidad. Éxtasis. Ilusión.

Eso era lo que siento mientras estoy con Enzo dentro de mi coche.

He reflexionado mucho durante esta semana en la que hemos estado separados. Veía las caras de mis padres y luego pensaba en él.

Y no me podía permitir ser infeliz obligatoriamente cuando al otro lado de la acera se encontraba la persona que era capaz de brindarme la felicidad que mis padres me han arrebatado a la fuerza.

Después de la primera tanda de sexo, viene una segunda. Está claro que ninguno de los dos quiere despedirse.

Ni siquiera sé cómo llevaremos el hecho de tener que volver a escondernos. Pero si ya lo hemos hecho una vez, ¿por qué no seremos capaces de hacerlo una segunda?

Ahora nos encontramos acostados en el coche, con mi cara escuchando los latidos acompasados de su corazón y sus manos acariciando mi espalda.

— Te he echado mucho de menos, Audrey...

Beso su cuello al tiempo que contesto:

— Yo también, Enzo.

Pienso unos segundos mientras acaricio su cabello negro y vuelvo a hablar:

— Enzo...

— Dime... — susurra.

— Quiero que sepas que, aunque pase el tiempo, nunca te voy a olvidar. Que, aunque esto no salga bien y nos tengamos que volver a separar, nunca te voy a olvidar. Lo sabes, ¿no?

— Claro que lo sé, Audrey. Y yo tampoco me veo capaz de olvidar esto.

Nos besamos una última vez antes de despedirnos y quedamos en que nos llamaremos más tarde cuando nuestros padres no puedan escucharnos.

Mientras conduzco, me muero de ganas de contarles lo que ha pasado a Rebekah y Riley. Así que procedo llamar a mi querida hermana mayor:

— ¿Audrey? Ahora mismo quiero matarte.

Frunzo el ceño, sorprendida por su saludo.

— ¿Qué he hecho ahora?

— Has interrumpido mi sesión de sexo matutino con Kyle.

Pongo los ojos en blanco y sigo con la llamada.

— Pues no haberlo cogido si estabas ocupada, idiota. Escúchame, te tengo que contar una cosa importante, ¿puedo pasar a buscar a Rebekah y quedamos en casa de Kyle?

Riley permanece en silencio y la escucho hablar por lo bajo con Kyle. Supongo que le estará poniendo en situación, al fin y al cabo, es su casa.

— Tu cuñado es demasiado bueno contigo, hermanita. Dice que sí, que sin ningún problema.

— Muy bien, pues en quince minutos más o menos estaremos allí. Aprovecha para rematar y no dejes a medias el polvo.

Corto la llamada antes de que me pueda contestar y llamo a Rebekah. Me avisa de que en menos de cinco minutos estará en el portal. Como se nota que le gusta un buen cotilleo.

Nada más sentarse en el lado del copiloto, ya empieza a acribillarme a preguntas.

— ¿Qué ha pasado? Dime que ha pasado algo bueno con Enzo.

Sonrío, pero no digo nada.

— No puedo decir nada hasta que lleguemos a casa de Kyle. Os lo tengo que contar a las dos a la vez. Sois las celestinas en nuestra extraña relación.

Al ver que no contesta porque debe de haberse cansado de esperar una respuesta que no le daré, decido preguntarle a ella por su vida amorosa.

— ¿Y tú con Jake? ¿Os visteis después del beso?

— Me ha dicho que dejará a Mia. Pero ha pasado ya una semana y no sé nada de él. ¿Y si me estoy haciendo ilusiones de nuevo?

Freno de golpe ante el bombazo que acaba de soltar mi mejor amiga y por suerte no tenemos un accidente porque estamos en la calle en la que se encuentra la casa de Kyle.

— Ahora mismo me lo cuentas todo.

— ¿Delante de tu hermana?

— Venga, no pasa nada. Hay confianza.

Rebekah se limita a asentir. Aparco el coche y bajamos enseguida para pulsar al timbre.

Espero que a Riley le haya dado tiempo a rematar la faena y no les haya vuelto a fastidiar el polvo.

Kyle nos abre la puerta con una gran sonrisa en los labios y el pelo algo desordenado. Está claro lo que han estado haciendo hace pocos minutos.

— Hola, Kyle. Supongo que mi hermana ya te habrá puesto al corriente de la situación, ¿no?

— Sí, claro. Pasad. Yo ahora me tengo que ir, he quedado con mi madre para ir a comer.

— De acuerdo, muchas gracias, cuñado. — digo mientras le guiño un ojo a modo de broma.

Él se limita a chocar nuestras manos en un acto de cariño y a saludar a Rebekah con un gesto con la cabeza.

Entramos al fin y observo a Riley sentada en el salón bebiendo un zumo de naranja.

Nos sentamos en silencio en el sofá y mi hermana abre los ojos enseguida.

— Ya me lo estás contando todo. — dice mientras se coloca bien en el sofá para escuchar atentamente.

— Bueno, como sabéis, Enzo y yo llevábamos una semana sin hablar. Así que ese tiempo lo he aprovechado para pensar en lo nuestro.

— Dime que has quedado con él y te lo has tirado.

Mi queridísima hermana siendo siempre tan directa.

— No te adelantes a los acontecimientos, Riley. Aunque bueno, no creo que vayas muy desencaminada.

Rebekah entra en la conversación igual de atenta que mi hermana.

— Total, que he reflexionado bien sobre lo que quiero y he quedado con Enzo en el paseo de la playa. Hemos charlado un rato y hemos tomado la decisión de volver a intentarlo.

— ¡Toma ya! — gritan Riley y Rebekah al unísono.

Sonríó ante su alegría y continuó hablando.

— Pero eso no es todo... — trato de esconder mi sonrisa, pero Riley se percata enseguida de ella.

— Y te lo has follado.

— ¡Riley!

Como podréis comprobar, mi hermana no tiene filtro ninguno.

— Pero, ¿y dónde lo habéis hecho? Si mi piso es vuestro picadero. — pregunta Rebekah con el ceño fruncido.

— En mi coche.

Rebekah y Riley abren la boca las dos a la vez, sorprendidas ante mi declaración.

— ¿Has mancillado el coche que papá y mamá te regalaron? ¡Esa es mi hermanita!

Riley levanta la mano para que la choque, pero niego su propuesta.

— No pienso chocarte la mano por haber tenido sexo en mi coche.

Mi hermana mayor pone los ojos en blanco.

— Aunque bueno, no soy la única que tiene algo que decir aquí, ¿no? — pregunto al aire mientras le dirijo una mirada a Rebekah.

— ¡Es verdad! ¿Qué tal con el rubio buenorro?

— Riley, córtate un poco, anda.

— Tranquila, si no me importa. Si Jake está bueno, habrá que reconocerlo, ¿no? — Rebekah suspira y se dispone a explicárnoslo todo.

Nos cuenta que después de besarse, ella fue a verlo porque se había olvidado su jersey en su piso y quería devolvérselo. Allí, Jake le dijo que tenía pensado dejar a Mia y ella le dijo que no le importaría volver a intentarlo porque creía que lo suyo merecía la pena.

— Así que ha pasado una semana desde la última vez que nos vimos y no sé nada de él. ¿Creéis que la habrá dejado?

Riley y yo asentimos a la vez.

— Hacéis muy buena pareja. Seguro que habrá dejado ya a la petarda esa.

— Riley... — pongo a mi hermana en sobre aviso para que relaje un poco el tono.

— Ay, Audrey, no finjas que eres una persona recatada y fina. Las dos sabemos que esa tía es más venenosa que una víbora. Y Jake tenía que dejarla antes de que su veneno lo matara.

— Bueno, algo bueno tendría que tener para que llevaran saliendo tres años, ¿no? — entra de nuevo en la conversación mi mejor amiga.

— Puede que folle bien.

Rebekah y yo ponemos los ojos en blanco a la vez al oír el comentario de Riley.

— Riley, ¿no crees que estás un poco obsesionada con el sexo?

—Tonterías. — contesta mi hermana mayor dando por finalizada la conversación.

Nos acabamos despidiendo de Riley y acompaño a Rebekah hasta su piso.

Nada más aparcar, las dos nos quedamos paralizadas al ver a Jake esperando en el portal.

Ella me mira en silencio como un cervatillo en medio de la carretera al ver las luces de un coche.

— Madre mía. — susurra Rebekah antes de abrir la puerta del copiloto.

— Llámame en cuanto puedas. — la aviso mientras cierra la puerta y se dirige hasta donde se encuentra Jake.

Algo dentro de mí me dice que lo que sea que haya entre estos dos, todavía no ha acabado.

Y me gusta la idea de volver a ver a mi mejor amiga sonreír abiertamente y sin miedo como hacía antes. Pero me aterra la idea de volver a verla sufrir por él.

Espero que hablen bien las cosas y dejen que sus sentimientos decidan por ellos.

Suspiro al verlos entrar en el portal y voy directa a casa.

Tengo ganas de hablar con Enzo después de lo que ha pasado en el coche. Sigo pensando que vale la pena arriesgarlo todo, porque él me hace feliz.

Y aunque tenga que seguir escondiéndome con él para que nuestros padres no nos vean, me da igual.

Porque el simple hecho de estar con él, hace que crea que todo es posible, que quizá algún día podamos mostrar nuestros sentimientos delante de nuestros padres y los verán con buenos ojos.

Aunque para eso falte demasiado todavía.

Capítulo 18

REBEKAH

“CUANDO NO TE ESPERABA, COGISTE MI VIDA Y LE DISTE LA VUELTA”

Miedo. Pánico. Pavor. Esperanza. Nervios.

Esas son algunas de las emociones que me asaltan nada más ver a Jake en mi portal. Y se ven amplificadas después de estar una semana sin saber nada de él. Sin saber si la ha dejado.

Cuando salgo del coche de Audrey, solo puedo sentir un nudo en el estómago cada vez más grande conforme me acerco a él. Porque nunca sé qué esperar de él. Quizá viene un día y me dice que está enamorado de mí y al siguiente me dice que sigue queriendo estar con ella.

Así es Jake. Alguien imprevisible. Lleno de dudas. De miedos. De incertidumbre.

Puede parecer un desastre a ojos de cualquiera. Pero en él, solo veo un corazón roto que no ha sabido sanar bien. Que no ha sabido tomarse un tiempo para pensar lo que es mejor para él.

Un corazón que tiene miedo de volver a latir por otra persona por el miedo a volver a salir malherido.

Y soy plenamente consciente de eso, cuando lo conocí, estaba muchísimo más roto que ahora.

Quiero sanar ese corazón. Y me veo capaz de hacerlo. Capaz de hacerle saber a él y a su corazón que no hay motivos por los que temer.

Me acerco lentamente hacia él. Observo que tiene las manos escondidas en los bolsillos de su sudadera negra y que me mira nervioso.

Y como he dicho antes, no sé si eso significa algo bueno o algo malo.

Supongo que tendremos que hablar para saberlo.

— Hola, ¿qué haces aquí? — pregunto antes de colocarme bien el pelo, en un gesto claramente nervioso.

Él parece quedarse prendado de ese simple gesto y eso hace que me quede aún más confundida.

— Quiero hablar contigo. — contesta él, como si no fuera obvio.

Me limito a asentir y hacerle un gesto con la mano para que me acompañe al piso.

Entramos y nada más cerrar la puerta, una extraña tensión se cierne sobre nosotros.

Nos sentamos los dos en el sofá y nos miramos sin decir nada. Espero a que él hable, pero noto que le cuesta. Que probablemente él también siente un nudo en la garganta que no le permite hablar. El motivo, no lo sé todavía.

— He hablado con Mia.

Cruzo los brazos sobre mi pecho y asiento para que continúe hablando.

— La he dejado. No puedo seguir engañándome a mí mismo.

El corazón empieza a latirme desenfrenado. Esa frase que tanto he deseado escuchar, por fin ha salido de sus labios.

La emoción se abre paso por todo mi cuerpo y me castigo mentalmente por hacerme ilusiones tan pronto. Porque sí, la ha dejado, pero eso no quiere decir explícitamente que la haya dejado por mí.

Quizá la había dejado porque se ha dado cuenta de que Mia nunca volverá a ser la de antes.

— ¿Por qué la has dejado? — pregunto en un susurro.

Se acerca lentamente a mi lado y agarra mis manos para que pueda fijar mis ojos en los suyos y escuchar con claridad lo que tenga que decirme.

Un escalofrío me recorre el cuerpo entero al ver nuestras manos entrelazadas. Notar el tacto de sus manos y darme cuenta de que siempre será él.

Pese a que quiera engañarme, la realidad me avisa de que deje de pensar lo que no es. Porque negarlo es completamente imposible.

— La he dejado porque me he dado cuenta de que me estaba forzando a volver a tener lo que antes teníamos. Porque, en cierta manera, creía que debía cuidarla después del accidente de mi hermano. Pero lo único que me causaba eso, era dolor. Porque no me daba cuenta de que me estaba privando a mí mismo de estar con quien realmente quiero estar.

Acaricio suavemente sus manos y me acerco más a él.

— La persona con la que quiero estar es contigo, Rebekah. Y ahora sé que puedo decir sin miedo que estoy enamorado de ti. Porque cuando no te esperaba, cogiste mi vida y le

diste la vuelta.

— Jake...

— Rebekah, ahora soy yo el que te pido que nos demos una oportunidad. Porque sé que contigo merece la pena. Contigo merece la pena dar el salto.

Me he quedado sin palabras. Esperaba de todo menos esto.

— ¿Estás seguro de esto, Jake? No quiero que te arrepientas de nada que tenga que ver conmigo. No sé si lograré soportar que te marches de nuevo.

Él acuna su mano contra mi mejilla mientras me observa detenidamente con sus ojos de nuevo sobre los míos. De nuevo haciendo una promesa que espero con todas mis fuerzas que esta vez pueda cumplir.

— No me marcharé esta vez, Rebekah. Porque has conseguido que vuelva a creer en el amor. Porque estar locamente enamorado de ti, ha hecho que me dé cuenta de que no quiero compartir mi vida con otra persona que no seas tú.

Sin más espera, coloco las manos sobre sus mejillas y lo beso como he querido hacerlo durante toda la semana entera. Porque ahora sí que veo que la vida nos ofrece la oportunidad de estar juntos.

De que por fin podremos estar juntos sin importar lo que nos depare el futuro.

Nos acabamos acostando en el sofá mientras sigo besándolo. Mi boca abre paso a su lengua para darle más intensidad al beso y un pequeño gemido escapa de mis labios.

Porque lo deseo tanto que no creo que sea algo normal.

A horcadas encima de él, empiezo a desprenderme de la ropa que impide que nuestros cuerpos entren en contacto el uno con el otro.

Me deshago del sujetador y muerdo mi labio inferior al comprobar que Jake se dirige hacia mis pechos con una mirada hambrienta.

Coloca ambas manos sobre una de las partes más sensibles de mi cuerpo y echo la cabeza hacia atrás, retorciéndome de placer al sentir que su lengua recorre cada uno de mis pechos como si los hubiera estado deseando demasiado tiempo.

Nuestros cuerpos se separan un momento para poder quitarnos el resto de ropa y que no haya nada que nos dificulte el poder tenernos. El poder ofrecernos nuestros deseos más viscerales y delirantes.

Beso su cuello haciendo que suspire contra mi oído y consiguiendo que se me erice la piel.

Jake acaricia mi espalda mientras lo miro fijamente a los ojos. Esos ojos azules ardientes de placer. Ardientes por saber que es a mí a quien miran.

Su erección empieza a hacerse palpable y sonrío ante la satisfacción de saber que siente lo mismo que yo. Que siente que podríamos paralizar el mundo mientras estemos juntos.

Me levanto del sofá para ir a la mesita de noche para coger el preservativo y sentirnos del todo.

Jake tiene el pelo algo alborotado y sonrío ligeramente ante esa imagen. Vuelvo a sentarme encima de él y le ofrezco el preservativo para que se lo coloque.

En menos tiempo de lo esperado, se lo coloca y me sonrío, para que entienda que ya está preparado.

Su miembro acaricia mi zona más íntima y jadeo sin poder evitar sentir cómo el placer empieza a invadirme sin ni siquiera tenerlo del todo dentro de mí.

En un movimiento rápido, entra al fin e intento reprimir el grito de puro deseo que se aloja en mi garganta.

— No te reprimas, Rebekah. Quiero escuchar cómo te hago sentir. — susurra contra mi oído.

Mis manos acaban colocadas en su pecho, un pecho ardiente que hace que me excite más y empiece a moverme frenéticamente sobre el cuerpo de mi rubio favorito.

Muevo la pelvis con lentitud, haciendo que él agarre suavemente mi trasero. Provocando que las embestidas sean cada vez más veloces.

— ¡Dios mío! — grito con los ojos cerrados mientras hago los movimientos cada vez más lentos.

Y justo en el momento en el que vuelvo a abrir los ojos y me veo completamente atrapada entre los suyos, me doy cuenta de una realidad que me estaba acechando desde hacía demasiado tiempo. Desde mucho antes de que nos volviéramos a ver.

Lo quiero. Y es una verdad que me asusta demasiado. Porque eso, significa que, en mi vida, nunca ha habido ningún hombre al que le haya ofrecido ese sentimiento.

Él es el primero. Él es todas las primeras veces y quiero que sea también las últimas. Porque jamás me veré capaz de volver a estar entre otros brazos. Jamás me veré capaz de querer observar otros ojos mientras hago el amor.

Lo quiero. Y ese “te quiero” está a punto de salir disparado de mis labios, pero por un motivo que no logro comprender, se queda apresado en mi garganta. Sin poder salir.

Capítulo 19

JAKE

“MI SOBREDOSIS SIEMPRE SERÁN TUS PIERNAS”

Lo que siento ahora mismo es algo completamente indescriptible. Porque ahora no hay ninguna barrera que nos impida estar juntos como siempre hemos deseado.

Puede que me haya dado algo de pavor el haberle confesado a Rebekah que quiero volver a intentarlo, pero no puedo reprimir durante más tiempo mis sentimientos. Y quiero embarcarme con ella en el camino del amor.

Saber todo lo que este sentimiento nos puede hacer sentir y vivir.

Quiero sentirla al completo, besar cada parte de su piel y no olvidarme jamás de su tacto, del sabor de sus labios, de su olor. Quiero hacer todo esto en un espacio en el que pueda tomarla por completo.

Así que la levanto del sofá. Ella se agarra fuertemente a mis hombros mientras encoge sus piernas desnudas alrededor de mi cintura y continúa besándome como si el tiempo se fuera a detener.

Acabamos tendidos en su cama y por fin tengo la libertad de poder hacer todo lo que deseo.

Rebekah acaba estirada sobre el colchón y puedo besar su ombligo hasta alcanzar sus piernas.

Empiezo a besarlas con suavidad, dejando algún que otro beso húmedo haciendo que agarre las sábanas y muerda levemente su labio inferior.

— Mi sobredosis siempre serán tus piernas... — susurro contra su piel, mirándola a los ojos.

Me deshago del preservativo y decido darle todavía más placer. Quiero ofrecerle la seguridad de que me he lanzado al vacío, de que estoy seguro de lo que siento y de que nada me hará cambiar de opinión.

Parece que nuestras mentes conectan, porque Rebekah abre lentamente las piernas, mostrándome una vista perfecta a su intimidad.

Dejo sus piernas y beso con lentitud su parte más íntima. Esa parte que está tan húmeda que hace que mi erección no pare de crecer.

Para hacer el placer aún más intenso, mi lengua penetra su zona más íntima consiguiendo que grite de placer.

Rebekah agarra suavemente algunos mechones de mi cabello para hacer más intenso el momento.

Unos segundos después, me separo de ella para volver a sus labios.

Sonríe sobre mis labios, contagiándome de su alegría.

Y justo en ese momento, en el que veo sus ojos azules sobre el atardecer que se cierne sobre nosotros, soy consciente de que no quiero separarme de ella. De que, por una vez, quiero dejar de lado los miedos y dejarme llevar.

Dejarme llevar hasta donde ella o el destino quiera hacerlo.

Después de dos duras tandas de sexo, no podemos evitar que el sueño nos alcance y haga que ambos acabemos dormidos en brazos del otro.

Una hora después, me levanto al escuchar ruido en la cocina.

Me desperezco y me pongo los calzoncillos que se encuentran en el sofá.

Me acerco por detrás hasta rodear con mis brazos su cintura.

— ¿Qué haces? — susurro contra su oído haciendo que se estremezca.

— Preparar algo de comer. El sexo siempre me da hambre.

Beso su cuello y la ayudo a preparar algo de comida.

— He pensado una cosa. — dice mientras acaba de comerse un bol de frutas.

Asiento, instándola a que continúe.

— Quiero hacer las cosas bien. Así que, ¿qué te parece si tenemos una primera cita?

— ¿Eso quieres?

— Sí. Así hacemos lo nuestro algo oficial, ¿no crees?

— ¿Qué te parece mañana?

— Mañana acabo a las tres en la universidad. Pero tengo la tarde libre en la tienda.

— Pues mañana espérame a las tres en la salida de la universidad. Tengo varias sorpresas pensadas.

— ¿Ah sí?

Asiento y acabo despidiéndome de ella porque no quiero que se me escape nada de la sorpresa. Quiero que todo sea perfecto.

Llego a casa y decido que me apetece darme una buena ducha, pero mis padres provocan que mis pasos hasta la ducha se detengan.

Hablan entre susurros, como si no quisieran que nadie se enterara de lo que están hablando.

Carraspeo para que se den cuenta de mi presencia y decido preguntar. Lo que no sabía, era que después de preguntar, todo volvería a cambiar.

— ¿Qué pasa? — pregunto mientras me siento al lado de mi madre.

— Tenemos que hablar, cariño. — responde mi madre acariciando mi mejilla.

— ¿Sobre qué? — vuelvo a preguntar sin entender nada.

— Sobre Mia. — contesta mi padre, con un tono totalmente serio.

Capítulo 20

ENZO

“SERÁS EL AMOR DE MI VIDA, AUNQUE MAÑANA YA NO ESTÉS”

“Te espero en esta dirección dentro de media hora” — Enzo

Espero que Audrey pueda venir porque, de no ser así, se fastidiará la sorpresa.

Llevo varias semanas pensando en qué pasará cuando Audrey decida que quiere darle una segunda oportunidad a lo nuestro. No quiero seguir aprovechándome de la bondad de Rebekah y está claro que en nuestras casas no podemos vernos con naturalidad.

Así que, sin pensarlo dos veces, cojo algo de dinero de los ahorros que tengo guardados después de haber trabajado unos meses en el hotel de los padres de Jake y decido alquilar un pequeño estudio para nosotros dos.

Merecemos tener un sitio al que acudir siempre que queramos vernos.

Obviamente, busco antes la localización, para saber que no hay ninguna posibilidad de que alguno de nuestros padres pueda pasar por la zona y acaben descubriéndonos.

Preparo algunos detalles para acabar de finalizar la sorpresa y bajo las escaleras del edificio a trompicones, como un niño pequeño ilusionado.

Ya ha pasado media hora y deseo con todas mis fuerzas que pueda venir. Tengo ganas de ver su reacción y ver sus ojos brillar de alegría. Como me brillan a mí cada vez que la miro.

Veo aparecer su coche y los nervios empiezan a invadirme.

Sale apresurada de su coche y enseguida corre a mis brazos.

Noto su risa contra mi cuello y no puedo evitar que me la contagie.

Después de unos minutos abrazados, nos miramos a los ojos y por fin puedo hablar.

— ¿Y esta alegría?

— Hace más de dos días que no nos vemos.

— Y han sido eternos, lo sé. — contesto mientras no paro de observar su rostro como un tonto enamorado.

— ¿Por qué me has citado aquí? — pregunta mientras alza la mirada hacia el enorme bloque de pisos.

— Ponte esto. — digo al tiempo que le ofrezco un pañuelo de color negro para que tape sus bonitos ojos verdes.

Ella vuelve a sonreír y acto seguido muerde su labio inferior, en un acto claramente nervioso.

Se coloca el pañuelo sobre los ojos y me ofrece su mano para que la guíe.

Entre múltiples tropezones de Audrey y unas cuantas sonrisas mías al ver lo torpe que es, acabamos llegando al estudio.

Saco la llave del bolsillo trasero de mis pantalones vaqueros.

Abro la puerta y le indico a Audrey que se quite la venda.

Le cuesta un poco habituarse a la luz, pero al fin, puede fijar sus ojos sobre nuestro estudio.

La agarro de la cintura para instarla a que entre dentro y veo cómo frunce el ceño.

— ¿Y esto?

— La cama de Rebekah es muy cómoda, ¿pero no crees que ya va siendo hora de que tengamos nuestro lugar?

— Quieres decir que...

— He alquilado este estudio para nosotros, Audrey. Para poder tener un lugar en el que escondernos sin miedo a que nadie nos vea.

— Pero esto te habrá costado un dineral, Enzo. Paguémoslo a medias al menos.

Me acerco lentamente por detrás hasta susurrar en su oído:

— ¿Qué te parece si dejamos el dinero de lado y estrenamos la cama?

Audrey gira sobre sus talones y posa sus labios sobre los míos.

Cuelga sus manos sobre mi cuello y se impulsa hasta rodearme con sus piernas la cintura.

Ni siquiera sé cómo podemos acabar en la cama sin caernos en el intento.

La coloco sobre el colchón y empiezo a repartir besos por toda su clavícula, haciéndola suspirar.

Audrey se quita todas y cada una de las prendas que ocultan su maravilloso cuerpo y yo hago lo mismo con las mías.

Y en menos de lo que tenemos pensado, estamos ambos desnudos, nuestras pieles rozándose sin barreras.

Audrey empieza a arañar mi espalda mientras yo beso cada centímetro de su abdomen.

Acaricio suavemente su zona más íntima al tiempo que ella se retuerce entre las sábanas. Está ya húmeda, perfecta para que mis dedos la hagan tocar el cielo.

Vuelvo de nuevo a sus labios y mientras la beso, introduzco lentamente mis dedos, sonriendo sobre su boca.

— Enzo... — susurra casi sin poder hablar con normalidad.

Alejo mis dedos de su centro y cojo un preservativo para que ambos acabemos estallando de placer.

Audrey me mira con las mejillas encendidas y no puedo evitar sonreír levemente al saber lo que le provoca estar conmigo.

Me coloco el preservativo y entro lentamente en ella mientras la miro a los ojos.

Empiezo con embestidas lentas, luego, van aumentando gradualmente, haciendo que Audrey gima mi nombre en la intimidad del que ahora es nuestro lugar. Solo nuestro. En el que nadie nos puede prohibir ser felices.

— Te quiero, Audrey... — susurro contra su oído mientras ambos llegamos a un orgasmo excitante y explosivo.

Ella no contesta, pero no me importa. Sé que los dos sentimos lo mismo. Lo único que importa es que los dos estemos cómodos y seguros de nuestros sentimientos. Su “te quiero” llegará cuando ella quiera.

Después de recuperar el aliento, nos quedamos abrazados, acompasando nuestras respiraciones hasta que podemos hablar con normalidad.

— Enzo...

— Dime...

— Quiero que sepas que si esto no sale bien, que si nuestros padres nos acaban descubriendo...

— No digas eso, Audrey. No nos descubrirán.

— Sé que probablemente no lo harán, pero si se da el caso, quiero que sepas que serás el amor de mi vida, aunque mañana ya no estés.

— Tú también eres y serás el amor de mi vida, Audrey. No lo dudes nunca. — digo antes de sellar nuestros labios para acabar de dejar claros nuestros sentimientos.

Nos acabamos despidiendo porque sus padres la esperan para cenar y tiene que convencerlos para que acepten el compromiso de Riley y Kyle y quieran acudir a la boda.

Me despido de ella con un largo beso y nada más cerrar la puerta del piso, me llega un correo al teléfono móvil:

La familia Peterson se enorgullece de invitarle a la entrega de los premios Fiju, en el que se nos otorgará un premio por el esfuerzo realizado en la remodelación del hotel familiar. Esperamos que pueda acudir al enlace.

Frunzo el ceño sin comprender nada y enseguida recibo un mensaje de Jake:

"Tío, la he liado muy gorda. Necesito hablar contigo." - Jake

Capítulo 21

AUDREY

“DEJA QUE ME CREA QUE HOY ES DIFERENTE”

El plan al salir del estudio que ahora sé que es nuestro, es convencer a mis padres de que inviten a Riley y Kyle para cenar y que ellos puedan contarles que se van a casar.

Pero nada más subirme al coche, recibo un correo en el que me invitan a una entrega de premios en el hotel de los padres de Jake.

Antes de arrancar el coche, llamo a Rebekah y lo coge al instante.

— ¿Audrey? ¿Has recibido un correo de los padres de Jake?

— Sí, me han invitado a una entrega de premios. ¿Tú también lo has recibido?

— Sí. Es esta misma noche. ¿Quedamos en mi casa y escogemos qué ponernos?

— Vale, ahora voy para allá.

Me extraña muchísimo que sea algo tan repentino y que no hayan avisado con más tiempo de antelación.

Llego al piso de Rebekah y me sorprende verla con una gran sonrisa en su rostro.

— ¿Estás bien?

— Estoy mejor que bien. Jake y yo hemos decidido empezar de cero. La ha dejado, Audrey.

Empezamos a reír las dos y no puedo evitar darle un abrazo, ilusionada.

— Ahora sí que presiento que todo va a salir bien, que por fin podremos ser una pareja normal.

— Me alegro mucho por los dos, Rebekah.

Dejamos de hablar y nos disponemos a buscar el vestido que nos vamos a poner.

Mientras ella se coloca un vestido de color rosa pastel y yo me intento subir la cremallera del vestido granate que he escogido de su armario, le comento a Rebekah la sorpresa que me ha

hecho Enzo.

— Madre mía, lo próximo, boda. — dice al tiempo que me ayuda a subirme la cremallera.

Todavía queda media hora para la entrega de premios, pero dado que seguramente daremos unas ochocientas vueltas hasta llegar al sitio, decidimos salir con tiempo para no llegar tarde.

Rebekah agarra unas bambas de su zapatero, ya que no conducirá con tacones y se las pone rápidamente en el coche antes de arrancarlo y guiarnos por el GPS.

— Habíamos quedado mañana cuando saliera de la universidad para ir a nuestra primera cita. — dice Rebekah mientras busca aparcamiento.

— Parece que, por una vez, nos va bien a las dos, ¿no? — digo mientras bajo del coche.

Ella se limita a asentir, feliz.

Entramos en el hotel y no puedo evitar buscar con mi mirada a Enzo. Obviamente no podremos besarnos en público como ambos ansiamos porque, aunque no estén mis padres, sí están los suyos, ya que son íntimos amigos de los Peterson.

Rebekah y yo tomamos asiento en una mesa en la que están dispuestos nuestros nombres y esperamos ansiosas a ver a nuestros chicos.

Observo a Enzo desde la distancia y me levanto enseguida del asiento al tiempo que veo cómo me hace una señal para que lo siga al baño.

Dejo a Rebekah sola, intentando buscar a Jake y me encamino hasta el baño.

Abro la puerta y al ver que no hay nadie dentro, estoy a punto de marcharme. Pero, cuando estoy a punto de hacerlo, siento cómo una mano que conozco a la perfección me coge desprevenida y me lanza al interior del baño.

Sonrío al ver a Enzo y empezamos a besarnos como si hace unas horas no hubiéramos estado haciendo el amor.

Nuestros pasos nos llevan hasta un cubículo del baño en el que nos encerramos.

Enzo besa mi cuello y no puedo evitar morder mi labio inferior al sentir sus labios sobre una de las zonas más sensibles de mi cuello.

— Enzo, nos puede pillar alguien... — susurro intentando controlar la respiración.

— Deja que me crea que hoy es diferente, Audrey. Deja que piense que puedo besarte por unos segundos sin miedo a que nos descubran.

Y me hubiera encantado estar ahí dentro durante horas con Enzo si no fuera porque escuchamos

cómo alguien avisa por megafonía que es la hora de entregar el premio. Intento retocar mi maquillaje y el peinado antes de salir.

Primero lo hago yo y luego él. Para que la gente no llegue a la conclusión de que hemos estado juntos hace unos minutos.

Me siento de nuevo al lado de Rebekah y frunzo el ceño al ver su rostro completamente pálido. Como si hubiera visto algo que no le ha gustado.

Preocupada, toco su mano hasta que fija sus ojos azules sobre los míos.

—Rebekah, ¿estás bien?

Me hace un gesto con la cabeza para que dirija mi mirada hacia donde ella lo hace y entonces comprendo el estado en el que se encuentra mi mejor amiga.

Mia está allí. En la mesa, acompañada de los Peterson y de Jake. Además de los padres de ella.

No estoy entendiendo nada. ¿No la ha dejado?

Dejo de lado mis preguntas porque todo el mundo empieza a aplaudir al ver cómo el padre de Jake recoge el premio.

El señor Peterson empieza su discurso hasta que llega a la parte cumbre de éste.

—Y ahora, antes de continuar con esta maravillosa velada, me gustaría avisarles de que mi hijo va a dar una noticia increíble para dar el broche de oro a esta mágica noche.

Rebekah y yo nos miramos sin comprender nada y veo cómo se tensa al ver a Mia y Jake subir juntos al escenario.

Jake está completamente serio, sin ganas de mirar a nadie. Como si lo hubieran obligado a estar allí en contra de su voluntad.

Todo lo contrario a Mia, que se encuentra exultante de alegría. Como si esta fuera su gran noche.

Jake toca el micrófono para poder calmar sus nervios. Mira durante unos instantes a mi mejor amiga y el vacío de su mirada me congela entera. Algo no va bien. Y yo sigo sin entender nada.

Mia, al ver que Jake no es capaz de pronunciar palabra, decide ser la que da la noticia. Esa noticia que hará que mi mejor amiga acabe de romperse del todo.

Con una gran sonrisa en el rostro, grita para que todos los invitados nos enteremos a la perfección:

— ¡Nos vamos a casar! — dice alegre mientras enseña a todos desde el escenario un anillo que puede ser capaz de deslumbrar a todo el que esté presente en el hotel.

Giro mi rostro para ver a Rebekah, pero lo hago tarde, porque ella ya no se encuentra aquí, ha salido corriendo hacia el exterior.

Y Jake lo ha hecho detrás de ella.

Lo que probablemente ambas no sabíamos era que después de esta noche, después de escuchar la noticia salir de los labios de Mia, nada volvería a ser igual.

Capítulo 22

REBEKAH

“DEJA DE JUGAR CONMIGO ASÍ”

Traición y tristeza. Son los dos sentimientos que ahora mismo me recorren el cuerpo entero.

Aún puedo escuchar la voz aguda de Mia diciendo que...

No soy capaz ni de volver a repetir la frase en mi cabeza.

Está claro que lo nuestro no vale la pena. Si de verdad la valiera, no sería tan complicado, ¿no?

Después de escuchar la gran sorpresa de la noche, no puedo evitar salir de allí, porque mientras todos aplauden orgullosos por la noticia, yo siento que me ahogo ahí dentro.

Y salgo afuera, pese a saber que él me seguirá.

Intento apartar las lágrimas que empiezan a recorrer mi rostro, pero en cuanto las aparto, salen más, sin parar.

“Estoy enamorado de ti, Rebekah.” “Contigo merece la pena dar el salto”.

Mentiras y más mentiras.

— Rebekah! ¡Espera!

Escucho su voz a mi espalda, esa voz que tantas promesas fallidas ha hecho.

Agotada de caminar con los tacones, me siento en los escalones del exterior del hotel y me los quito. Lanzándolos furiosa a unos metros de mí.

Las lágrimas no ceden y siento que me cuesta respirar.

Veo que se acerca lentamente y no puedo evitar levantarme y estampar mi mano contra su mejilla.

Estoy muy furiosa, me siento utilizada una vez más.

— Eres un hijo de puta. — digo en apenas un susurro.

—Deja que...

— ¿Que deje que te expliques? ¿Sabes? Creo que ya he escuchado suficiente. No tendría que haber vuelto a confiar en ti.

Pasa las manos por su pelo intentando controlar sus emociones.

— Lo que siento por ti no ha cambiado, Rebekah. Los dos sentimos lo mismo.

Sonríó levemente antes de contestar.

— Ahí te equivocas. Porque yo te quiero, Jake.

Él fija sus ojos azules sobre los míos en un gesto claramente sorprendido.

— ¿Me quieres?

— ¡Claro que sí! ¿Y sabes por qué sé que te quiero? Porque cuando te conocí, rompiste todos mis esquemas. Todo lo que creía saber sobre el amor. Nunca me había pasado algo así con nadie.

— Rebekah...

— No, déjame seguir. Porque después de esta noche no quiero volver a verte la cara.

Veo cómo sus ojos empiezan a humedecerse.

— En verdad lo supe desde que te vi por primera vez, no sabía por qué se me aceleró el corazón nada más verte. Pero luego, fueron pasando los meses y me di cuenta. Y un corazón no late así de desenfrenado por cualquiera.

— ¿Por qué me dices todo esto ahora?

— Porque quizás te das cuenta de una vez por todas de que estar con Mia no es lo que mereces. Sé que lleváis varios años de relación y que es imposible que pueda competir con eso. Pero, Jake, mereces a alguien que te observe y te cuide como si fueras único. Y sé que esa persona soy yo.

Intento coger aire después de mi discurso, pero es imposible que mis pulmones se llenen del todo.

— Rebekah, todo tiene una explicación. Déjame que te lo explique todo, no dejes que esto que ha ocurrido nos separe de nuevo.

— Deja de jugar conmigo así, Jake. Por favor te lo pido. Deja que vuelva a mi vida antes

de conocerte. Ya ni siquiera me reconozco, ¿sabes?

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Que siempre he insistido en que debes quererte por encima de todo. Pero con todo esto, con todo lo que he vivido contigo, me he dado cuenta de que no me quiero una mierda. Porque si de verdad me quisiera, no habría vuelto a caer contigo. No habría vuelto a permitir que me volvieras a destruir.

Camino unos pasos para coger los tacones y noto cómo me coge del codo con suavidad.

— No quiero volver a perderte, Rebekah. Nada de lo que has visto allí dentro era real.

— Me has perdido en el mismo instante en el que has aceptado casarte con ella. Deja de intentarlo, por favor. Que seáis muy felices. O todo lo felices que podréis ser hasta que su veneno acabe matándote.

Y así, sin más, me acabo despidiendo de él. Del primer hombre del que me he enamorado. Del primer hombre capaz de haberme destruido más de una vez.

Pero no volveré a caer, no cuando eso quiere decir que tendré que ponerlo por delante de mí.

Porque hay que aprender a quererse para evitar que cualquiera pueda destruirte. Porque aquí, la única que tiene la culpa soy yo. Porque si me hubiera querido, no habría permitido que me volviera a utilizar.

Qué ilusa he sido al pensar que todo había acabado al fin y que podríamos querernos sin preocuparnos por el pasado.

Era todo demasiado bonito como para ser real.

Capítulo 23

JAKE

“ME JURASTE QUE ESTA VEZ LA DEJARÍAS”

No puedo dejar que se escape de nuevo. Necesito explicarle que nada es lo que parece. Y si no la convengo, no me lo perdonaré jamás. No desistiré hasta que haya agotado todas mis opciones.

La sigo por las escaleras, pero una mano sobre mi hombro me frena. Es Enzo.

— Jake, déjalo estar.

Mis ojos no paran de humedecerse ante la impotencia que me da no poder gritar lo que estoy sintiendo dentro.

— ¿Cómo lo voy a dejar estar, Enzo? Tú mejor que nadie sabe que no puedo dejarla escapar.

Las puertas vuelven a abrirse y nos muestran a Audrey saliendo del hotel.

Me lanza una mirada completamente gélida, y la comprendo, porque acabo de romperle el corazón de nuevo a su mejor amiga. Pero todo tiene una explicación.

— ¿De verdad, Jake? Pensaba que esta vez tenías las cosas claras. — dice enfadada, cruzando los brazos sobre el pecho.

— Todo tiene una explicación, Audrey. Rebekah lo comprenderá todo cuando Jake se lo explique. — me defiende Enzo.

— ¿En serio? — pregunta Audrey ofreciéndome la oportunidad de explicarme.

— Estoy enamorado de Rebekah, Audrey. Por eso mismo no puedo dejar que se vaya sin que se lo explique todo.

Ella se limita a asentir y nos indica que nos subamos al coche para dirigirnos al piso de Rebekah.

Una vez dentro, no puedo dejar de mover mis piernas, nervioso. Seguramente no querrá escucharme, pero esta noche no podré irme a dormir hasta que no le deje las cosas claras.

Audrey aparca enfrente del piso y les pido que me esperen en el coche. Aunque no sé cuánto tardaré en bajar del piso.

Aprovechando que una vecina sale del portal, entro y subo las escaleras velozmente hasta estar

delante de la puerta de Rebekah.

Pulso al timbre más de tres veces, pero no se escucha nada dentro.

— Rebekah, sé que estás detrás de la puerta. No te pido que me dejes pasar. Comprendo perfectamente que no quieras mirarme a la cara, pero deja que al menos te explique todo.

Escucho cómo se sienta en el suelo y una parte de mí, se calma al ver que al menos, quiere escuchar lo que tengo que decirle. Que aún hay una oportunidad para lo nuestro.

— Me juraste que esta vez la dejarías, Jake.

Recuesto la cabeza contra la puerta de madera y empiezo a hablar.

— Cuando te dije que iba a dejarla, lo hice. Me presenté en su casa y le dejé claro que ya no quería estar con ella. Esperé una semana para que no pensaras que eras su sustituta. Nunca te he visto de esa manera, Rebekah. Quiero que lo tengas claro.

No dice nada, así que continúo hablando:

— Una semana después fui a tu casa y te dije que estaba enamorado de ti. Y lo estoy de verdad. Lo sé porque dudo que en algún momento vaya a dejar de estarlo.

— Continúa. — dice a través de la puerta.

— Cuando me fui de tu piso, llegué a casa y vi a mis padres hablando en voz baja. Como si no quisieran que nadie escuchara lo que estaban hablando.

Escucho un suspiro al otro lado y sigo contando la verdad.

— Desde que el hotel se incendió, intentamos por todos los medios encontrar el dinero suficiente para poder reconstruirlo. Enzo, incluso quiso poner algo de dinero para ayudarnos, pero mis padres y yo nos interpusimos. Así que mis padres decidieron pedirles algo de dinero a los Adams.

— Y ellos pusieron una condición para concederlos el dinero, ¿no?

Sonrío levemente ante la intuición de Rebekah.

— Nos concedieron el dinero a cambio de que me casara con Mia. No sabía nada de esto hasta hace dos días. No sabes lo difícil que ha sido para mí tener que aceptar la propuesta. Pero si no la aceptaba, mis padres acabarían endeudados hasta las cejas.

— ¿Entonces no le has pedido la mano?

— Ni siquiera se lo he propuesto, Rebekah. Ella misma ha ido a una joyería y se ha

comprado el anillo. Sé que quizá sea algo complicado de asimilar, pero quiero que sepas que nada ha cambiado en mi interior. Que sigo enamorado de ti, pese a que tenga que casarme obligatoriamente con Mia.

— ¿Te vas a casar?

— No tengo otra opción. Pero ni se te ocurra pensar que mis sentimientos por Mia volverán, porque te conozco, Rebekah. Ahora mismo tengo muy claro lo que quiero. Y te quiero a ti.

— Esto es demasiado complicado, Jake.

Rozo con la mano la puerta para sentirla algo más cerca.

— Lo sé. Solo quería que supieras la verdad. La decisión de si quieres continuar con esto solo la tienes tú. Esperaré tu respuesta, Rebekah.

No abre la puerta, pero siento que me he quitado un peso de encima al explicárselo todo. Entiendo que la situación es complicada, pero no puedo hacer nada por cambiarla.

Salgo del piso y compruebo que Enzo y Audrey todavía están esperando, besándose pero, al fin y al cabo, esperando.

Me disgusta un poco el hecho de tener que interrumpirlos, pero necesito llegar a casa antes de que mis padres se preocupen.

Pico suavemente la ventana del conductor y Enzo se separa rápidamente de los labios de Audrey. Casi como si quemaran.

Me subo al coche y enseguida empiezan las preguntas.

Los calmo diciéndoles que ya le he dejado las cosas claras a Rebekah y que espero que decida continuar conmigo, pese a las circunstancias en las que nos encontramos.

En cuanto me dejan en casa, recibo una llamada.

Pongo los ojos en blanco al comprobar que es Mia.

— ¿Qué quieres? — pregunto, cansado.

— ¿Cómo que qué quiero? Hemos anunciado que nos casamos y tú lo primero que haces es desaparecer. ¿Sabes la vergüenza que he pasado?

— Mia, permíteme que te deje las cosas claras. Me caso contigo por obligación. Discúlpame si no puedo aguantar contigo más de media hora seguida, pero es algo que no puedo evitar.

— Mira que eres estúpido.

— Supongo que se me habrá pegado de ti. Casi cuatro años de relación dan para mucho, ¿no? Puede que el refrán tenga razón y los que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición.

No dejo que continúe hablando así que cuelgo. El solo hecho de pensar que tengo que casarme con ella, me pone la piel de gallina, y no precisamente en el buen sentido.

Pero lo hago todo por mis padres. Y espero de todo corazón que Rebekah piense bien lo que quiere hacer y me escoja una vez más. Aunque parezca que todo está en nuestra contra.

Capítulo 24

ENZO

“TENDRÁS QUE QUERERME HASTA CON MIS CAGADAS”

Jake nos tranquiliza diciéndonos que ha hablado las cosas con Rebekah. Y espero de verdad que ella decida darle una nueva oportunidad a mi mejor amigo, aunque no sea sencillo.

Audrey aparca su coche a unos metros de nuestras casas para que no vea nadie que hemos vuelto juntos del hotel.

Nos besamos durante varios segundos, sin querer que acaben, pero tenemos que apartarnos el uno del otro porque si no la situación se nos puede ir de las manos.

Voy caminando hasta casa y nada más abrir la puerta, me sorprende al ver a mis padres sentados en el sofá, con la lámpara del comedor abierta, completamente en silencio.

Extrañado, me acerco a ellos hasta que les pregunto:

— ¿Pasa algo?

— Enzo, siéntate, tenemos que hablar. — dice mi madre mientras me ofrece un asiento a su lado.

Observo en silencio a mi padre, pasa unos segundos sin decir nada, pero al fin habla.

— ¿Crees que somos estúpidos, Enzo?

Frunzo el ceño ante su pregunta.

— No. ¿Por qué lo preguntas?

— Te hemos visto saliendo del hotel de los Peterson con Audrey Marshall. ¿Acaso no te hemos dejado claro lo que pensamos de esa familia?

Pongo los ojos en blanco ante la pregunta envenenada de mi padre.

— ¿Se puede saber qué os pasa con los Marshall? Desde que tengo uso de razón no habéis parado de meterme en la cabeza que no debo acercarme a ellos. ¿Por qué?

— No son buena gente, Enzo. Cuanto más alejado estés de esa familia, mejor.

Echo la cabeza hacia atrás, cansado de las explicaciones de mi padre.

— Pues mira qué casualidad que ellos dicen lo mismo de nosotros.

— ¿Y cómo sabes eso?

Y al fin, exploto. Porque no aguanto más, porque necesito saber cuál es su reacción a la bomba que estoy dispuesto a contarles.

— Porque estoy saliendo con Audrey Marshall.

Mi madre, reprime un grito ahogado y mi padre se levanta velozmente de su sillón.

— ¿Qué quieres decir con eso, Enzo?

— Lo que has escuchado, papá. Y no pienso dejarla.

— Enzo, cariño. Debes alejarte de esa familia. — mi madre intenta calmar el ambiente.

— Estoy harto de que digáis eso de los Marshall. ¿Algún día me contaréis qué narices os pasa con ellos?

Ante el silencio de mis padres, doy por finalizada la conversación, porque está claro que nunca me lo van a contar.

Al salir del salón, escucho cómo mi padre llama a alguien.

— Miranda, soy Richard. Enzo nos acaba de contar que está saliendo con Audrey. ¿Acaso no le has dejado claro a tu hija que no quiero que se acerque a mi hijo?

No consigo escuchar la respuesta de la madre de Audrey, así que continúo mi camino hacia las escaleras e intento conciliar el sueño.

Pero antes de conseguirlo, le envío un mensaje a Audrey.

"¿Quedamos mañana en el estudio por la mañana? Creo que la he cagado." — Enzo.

Mi mente no para de dar vueltas a lo que me han dicho mis padres. ¿Por qué tienen desde siempre tan mala relación con los Marshall?

Desde que era pequeño, nunca había visto ninguna pelea entre ellos. Así que eso solo da lugar a pensar que quizás, el motivo por el que están enfrentados, surgió mucho antes de que Audrey y yo nacióéramos.

Pero me prometo a mí mismo que no pararé hasta descubrir cuál es la razón que mantiene enfrentados a mis padres y a los de Audrey.

La luz del sol me despierta y enseguida me levanto sin ni siquiera desayunar para ir al estudio lo antes posible. Porque no me extrañaría que los padres de Audrey ya hubieran hablado con ella después de que mi padre llamara a su madre.

Espero sentado en un banco a que aparezca Audrey y lo hace en menos de cinco minutos. Aparca el coche y sale de él casi desesperada.

Cuando se acerca a mí, me doy cuenta de que tiene las mejillas húmedas, como si hace poco hubiera estado llorando.

Se lanza a mis brazos y solloza sobre mis hombros. Y me siento un auténtico imbécil por haber provocado esta situación.

— Joder, Audrey. Lo siento. Pero no podía aguantar más.

Audrey se separa de mí e intenta apartar las lágrimas que recorren su rostro.

— No es eso, Enzo. Es solo que me siento atrapada de nuevo. Como si tuviera que escoger. Y no quiero hacerlo.

Beso su frente para intentar reconfortarla.

— Lo solucionaremos, Audrey. Averiguaremos por qué nuestros padres no se soportan. No quiero que nos sigamos escondiendo como si estuviéramos haciendo algo malo.

Ella asiente y sonríe levemente.

— Podrías haber sido algo más sutil, ¿no? A mi madre por poco se le salen los ojos de las órbitas cuando tu padre la llamó anoche.

— Supongo que tendrás que quererme hasta con mis cagadas.

Sonreímos ambos y nos volvemos a abrazar.

Me hubiera gustado desayunar con ella y pasar la mañana en el estudio, pero una llamada nos interrumpe.

— Es Rebekah. — contesta Audrey a la vez que ignora la llamada.

— Cógelo, tranquila. Jake no tardará en llamarme también.

Nos acabamos despidiendo y alzo mi mirada al cielo, intentando coger fuerzas para continuar. Intentando coger fuerzas para lograr comprender de una manera u otra cuál es el muro invisible que me separa de poder tener una relación normal con Audrey.

Capítulo 25

AUDREY

“ME DUELE AMARTE ASÍ”

Le he dejado algo de tiempo a Rebekah para que asimile todo lo que ha pasado con Jake. Y me muero de ganas de saber qué le ha dicho y, sobre todo, qué quiere hacer ella.

Aparco el coche en el mismo lugar de siempre y me encamino hasta el portal. Pico al timbre y enseguida me abre.

La puerta está ya abierta, así que no tengo que hacer otra cosa que pasar dentro sin avisar.

Rebekah está tumbada en el sofá mirando a la mesa, donde se encuentra su teléfono móvil.

Ni siquiera se da cuenta de que entro hasta que no me siento al lado de ella y tiene que levantar las piernas para dejarme espacio.

Deja de mirar el móvil y dirige sus ojos azules a los míos. No hace falta ser su mejor amiga para saber que tiene la cabeza hecha un lío.

— ¿Te ha dejado las cosas claras? — pregunto mientras acaricio su pierna.

— Sé el motivo por el que se casa con Mia. Y sé que está enamorado de mí y yo lo estoy de él. Pero sigo sin saber qué hacer.

— Pero solo estarán casados sobre el papel, ¿no? — intento animarla.

— Ya. Pero, aunque sea consciente de que no siente nada por ella, no puedo parar de pensar en qué pasará en el caso de que acepte estar con él. No creo que pueda dormir con él o besarlo y no pensar en que está casado con otra persona.

— Es una situación complicada, entiendo que estés liada.

Rebekah suspira y se levanta del sofá para dirigirse a la cocina. En cuanto se coloca de pie, pierde un poco el equilibrio, así que me levanto rápidamente para evitar que se caiga.

— ¿Te encuentras bien?

— Sí. Desde que me he levantado esta mañana que estoy algo mareada. Será porque no he comido nada hasta ahora. ¿Me puedes preparar algo?

— Claro.

Voy a la cocina para prepararle un desayuno en condiciones, pero antes, cojo el móvil para contestar a una llamada.

— ¿Riley? ¿Por qué me llamas tan temprano?

— ¿Quieres venir a mi boda? Bueno, vaya pregunta. Si estás obligada.

Frunzo el ceño sin comprender nada.

— ¿Qué boda Riley? ¿Estás segura de que estás despierta?

Ella suspira, probablemente agotada de escuchar cómo me quejo.

— ¿Pues que boda va a ser? ¡La mía! Bueno y la de Kyle. Escúchame, las dos sabemos que ni de coña voy a convencer a papá y a mamá para que vengán a la boda. Es perder el tiempo. Así que Kyle y yo hemos decidido casarnos ya, con pocos invitados. Una ceremonia íntima.

— ¿Te vas a casar sin nuestros padres?

— No pienso permitir que estén en mi boda con caras largas. Bueno, ¿qué? ¿Te envío la dirección del sitio?

— ¿La boda es hoy?

— ¡Claro! A la hora de comer. Puede venir Rebekah también si quiere. ¡Te espero allí, hermanita!

— Pero Ri...

No me da tiempo a continuar la llamada porque ya ha colgado. Intento asimilar todo lo que acaba de pasar. Mi hermana se va a casar sin decírselo a nuestros padres y hoy mismo es la boda. A estas alturas, no sé cuál de las dos está más loca.

Acabo de preparar el desayuno de Rebekah y se lo llevo a la mesa para que coma cuanto antes.

— ¿Era tu hermana la que había llamado?

Asiento mientras me tomo un café que me he preparado.

— Me ha dicho que se casa hoy, sin decirle nada a nuestros padres. Ha dicho que puedes venir si quieres.

— Tu hermana cada día me sorprende más. — comenta mientras sonrío levemente.

- Se casa al mediodía. ¿Te apetece venir?
- Las bodas últimamente no me hacen mucha gracia, pero seguro que la boda de Riley será preciosa. Y no me irá mal despejarme un rato. De todas maneras, Jake se casa mañana. Necesito quitarme esa idea de la cabeza como sea.
- ¿Pero tienes vestidos para una boda?
- Cariño, en ese armario hay vestidos hasta para ir a ver a Sam Claflin.

Sonríó ante su comentario y en cuanto acabamos nuestros desayunos, empezamos la misión de encontrar el vestido perfecto para la boda de mi hermana mayor.

Una hora y media después y con los vestidos ya escogidos, empezamos a peinarnos.

Rebekah se ha decidido por un vestido de color azul celeste y yo por uno púrpura.

Esperamos a que Riley nos envíe la dirección del lugar en el que se realizará la boda y en cuanto la tenemos, metemos la dirección en el GPS, esperando no llegar tarde, porque con nosotras, nunca se sabe.

Por suerte, llegamos a tiempo y mi hermana mayor no tendrá que matarme por llegar tarde a su boda.

La verdad es que el sitio es precioso, es un embarcadero decorado específicamente para el momento, con lo justo y necesario.

Reconozco a algunos amigos de Riley y voy con Rebekah a saludarlos. También les doy un abrazo cariñoso a los padres de Kyle.

Me miran sintiendo algo de pena, y comprendo en ese momento que seguro que están pensando en mis padres.

Me alegra que al menos, ellos no se entrometan en la relación de Kyle y Riley y la acepten. Como a mí me gustaría que me aceptaran algún día los padres de Enzo.

El enlace es precioso, más de una vez se me han escapado las lágrimas al ver a mi hermana tan feliz. Pero después de llevar su relación en secreto durante tres años, se merecen toda la felicidad del mundo.

Cuando ya se han dado el “sí quiero”, los invitados van directos a la zona del banquete y me preocupo al ver que Rebekah se vuelve a marear ligeramente.

- Cuando haya acabado la boda, vamos al médico. Y no acepto un no por respuesta. — le advierto antes de que pueda rechistar.

Nos despedimos de Riley y Kyle no sin antes darles la enhorabuena por la boda y Rebekah y yo

vamos de camino al médico.

— Eres una exagerada, Audrey. Seguro que no es nada. Tendré la tensión baja, nada más.

— Me quedaré más tranquila cuando el médico nos confirme que no tienes nada.

Rebekah pone los ojos en blanco al tiempo que consigo aparcar cerca del hospital.

Damos sus datos en la entrada y esperamos a que nos llamen.

— Nuestros padres ya saben que estamos juntos.

Mi mejor amiga abre los ojos completamente sorprendida.

— ¿Y seguís vivos?

Río ante su comentario y la informo de lo que tengo pensado hacer.

— Mañana presentaré a Enzo como mi novio oficial. Por mis ovarios que mañana voy a descubrir por qué nuestros padres no se soportan.

Rebekah está dispuesta a responder, pero el doctor nos llama para que entremos.

— Buenos días, soy el doctor Frey. ¿Me podría decir el motivo por el que ha venido, señorita Claire?

— Esta mañana me he mareado varias veces y no encuentro el motivo. Y mi mejor amiga me ha recomendado que viniera para comprobar que no me pasaba nada grave.

El doctor Frey se limita a asentir y procede a tomarle algunos datos clínicos a Rebekah, como la tensión arterial, la temperatura corporal y una auscultación de su ritmo cardíaco.

— Los parámetros tomados se encuentran correctos. La tensión arterial quizás está un poco baja pero no veo relación con el mareo. Voy a pedirle a una enfermera que venga para realizarle una analítica de sangre.

Rebekah y yo asentimos y vemos entrar a una enfermera para extraerle una muestra de sangre. Mi mejor amiga aparta la mirada y yo agarro su mano libre, no es muy amiga de la sangre que digamos.

Pasa media hora hasta que el doctor Frey entra de nuevo en la habitación.

— Bueno, pues ya tenemos los resultados de la analítica y hemos encontrado el motivo de sus mareos de esta mañana, señorita Claire.

— ¿Qué me pasa doctor?

El doctor me dedica una mirada para saber si me puede informar del estado de Rebekah y ella asiente.

— Puede decirme lo que sea delante de ella.
Rebekah y yo nos miramos, preocupadas por el silencio del doctor.

Hasta que se decide a hablar y provoca que un escalofrío recorra mi columna vertebral.

— Está embarazada, señorita Claire.

Rebekah se queda en silencio durante unos segundos, intentando probablemente asimilar la noticia. Por mi parte, pienso que debe de ser un error. Ella siempre ha tenido cuidado cuando ha mantenido relaciones sexuales.

— Rebekah, ¿no usaste protección con Jake?

Ella parece volver al mundo real al posar sus ojos sobre los míos.

— ¡Claro que sí! Nunca hemos tenido sexo sin preservativo.

— ¿Está segura de que su pareja abrió el preservativo correctamente?

— ¿A qué se refiere? — pregunto sin entender la pregunta del doctor.

— A veces, cuando el preservativo se abre con la boca, corre el riesgo de que se cree un agujero en él. Quizás quiso abrir el preservativo con rapidez y lo hizo con la boca y no con las manos.

Rebekah suspira y coloca una mano sobre su frente.

— Cuando lo hicimos por segunda vez, abrió el condón con la boca. Joder, esto no me puede estar pasando a mí.

El doctor se acaba despidiendo de nosotros y nos quedamos atrapadas en un completo silencio.

— No le digas nada a nadie, Audrey. Mucho menos a Jake.

— ¿Qué vas a hacer? ¿Lo vas a tener?

Ella se limita a encogerse de hombros.

Llegamos a su piso y quedamos en que hablaremos más tarde.

Ni siquiera sé qué haría de estar en su situación, pero estaría allí cuando necesitara mi ayuda, sin pensarlo ni un solo momento.

Entro en casa tranquila al ver que mis padres todavía no han llegado de trabajar y decido llamar a Enzo.

Me acerco a la ventana para que pueda verme y él abre las cortinas para poder observarme mejor.

— Hola, ¿qué tal todo? — pregunto mientras muerdo mi labio inferior.

— He tenido que acompañar a Jake a comprarse el traje para mañana.

— ¿Y tus padres?

— Siguen sin dirigirme la palabra.

Suspiro y continúo hablando.

— Me duele amarte así, Enzo. Sentir que por mucho que lo intentemos no seremos una pareja normal hasta que no descubramos qué pasa entre nuestros padres.

— ¿Qué quieres decir?

— Mañana te presentaré oficialmente en casa como mi novio. Y a mis padres no les quedará otro remedio que contarnos la verdad de una vez por todas.

— ¿Estás segura de esto, Audrey?

— Nunca he estado tan segura de nada en mi vida. Ya es hora de que descubramos ya lo que pasa, ¿no crees?

Él asiente y acabamos la llamada.

Lo que ni Enzo ni yo sabíamos era que después de mañana, nada volvería a ser igual entre nosotros.

Capítulo 26

REBEKAH

“NO SABES CUÁNTO DUELES”

Esto no puede estar pasándome a mí. Siempre he tenido cuidado con mis relaciones sexuales. Jamás pensé que algo así me acabaría pasando a mí.

En cuanto Audrey se va del piso, me acuesto de nuevo en el sofá y vuelvo a darle vueltas a la cabeza.

¿Qué voy a hacer? ¿Traer un hijo al mundo cuando ni siquiera sé qué tipo de relación voy a mantener con su padre?

Padre. Esa simple palabra me genera escalofríos.

Nunca he pensado en el hecho de tener una familia. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza tener una relación de más allá de una noche con un hombre.

Pero, claro, todo eso cambió cuando conocí a Jake. La única persona capaz de hacer tambalear mi mundo y mis ideas con solo dirigirme una mirada.

No quiero que si tengo un hijo tenga que vivir en un hogar infeliz como lo hice yo.

Por otra parte, no puedo ser tan radical como para pensar en abortar. Porque este bebé que está creciendo en mi interior, es fruto de mi primer amor. De la primera persona con la que he querido compartir momentos y sueños.

No puedo desprenderme de él como si no me importara. Porque quizás esto es una señal, o como queráis llamarlo. Quizás este suceso imprevisto, es un claro aviso de que no debo dar lo nuestro por perdido.

Que, aunque las circunstancias hayan cambiado, podemos crear algo bonito, algo real, algo con futuro.

Con la cabeza a mil por hora, acabo quedándome dormida en el sofá, pese a que al día siguiente me pueda levantar con dolor de cuello.

Inconscientemente, antes de que los ojos se me cierren del todo, coloco una mano sobre mi barriga. Y una sutil lágrima recorre mi rostro antes de quedarme dormida.

A la mañana siguiente me levanto con dos pensamientos en la cabeza: el primero, que Jake se casa hoy. El segundo, que no quiero abortar.

No quiero deshacerme de algo que ha sido creado desde el amor de dos personas. Quiero intentarlo, aunque la vida me vuelva a advertir de que no saldrá bien.

Me debato en cómo decírselo a él. Porque, ¿cómo se lo voy a decir? No es nada fácil, y menos cuando ahora mismo se estará preparando para su boda.

Quiero llamar a Audrey, pero seguro que estará la mar de nerviosa por tener que presentar a Enzo como su novio delante de sus padres, así que no quiero molestarla.

Decido salir del piso para tomar algo de aire y ver si soy capaz de tomar una decisión, porque ahora mismo lo veo misión imposible.

Porque, ¿qué pasará si le pido que no se case con ella? Sé que se casa únicamente por la situación financiera con sus padres, pero eso puede cambiar. Podemos intentar ahorrar el dinero suficiente para no tener que estar en deuda con los Adams.

Niego con la cabeza y salgo a caminar un rato por el barrio.

Intento dar más de un paso, pero ni siquiera me puedo alejar del portal. Antes tengo que hacer una cosa.

Subo de nuevo al piso y cojo el móvil. Debo intentar llamarlo antes. Aunque sea una locura.

Al ver que no contesta y que el buzón de voz salta, decido volcar en ese mensaje de voz todos mis sentimientos y rezar porque lo escuche antes de dar el “sí quiero”.

“Hola, Jake. Ni siquiera sé cómo empezar este mensaje, pero voy a ir al grano. No te cases, Jake. Podemos ahorrar el suficiente dinero para que tus padres no estén en deuda con los Adams. No dejes que tus padres indirectamente te condenen a una vida infeliz. He estado dándole vueltas a lo que me dijiste, a si de verdad podríamos volver a intentarlo. Pero hay un problema, y es que no sabes cuánto dueles. Porque siento que cada vez que damos un paso más en nuestra relación, un nuevo inconveniente se presenta para joderlo todo. Por una parte, pienso eso, que nunca dejaremos de esquivar obstáculos. Pero, por otra parte, me da igual cuántos obstáculos tenga que saltar o esquivar o incluso tolerar para estar contigo. Porque vales lo suficiente como para que quiera que nos demos una oportunidad más. Aunque luego salte todo por los aires. No te cases, Jake. Porque tengo algo muy importante que decirte, pero no puedo hacerlo por un mensaje de voz. Y sé seguro que te quiero, pero dueles. Pero me dolería más que no estuviéramos juntos. Espero que escuches a tu corazón y decidas dar el salto una vez más conmigo. Adiós, Jake.”

Cuelgo el teléfono y rezo porque lo escuche. Porque no haya llegado tarde.

Me siento en el sofá sin dejar de observar el móvil, nerviosa, inquieta por recibir una llamada suya.

Solo espero que, esta vez, la suerte esté de nuestro lado y nos ofrezca la oportunidad de ser felices de una vez por todas. Es lo único que necesito.

Capítulo 27

JAKE

“NO ME VENGAS RECLAMANDO, ME DEJASTE ESCAPAR”

Hoy es el día. Y no me encuentro para nada preparado. Aún pienso en ella. En Rebekah, en si habrá pensado en lo que le dije y en si se ve capaz de darme otra oportunidad, pese a que me vaya a casar con otra mujer.

Mi madre se encuentra colocándome la corbata, y yo tengo la mirada ausente en el espejo. Me encuentro en un lugar muy lejos de aquí, con ella. Con la única persona con la que quiero estar ahora mismo.

— Cariño, ¿te pasa algo? — dice mi madre mirándome a los ojos.

— Mamá, ¿de verdad no hay otra manera de solucionar esto? ¿Los abuelos no nos pueden ayudar?

Ella niega con tristeza.

— Sé que esto no es lo que deseas, sé que la quieres a ella, hijo.

Frunzo el ceño sin comprenderla.

— ¿A quién?

— A Rebekah. Vi cómo la mirabas en la entrega de premios. La mirabas como tu padre me miraba a mí cuando éramos jóvenes.

— ¿Entonces, si lo sabes por qué estamos aquí?

— A veces en la vida se requieren sacrificios.

— ¿Incluso si esos sacrificios te separan de la persona a la que amas?

Mi madre se limita a asentir de nuevo y a acabar de colocar bien mi corbata.

No he invitado a Enzo a la boda porque tenía cosas que hacer con Audrey. Además, no quería que tuviera que presenciar esta boda tan nefasta.

Mi padre entra en el salón para avisarnos de que el coche ya está esperando y que debemos salir

enseguida.

Pongo los ojos en blanco disimuladamente y me encamino hacia la salida, dejo el móvil en el sofá porque no me hace falta para inmortalizar ningún momento de esta boda.

Antes de cerrar la puerta, escucho que el móvil avisa de que hay un nuevo mensaje de voz, pero dado que no quiero cabrear más a mi padre, salgo de casa y me subo al coche. Quiero que esta tortura acabe cuanto antes.

Será una boda íntima, ni siquiera será por la iglesia. Nos casaremos en un juzgado. De todos modos, la única condición de los padres de Mia era que su hija se casara, daba igual el lugar.

Soy el primero en llegar, junto a mis padres. Siento que mi cuerpo empieza a temblar por la rabia que me provoca no poder hacer nada.

Tras media hora de espera, aparecen los padres de Mia, junto a ella. Lleva un vestido de color rojo, a juego con sus labios. Suspiro mirando al techo, rogando porque esto acabe lo antes posible.

Mia me lanza una sonrisa llena de sentimientos que no logro distinguir. Se mezclan la rabia con el orgullo de haber jodido lo que había entre Rebekah y yo. Jamás lograré saber con exactitud por qué me tiene tanto odio.

Nuestros padres se sientan y el funcionario empieza a dictar la ley que se lee cuando la gente se va a unir legalmente.

— Mia Adams, ¿desea unirse legalmente a Jake Peterson y efectivamente lo hace en este acto?

Ella me mira una última vez y contesta.

— Sí, quiero.

Un escalofrío me recorre el cuerpo entero al saber que en menos de cinco minutos ya estaré casado con ella.

Lanzo una mirada disimulada a mi madre y ella intenta tranquilizarme. Como si pudiera conseguirlo.

— Jake Peterson, ¿desea unirse legalmente a Mia Adams y efectivamente lo hace en este acto?

Y justo en ese momento, mi mente me juega una mala pasada, porque quiere recordarla a ella y a lo que me dijo cuando se enteró de que me iba a casar con Mia.

“Jake, mereces a alguien que te cuide y te observe como si fueras único. Y sé que esa persona

soy yo.”

Con el corazón latiéndome a mil por hora, vuelvo a mirar a mi madre y veo en sus ojos cómo me suplica que no haga una locura. Pero lo que ella no sabe es, que lo que tengo pensado hacer no era una locura, sino que es una decisión tomada desde el corazón y la certeza de que me merezco más.

Mucho más que casarme obligatoriamente con una persona que el único sentimiento que me genera es odio.

Así que cuando el funcionario vuelve a repetir la pregunta, miro a Mia y ella sabe leer a la perfección lo que tengo pensado hacer.

— Ni se te ocurra hacerlo, Jake.

Antes de abandonar la estancia, le dedico una última frase, mirándola a los ojos.

— No me vengas reclamando, me dejaste escapar.

Acto seguido, salgo corriendo hacia las escaleras que me llevan al camino de la libertad.

En cuanto salgo al exterior, noto cómo los latidos de mi corazón vuelven a acompasarse, pero no sé en ese momento que, en unos segundos, mi corazón volverá a enloquecer.

Avisto a Audrey corriendo desde lejos acompañada de Enzo.

Frunzo el ceño sin comprender nada, más aún cuando veo que se acercan y compruebo que mi mejor amigo tiene las mejillas húmedas, como si hubiera estado llorando hace poco.

— ¿Qué pasa Audrey?

Ella intentó controlar su respiración hasta formular la respuesta que hará que el mundo pare a mi alrededor y mi corazón deje de latir por un segundo.

— Rebekah ha tenido un accidente.

Capítulo 28

ENZO

“NO QUIERO HACERTE DECIDIR, PERO ES JODIDO”

30 minutos antes...

— Joder, estoy nervioso. ¿Te lo puedes creer? — comento mientras sigo agarrado a la mano de Audrey.

Estamos esperando a que sus padres lleguen de trabajar para contarles oficialmente que estamos juntos, pese a que mi padre ya los ha informado.

— ¡Audrey! ¿Sabes dónde está mi pasaporte? — grita Riley desde las escaleras.

Audrey pone los ojos en blanco ante la impertinencia de su hermana.

— Yo que sé dónde está, Riley. Si nunca salimos de aquí.

Riley está en casa de sus padres porque necesita encontrar el pasaporte para poder irse de luna de miel con Kyle. Pero quiere encontrarlo lo antes posible para no tener que ver a sus padres.

— No te preocupes, todo saldrá bien. ¿Acaso podría ir a peor?

Suspiro mirando hacia el techo mientras Audrey coge mi barbilla con su mano izquierda.

— Ey, mírame. Nada de lo que vayamos a saber hoy será capaz de hacer que dejemos lo nuestro.

— Audrey, no quiero hacerte decidir, pero es jodido. No quiero que cuando sepas la verdad tengas que escoger entre tus padres y tú. Sabes que nunca te pondría en esa situación, ¿no?

Ella asiente antes de besar mi frente.

Me quedo en silencio porque en este momento, probablemente no sé que, después del día de hoy, no volveré a tener mi mano entrelazada con la de Audrey.

Escuchamos la puerta principal abrirse y me tenso por completo. Le dirijo una mirada a Audrey y ella me mira antes de besarme rápidamente.

— Audrey, ¿se puede saber qué hace él aquí?

Ella separa su mano de la mía y hace un gesto con la mano para indicar a sus padres que se sienten delante de nosotros.

El padre de Audrey me dirige una mirada mortal que hubiera sido capaz de matarme si fuera verdad que las miradas matan.

— ¿Richard Campbell no te ha avisado de que estamos juntos?

Miranda observa a su hija con una mirada cargada de desaprobación.

— No podéis estar juntos, Audrey. No lo podemos permitir. — dice su padre a modo de advertencia.

— ¿Y se puede saber por qué? Desde que Audrey y yo somos pequeños, nunca os habéis llevado bien. Necesitamos saber el motivo por el que no os soportáis. Porque no tenemos pensado dejar la relación. — decido hablar de una vez por todas.

— Enzo, haz el favor de irte. No compliques más las cosas.

— Mamá, Enzo no se va a ir. Es más, ninguno de los dos abandonaremos esta casa hasta que sepamos la verdad. Ya va siendo hora de que pongamos las cartas sobre la mesa, ¿no?

Paul observa a Miranda unos segundos y ella decide volver a hablar.

— Enzo, ¿por qué crees que os mudasteis hace seis años?

Frunzo el ceño al tiempo que miro a Audrey, quien tampoco entiende la pregunta que ha formulado su madre.

— No fue porque tu padre hubiera encontrado una buena oferta de trabajo. Fue porque las cámaras de seguridad que por entonces había en tu casa, grabaron el beso que le diste a Audrey.

Joder. Esto no me huele nada bien.

— ¡¿Pero se puede saber por qué no queréis que esté con Enzo?! — Audrey acaba estallando.

Miranda y Paul se vuelven a mirar un instante entre ellos en silencio hasta que Miranda se decide a hablar.

Pero antes de que eso suceda, Riley interrumpe a su madre, diciendo la frase que menos me

esperaba oír y la que me alejaría irremediabilmente de Audrey.

— Porque Enzo es mi hermano, ¿verdad, mamá? — afirma Riley desde la escalera con unos papeles en las manos.

Capítulo 29

AUDREY

“DIME QUE ME QUIERES, AUNQUE NO SEA ETERNO”

¿Sabéis cuando os enteráis de algo que no os esperabais y creéis que habéis oído mal?

Pues así me encuentro yo ahora, intercalando miradas entre Riley y mi madre. Para ver si alguna de las dos se digna a decirme qué narices quiere decir lo que mi hermana acaba de decir.

Mi madre le dirige una mirada helada a Riley, pero ella parece no sentirse afectada.

— ¿Se puede saber qué haces aquí, Riley? — pregunta mi padre entre dientes.

— Venía a buscar el pasaporte para irme de luna de miel. Porque sí, me he casado con Kyle. Y sí, no os he invitado a la boda porque no quería que arruinaseis el día más feliz de mi vida.

— ¿Qué llevas en las manos? — pregunta Enzo a Riley, con el rostro completamente blanco.

Mi hermana mayor, acaba de bajar las escaleras y se sienta a mi lado en el sofá, mientras contempla las hojas que sostiene entre las manos.

— Estaba buscando el pasaporte en la caja en la que tenemos la información importante, porque suponía que lo encontraría allí. Mientras revolvía los papeles, he encontrado mi certificado de nacimiento. Pero al fijarme más bien en él me he dado cuenta de que es falso.

— ¿Falso? — el corazón no para de latirme a toda velocidad.

— He seguido rebuscando hasta que he encontrado el verdadero. Y en este — apunta Riley alzando el papel — consta que mi verdadero padre es Richard Campbell. ¿Algo que decir, mamá? — pregunta Riley frunciendo los labios.

Mi madre, coge aire antes de soltar toda la verdad.

— Es verdad. Richard Campbell es tu padre, Riley.

Enzo se levanta del sofá y empieza a dar vueltas por el salón mientras mantiene sus manos

apoyadas en la cabeza.

— Cuando acabé la universidad, conocí a Richard en el bar donde trabajaba por aquel entonces. Me sorprendió verlo por allí porque no tenía pinta de ser del barrio. Tras varias semanas viniendo a menudo al bar, me pidió el número de teléfono.

— Y después supongo que empezasteis a salir. — contesta Riley.

— Estuvimos saliendo durante más de un año. Pero entonces descubrí que estaba saliendo con Eloise, y que estaba embarazada.

— ¿Y seguiste con él pese a saberlo? — pregunto sin entender nada.

— No, porque en cuanto se enteró de que yo también lo estaba, me dejó.

Le dirijo una mirada a Enzo, pero enseguida la desvío para continuar escuchando el relato de mi madre.

— Y no solo me dejó, sino que me pagó para que no le dijera a nadie que estaba embarazada de él. Richard estaba empezando a hacerse un nombre entre las empresas más codiciadas del país pese a ser tan joven. Por eso no quería que se le relacionar con una persona de una clase inferior a la suya.

— ¿Es que acaso estamos en la edad media? — pregunta malhumorada Riley.

— Yo acepté el dinero porque estaba sola. Y no pensaba abortar. Con ese dinero, él me dijo que comprara la casa en la que vivimos para que me pudiera tener controlada, para asegurarse de que todo iba según lo había planeado.

— ¿Y papá? — miro a mi padre, quien no ha sido capaz de hablar desde que la conversación ha empezado.

— A tu padre lo conocí cuando acababa de comprar la casa. Estando embarazada de Riley. Por eso — dice mirando a mi hermana — aunque no sea tu padre biológico, es el padre que te ha criado desde que llegaste a este mundo.

— Pues no sé a cuál de los dos prefiero, la verdad. — contesta Riley con ironía.

— Pero, ¿mi madre sabe algo de todo esto? — apunta Enzo por primera vez después de escuchar la noticia.

— No, y no debe saberlo.

— No me lo estarás diciendo en serio, ¿verdad?

Enzo está empezando a perder la paciencia, y no me extraña.

— Cuando Riley y Enzo nacieron, acordamos que nunca ningún Campbell ni ningún Marshall podrían mantener ningún tipo de relación.

— Pero, ¿os estáis escuchando? — pregunta mi hermana alzando la voz.

— Esa es la verdad. ¿No queríais oírla? Pues ahí la tenéis. — mi padre da por terminada la conversación.

Riley acaba abandonando la casa maldiciendo entre dientes mientras yo la sigo.

Necesito coger aire. Intentar asimilar todo lo que acabo de escuchar.

Me siento en el césped observando el cielo nublado, rogando porque todo esto sea una pesadilla.

Enzo abre unos segundos después la puerta, y antes de que se siente a mi lado o pueda tocarme, me aparto rápidamente. Como si quemara.

— Audrey...

— Ahora no quiero hablar.

— Jamás pensé que ese sería el motivo por el que no querían que estuviéramos juntos. Pero, no vamos a dejar que nos afecte, ¿verdad?

Paso las manos por pelo, nerviosa.

— ¿Qué no vamos a dejar que nos afecte? Enzo, tu padre pagó a mi madre a cambio de que no le dijera a nadie que estaba embarazada de él. Como si fuera una cualquiera.

— Tú misma lo has dicho. Mi padre. Pero yo no soy él y lo sabes. — dice mientras intenta acercarse a mí.

En cuanto su mano roza mi hombro, me alejo aún más de él.

— Sigues siendo un Campbell. ¿Quién me dice a mí que no te cansarás de mí? ¿Qué no vas a seguir conmigo solo por vengarte de tu padre?

— Dime que me quieres, aunque no sea eterno.

Muerdo el interior de mi mejilla hasta hacerla sangrar.

— El dinero lo acaba jodiendo todo. Y lo nuestro estaba claro que tenía fecha de caducidad.

— No hay ninguna fecha de caducidad, Audrey. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque nosotros nos queremos de verdad. No somos nuestros padres.

Río sin ganas ante su comentario.

— Ahí te equivocas.

— ¿Cómo? — pregunta Enzo sin comprender de lo que estoy hablando.

— Dices que nos queremos, pero estás equivocado. ¿Acaso has escuchado un “te quiero” salir de mi boca?

— ¿Qué quieres decir, Audrey?

— Que tú me quieres. Pero yo a ti no.

Y justo en ese momento, sé que acabo de romperle el corazón. Lo sé por la mirada dolida que se refleja en sus ojos negros.

Se acerca lentamente y no puedo evitar que me agarre suavemente de los hombros.

— No te creo, Audrey. Después de todo lo que hemos pasado, no puedo creer que digas que no me quieres.

— ¿Por qué no lo crees? — digo mirando hacia su pecho. Que sube y baja sin cesar.

— Porque no me lo has dicho mirándome a los ojos. Audrey, mírame a los ojos y dime que no me quieres. Si lo haces, ten por seguro que no voy a seguir luchando por esto. Porque no soy capaz de dar lo que no recibo.

Cojo fuerzas de donde ni siquiera las tengo y lo miro a los ojos.

— No te quiero, Enzo.

Sus ojos empiezan a empaparse, haciendo que no pueda continuar mirándolo.

Me aparto de él al tiempo que recibo una llamada de un número desconocido.

— ¿Diga?

— ¿Audrey Marshall?

— Sí. Soy yo. ¿Quién es?

— Le llamo del hospital. Rebekah Claire ha tenido un accidente, la llamaba a usted porque es uno de sus contactos de emergencia.

El mundo deja de girar a mi alrededor mientras me giro y observo a Enzo de nuevo.

Echo a correr hacia mi coche y él me sigue. Nos sentamos en silencio y me dirijo hacia donde sé que se celebra la boda de Jake.

Con suerte, llegaré a tiempo.

Aparco el coche sin mirar a Enzo y corro hacia Jake, quien está fuera esperando.

— ¿Qué pasa Audrey?

Intento controlar la respiración, pero es completamente imposible.

— Rebekah ha tenido un accidente.

Casi puedo ver el alma de Jake romperse a través de sus ojos azules.

Sin ni siquiera preguntar, nos encaminamos hacia el hospital. Jake dirige en más de una ocasión la mirada hacia Enzo, pero él tiene la mirada ausente en el paisaje.

Aparco rápidamente y llegamos enseguida a recepción.

Allí, doy el nombre de Rebekah y nos indican que esperemos a que venga el doctor.

Unos minutos eternos después, el mismo doctor que informó a Rebekah de su embarazo, se presenta delante de nosotros, y yo solo rezaba por dos cosas: porque Rebekah estuviera bien y porque el doctor no dijera nada del bebé.

— La señorita Claire ha sufrido un accidente de coche en el cruce de la calle Kills.

Frunzo el ceño.

— ¿En la calle Kills?

— Joder, ahí era donde me casaba con Mia.

No puede ser. Rebekah había ido a buscar a Jake antes de que se casara. Y Jake había decidido no casarse, pero justo cuando él iba a buscarla a ella, había sucedido el accidente.

— Joder, Rebekah... — murmullo entre dientes.

— ¿Ella se encuentra bien, doctor? — pregunta Jake mientras sus manos tiemblan.

— Sí, los dos se encuentran bien. Aunque sí que es verdad que la recuperación de la señorita Claire será larga, ya que hemos tenido que operarla de urgencia de la pierna derecha. Le espera una larga recuperación por delante.

— ¿Ha dicho los dos? — Jake no ha pasado por alto lo que ha dicho el doctor.

Cruzo los dedos mentalmente para que no se acaben saliendo las cosas de madre.

— Sí, ella y el bebé.

Joder. Casi puedo sentir las miradas de Jake y Enzo atravesándome.

El doctor se acaba despidiendo de nosotros, no sin antes darnos el número de habitación de Rebekah.

— ¿A qué se refiere el doctor, Audrey? — pregunta de nuevo Jake colocándose a mi lado.

— Rebekah está embarazada. — contesto antes de abrir la puerta tras la que se encuentra mi mejor amiga.

Capítulo 30

REBEKAH

“NUNCA ENTENDERÉ CUÁLES SON LOS PASOS PARA OLVIDARTE”

Después de enviarle el mensaje de voz a Jake, voy a ducharme para aliviar un poco la tensión que siento en todo el cuerpo al pensar en que quizás no llegue a tiempo.

Ya en la ducha, cojo el gel que siempre uso y nada más agarrarlo, me acuerdo de él, de cuando me dijo que le encantaba mi olor. Sonríó levemente y continúo con la ducha.

Mientras me seco el pelo, pienso en ir a visitar a una persona. La única persona a parte de Audrey que me conoce de verdad.

Bajo a la calle para buscar el coche y me encamino hasta el lugar en el que dejé de creer en los para siempre y también el mismo lugar en el que empecé a pensar que no quería el amor en mi vida.

Aparco cinco minutos después, delante de la puerta y no puedo evitar que unos extraños nervios me recorran el cuerpo entero.

Hace ya casi dos años que no vivo aquí, y antes de bajar del coche, recuerdo unos segundos lo feliz que fui en ese jardín, aunque fuera por un tiempo limitado.

Recuerdo las barbacoas que hacíamos cada domingo, las noches de verano en las que mi madre me leía libros en el porche, con las cigarras sonando de fondo.

Cojo aire profundamente y decido salir al exterior. Con pasos lentos pero firmes, acabo en la puerta y aprieto el timbre con la esperanza de poder recuperar algún día la relación tan buena que mantuvimos mi madre y yo hasta que mi padre se encargó de destruirla. Quiero que dejemos de ser dos extrañas.

Pasan unos segundos hasta que mi madre abre la puerta.

Al principio puede que se sorprenda al verme aquí, y es completamente normal, porque desde que la vi en el hospital cuando perdió al bebé que estaba esperando, no hemos vuelto a vernos.

Se queda más de un instante mirándome de arriba abajo, como si no se creyera que de verdad su hija esté delante de sus ojos.

Veo cómo sus ojos marrones empiezan a empañarse y no puedo evitar que mis instintos tomen

las riendas de la situación y lanzarme a abrazar a mi madre.

Nos abrazamos durante varios minutos, parece que no queremos soltarnos. Pero ese abrazo lo es todo para nosotras. Porque significa que no todo está perdido. Significa que aún hay esperanza de recuperar lo que una vez perdimos.

Unos minutos después, nos separamos y entramos dentro.

— ¿Quieres tomar algo? — pregunta mi madre con una gran sonrisa en su rostro.

— Una limonada de las tuyas me entraría muy bien ahora. — le respondo con una sonrisa igual de grande que la suya.

Mientras prepara la limonada en la cocina, empiezo a caminar por el salón y recordar que hace no mucho tiempo, me bastaba con eso, con tener tiempo para disfrutar de mis padres y observar cómo se querían, pese a que ese sentimiento quedara completamente envuelto por la infidelidad de mi padre.

Contemplo algunas fotografías que hay colocadas encima de la chimenea, y compruebo que donde antes había fotos de mi padre o de los tres juntos, ya no hay rastro de ellas, en su lugar, están dispuestas fotografías de mi madre y yo juntas, de mis abuelos maternos y de los paternos.

Mi madre llega con una bandeja en las manos y la colocó en la mesa antes de sentarse a mi lado en el sofá.

— Me alegro mucho de que hayas venido, Rebekah.

— Yo también, mamá. ¿Cómo estás?

Ella lanza un suspiro y continúa hablando.

— Fue duro superar el aborto, pero encontré un grupo de apoyo con personas que también habían sufrido lo mismo que yo y me ayudó bastante.

— Siento no haber estado allí para ti, pero es que no estaba preparada todavía.

— No pidas perdón por eso, cariño. ¿Y tú qué tal? ¿Al final Jake volvió? ¿Estáis juntos?

Ahora soy yo la que cojo aire y procedo a explicarle todo a mi madre. Todo lo que ha pasado desde que he vuelto a verlo. Evito contarle lo del embarazo, eso lo haré más adelante. No quiero atosigarla de información.

— Y ahora se va a casar obligado por sus padres con esa mujer. — finalizo poniendo los ojos en blanco.

— ¿Te acuerdas de lo que te dije cuando tenías cinco años y no querías juntarte con otros

niños y niñas en el parque?

Sonrío al recordar las palabras de mi madre.

— Quien no arriesga, no gana.

— ¿Y qué pasó entonces? — pregunta mi madre animándome a continuar la historia.

— Que me atreví a acercarme a una niña y acabamos jugando toda la tarde.

— Pues ahora debes hacer lo mismo. — me anima.

— ¿Hacer el qué?

— Tú misma has dicho que se casa obligado y que esa mujer no siente nada por él. Pues impide la boda, Rebekah. Sé valiente y lucha por lo que quieres. Arriégate y gana. — dice mientras mantiene sus manos enlazadas con las mías.

Me despido de mi madre con la promesa de que vendré más a menudo y me encamino al coche.

Pienso durante unos segundos en las palabras de mi madre.

A veces, en el amor hay que arriesgarse. Aunque vayas completamente a ciegas. Aunque sientas que te vas a equivocar. Porque si el resultado de arriesgarse es conseguir ser feliz al lado de otra persona, vale la pena.

Porque ese es el mejor regalo de todos, poder estar y ser con esa persona que te enseñó lo que era el amor, con la que creíste ser invencible. Con la que quieres compartir presente y futuro.

Por eso, arranco el coche y me dirijo hacia el lugar donde Jake está a punto de casarse con Mia.

En cuanto empiezo a avanzar por la carretera, digo en voz alta:

— Supongo que nunca entenderé cuáles son los pasos para olvidarte, Jake Peterson.

Pero justo cuando voy a dar la vuelta a la esquina y estoy a punto de llegar a mi destino, un coche que no veo venir, se acerca demasiado al mío y acaba arrollándome por el asfalto. Hasta que no veo nada más que oscuridad.

No sé dilucidar si han pasado minutos, horas o incluso días hasta que puedo abrir los ojos.

Una luz blanca me ciega por completo y tengo que cerrar los ojos otra vez para volverlos a abrir.

Estoy en un hospital, lo sé en el momento en el que escucho los monitores a los que estoy conectada.

Voy agudizando la vista hasta que veo a Audrey dormida en un sillón.

Pero, al notar una mano sobre la mía, desvío la vista de Audrey hasta encontrarme con la mano de Jake enlazada a la mía.

La aparto con cuidado, pero no con el suficiente como para que él no se dé cuenta.

Sus ojos azules se posan sobre los míos y veo cómo enseguida se le humedecen.

— ¿Estás bien? ¿Quieres que llame al doctor?

Niego y esquivo su mirada girando la cabeza.

— No me he casado con ella. Iba a ir a tu encuentro cuando vi a Enzo y Audrey y me dijeron que habías tenido un accidente.

Trago saliva, incómoda con la situación.

Intento mover las piernas, pero no puedo hacerlo, al menos no como lo hacía antes.

— El doctor nos ha dicho que te han tenido que operar de urgencia de la pierna derecha. Dice que la recuperación será lenta, pero que podrás volver a caminar con normalidad.

Sigo sin mirarlo a los ojos, tengo la vista fija en la ventana.

— No sabes cuánto me alegra que los dos estéis bien.

Ahora sí que giro de nuevo la cabeza para encontrarme con su rostro.

— ¿Los dos?

— Sé que estás embarazada, Rebekah. Y quiero que sepas que sea cual sea la decisión que tomes, estaré a tu lado.

— No voy a abortar. Quiero tenerlo. — digo en un semblante demasiado serio.

— Lograremos salir adelante.

— ¿Y quién te ha dicho que quiera que seas el padre o que lo cuides conmigo?

Epílogo

AUDREY

Dos semanas después...

Hoy es el último día que Rebekah pasará en el hospital, ahora mismo estamos mirando la televisión mientras ella come en silencio.

Pero la pregunta del millón no tarda en salir de la boca de mi mejor amiga.

— Audrey, ¿Enzo y tú seguís bien? — pregunta apartando la bandeja a un lado.

— Si te digo que sí, ¿me crees?

Ella niega efusivamente.

— El único día que he visto a Enzo por aquí ha sido justo el día en el que tú no estabas. Y hace días que te veo demasiado ausente.

Rebekah abre las sábanas de la cama para indicarme que me tumbe a su lado.

Con la cabeza mirando al techo, acabo confesándole mi situación sentimental.

— Lo dejé hace dos semanas. Era lo mejor... — digo reprimiendo las ganas de llorar.

— Audrey, ¿estás de broma?

Ya le he contado todo lo que pasó el día del accidente y lo que nuestros padres nos estaban ocultando.

— Nuestra relación estaba condenada a fracasar. No íbamos a ser felices del todo. Lo mejor es dejarlo y que conozca a otras personas que le puedan ofrecer una relación sin complicaciones ni padres complicados de por medio.

— No hay ninguna manera de hacerte cambiar de opinión, ¿no? — pregunta ella mientras acaricia suavemente mi pelo.

— ¿Y tú con Jake? ¿Sigues sin querer verlo?

El semblante de Rebekah se transforma en uno serio de repente.

— Es una situación complicada, Audrey.

— Pero lo sigues queriendo, ¿no?

— ¿Acaso no ves a dónde me ha llevado quererlo? Casi siento que la vida no para de darme señales y yo intento ignorarlas como si no existieran.

— Pero Rebekah...

— Sí, ya sé que estoy embarazada y que quiere hacerse cargo del bebé. Pero una cosa es hacerse cargo y otra muy diferente continuar con la relación que teníamos antes. Si a eso se le puede llamar relación, claro.

Acabo asintiendo hasta que me atrevo a contarle la idea que me ha estado cruzando la mente durante varios días.

— ¿Te acuerdas de mi prima?

— ¿La que es de Londres que viene solo por navidades acompañada de su novio buenorro? Sí, me acuerdo.

Pongo los ojos en blanco ante la contestación de Rebekah.

— Pues he estado pensando durante varios días sobre irme a Londres. No será por mucho tiempo. Viviría con mi prima y así...

— ¿Te olvidas de Enzo?

Asiento de nuevo.

— Haz lo que creas que sea mejor, Audrey. Sabes que te apoyaré siempre, pese a que a veces no entienda lo que haces.

— ¿Y tú?

— Pasaré la recuperación en casa de mi madre. Me gustaría hacerla en mi piso, pero...

— Te recuerda a él.

Sonreímos al ver la facilidad con la que nos leemos las mentes.

En cuanto acabamos de hablar, llega el doctor para darle el alta a Rebekah.

Dado que todavía no puede andar bien, necesita la ayuda de dos muletas para poder moverse, así que la ayudo a llegar a la salida hasta que su madre viene a recogerla en coche.

Nos quedamos unos segundos más hablando y me acabo dirigiendo en casa.

A mis padres, ya les he comentado la idea de irme un tiempo a Londres. Y claro, ellos encantados con tal de estar separada de Enzo.

Aparco el coche y entro en casa con la clara idea de irme un tiempo. Para evitar mirarlo a los ojos y ser consciente de todo el daño que le he causado. Pero, en el fondo, sé que es lo mejor para los dos.

Subo a casa para preparar la maleta y en cuanto la tengo preparada, no puedo evitar que mi mirada se dirija a la ventana de Enzo.

Esa ventana por la que tantas veces lo he observado y que, a día de hoy, es testigo de mi marcha. De mi huida para alejarme de él y dejar de sentir.

Me despido de mis padres con dos abrazos forzados y subo de nuevo al coche.

Pero, antes, veo a Enzo sentado en el banco de su porche. Su mirada se posa unos segundos sobre la mía desde la distancia y luego pasa a observar mi maleta.

Una mirada helada me atraviesa y acaba llegando a mi corazón.

Aunque supongo que era algo que me podía esperar después de haberle roto el corazón.

Pero esperaba que cuando pasara un poco de tiempo, comprendiera que lo he hecho por el bien de los dos. Para evitar hacernos daño en el futuro.

Esperaba de todo corazón que después de un tiempo podríamos al menos mirarnos a los ojos sin sentir que nos matamos al vernos.

Todo era cuestión de esperanza.

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

Si alguien hace unos años me hubiera contado que, ahora mismo estaría escribiendo los agradecimientos de mi segundo libro publicado en físico, le hubiera dicho que dejara de tomarme el pelo.

Sin embargo, aquí estoy.

Para empezar, quiero agradecer a Alessandra Neymar toda su ayuda en el proceso de publicación de este libro. Sin su magia y su presencia no hubiera sido posible. Gracias por conseguir que te admire ya no solo como autora, sino como persona. Jamás me cansaré de agradecer a la vida por haberte puesto en mi camino.

No me olvido tampoco de Andrea, mi querida lectora cero. La que me ha acompañado en el misterioso camino de la vida desde mucho antes de saber lo que era ser una adulta de verdad. Ojalá nunca me falten historias por contarte y proyectos en los que me digas que me ponga a escribir ya de ya. El mundo debería tener más personas como tú.

Mis queridos padres, gracias por enseñarme desde que tengo uso de razón lo mucho que se trabajan los sueños. A sortear todas y cada una de las piedras que me puedo encontrar en el camino. Gracias por infundir en mi día a día, esa fortaleza que tanto os caracteriza.

A mi hermana pequeña, o no tan pequeña, Carla. Espero que ahora que tienes este libro en tus manos, te atrevas a leerlo y echarme en cara todo el drama (totalmente necesario) que he metido en este libro. Ojalá algún día la estantería de tu habitación esté repleta de mis historias.

A mis autoras favoritas, Adriana Criado, María Martínez, Alice Kellen, Andrea Longarela e Isabelle Parrish. Gracias por ser inspiración, siempre.

A mis lectores y seguidores, gracias por acompañarme en cada locura. Ojalá esto sea solo el principio de algo mucho más grande.

Y por último y no menos importante, me agradezco a mí misma el hecho de no haberme rendido a pesar de todas las dificultades. La escritura apareció en mi vida por algo, y voy a perseguir siempre esa estela de sueños que me mantiene siempre despierta.

Nos leeremos pronto.